Tabou

TRILOGÍA DE LA TRANSGRESIÓN

ROMAN CONTE

Taboo

Trilogía de la Transgresión

Copyright © 2023 Roman Conte

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Title Page
Copyright
INTRODUCCIÓN
PASIÓN ESCONDIDA
ANDREA
JUGUEMOS EN EL BOSQUE
EPILOGO
ACERCA DEL AUTOR

INTRODUCCIÓN

Hola, queridos lectores. Mi nombre es Roman Conte y me complace presentarles mi antología de novelas cortas. Antes de empezar, quiero dejar en claro que mis relatos no son estrictamente autobiográficos, sino más bien una combinación de mi imaginación y algunas situaciones que he escuchado y que me han contado mis amigos.

Cada una de estas historias fue publicada por separado, pero ahora he decidido reunirlas en esta antología para que puedan disfrutarlas todas juntas a un precio muy accesible.

Cuando se trata de mi proceso de escritura, no tengo un ritual específico ni una hora del día preferida para escribir. Simplemente me siento y dejo que las ideas fluyan. A veces puedo escribir durante horas y otras veces solo unas pocas líneas, pero siempre trato de ser fiel a mi estilo y a mi voz narrativa.

En cuanto a mi estilo de escritura, trato de ser lo más claro y conciso posible, sin perder el toque de poesía y emoción que creo que es esencial para cualquier buena historia.

Bueno, queridos lectores, espero que disfruten de esta antología tanto como yo disfruté escribiéndola. Les deseo un buen día y gracias por acompañarme en este viaje literario.

PASIÓN ESCONDIDA

Domingo 1 de mayo de 2016

Al final murió el tío Juan Carlos. La enfermedad terminal innombrable acabó con su vida.

Yo tenía un mal presagio y se cumplió. Me parecía que mi tranquilidad temporaria no podía durar demasiado.

Me avisó ayer la tía Carmen por teléfono. No era tan mayor el tío, pobre, podría haber vivido algo más. Hoy en día setenta y dos años no es tanto como sugiere la contundencia del número.

Igual, mas que nada, me da pena por la tía.

Yo separado de Mariela definitivamente. Sólo, en casa de mis padres que se fueron de viaje por toda España. En este momento están desandando el Camino de Santiago.

La tía Carmen está abatida, obviamente. Una relación de casi cincuenta años; ¡qué jóvenes se casaron!... Ella no lo va a olvidar de un día para el otro supongo. Igual creo que para Carmen fue un alivio. Meses y meses en el hospital tejiendo bufandas y sweaters para nadie al lado de un moribundo. No se lo desearía ni a mi peor enemigo. Yo soy testigo de su entereza y paciencia, porque fui tres o cuatro veces de visita. Siempre firme, al pie del cañón cuidándolo como una santa. Estuvo hasta el último segundo con su marido.

Mañana lo velan.

No sé porque me empecé a acordar de cosas que no son afines a la gravedad de la muerte. Tal vez en los momentos más negros uno tiende a recordar detalles que están en el otro extremo de la balanza de las emociones. Como una defensa, como un autocontrol o tal vez un paso en falso de la imaginación.

Es algo muy adolescente, que no sé si me voy a atrever a desarrollar en este diario. Pero que importa después de todo si lo cuento. Estas palabras van a quedar encerradas en el disco rígido de mi computadora.

Se trata de la forma en que la tía Carmen se comportaba cuando el

tío Juan Carlos se iba al partido o al hipódromo con mi padre, y ella se pasaba toda la tarde de domingo en casa de mamá.

Me refiero a la manera especial en que me observaba. Yo era un adolescente. Y cuando mamá no prestaba atención, la tía Carmen... no sé si me atrevo a escribir esto. Necesito esclarecerme a mí mismo el motivo por el que escribo.

¿Tal vez mi imaginación trabaje demasiado?

En el fondo siento que el pasaje a mejor vida de tío Juan Carlos ha hecho desinhibir algo en mí. Algo que mi memoria guardó en una especie de *stand by*, sensaciones que se congelaron durante mucho tiempo sin morir del todo.

Ahora siento como si estuviese el camino liberado para develar insinuaciones no resueltas. Es algo osado lo que me viene a la mente como un torbellino; osado por la memoria del tío y por el sufrimiento actual de la tía Carmen, que siempre fue tan buena conmigo y me hacia muy buenos regalos de cumpleaños y sospecho también para navidad. Hoy a mis treinta y cuatro años me avergüenzo de mis pensamientos, de estar imaginándome aquellas sensaciones masturbatorias que empezaron unos veinte años atrás.

¿Pero, que puedo hacer con eso? La tía siempre estuvo buena para mí. Sus caderas y sus piernas me persiguen en sueños; y cuando tengo relaciones con alguna mujer siempre hay un momento, por lo general al terminar, donde fantaseo intensamente con ella.

La inesperada erección que acabo de tener ahora, a pesar de darme cierta culpa, es la prueba de que no he logrado diluir aquel ímpetu adolescente por Carmen, mi tía, la única hermana de mamá.

No tocaré mas este tema. Es una locura seguir dándome manija.

Lunes 2 de mayo de 2016 – 2 a.m.

Tomo mate. No me acosté. No puedo dormir.

Si pensaba diluir u olvidar recuerdos, he fracasado. Y además cambié de idea. Creo que necesito aclararme todo a mí mismo. Mis fantasías se han desatado y prefiero escribirlas. Por favor, que todo quede en la escritura de estas páginas secretas.

Nunca intentes nada con ella, Facundo, ni con la palabra ni con las acciones, pienso.

Debo ser adulto y racional en los hechos. Si consigo refrenar mis impulsos vitales, no pasaré ningún papelón en el velorio ni luego en casa de la tía. Seguro que varios parientes y amigos la vamos a acompañar, y al final me terminaré quedando yo solo con ella, por ser el único soltero. Ojalá tenga un poco de aquel rico guindado que una vez me convidó, haciéndome sentir grande.

Dicen que escribir ayuda a esclarecerse. Todo lo que escriba me servirá de desahogo para no cometer errores. Quiero ser franco conmigo mismo principalmente. Me va a costar, pero aquí va... Lo que sucedía y me incomodaba por aquellos tiempos, y a la vez me excitaba, era lo siguiente, que empezó hace unos veinte años atrás:

El ritual se repetía en las fiestas de cumpleaños familiares y en las visitas a casa de mamá. La tía Carmen se cruzaba y descruzaba de piernas hasta llamar mi atención por completo; y al ser yo hijo único, no tenía competencia alguna en el magnífico punto de vista que se me ofrecía: un magnífico par de piernas maduras de mujer —en ese tiempo— de las cinco décadas.

El camino siempre se liberaba por alguna razón azarosa. Y a veces el recorrido a seguir con la mirada era algo mas que un descuido. Era sugerente y perturbador para mí razonable, tímido y silencioso respeto familiar.

Carmen era tranquila y perseverante. Tomaba las suficientes precauciones para que mamá ni siquiera sospechase de nuestro incipiente secreto. Aprovechaba siempre cuando su hermana se distraía revolviendo un dulce o yendo a la heladera a buscar algo.

Al principio me negué a admitirlo, pero ahora sé que su exhibición no era ingenua: ella se preocupaba por hacerme notar que lo hacía a propósito; con una leve sonrisa entre pícara y maliciosa, los hombros relajados y ablandada su postura en un dejo de bienestar y casi de aburrimiento. Por momentos se las frotaba a las piernas —por lo general envueltas en medias de nylon marrón claro— como haciendo un llamado, una nueva convocatoria a mi mirada cuando yo fingía desatención. A veces, para algún casamiento, la había visto con unas seductoras medias negras de estilo antiguo, caladas y con un sugestivo hilo que surcaba verticalmente la parte de atrás de sus muslos y pantorrillas.

Recuerdo que antes de dormirme me hacía frenéticas pajas, al menos dos al hilo y en su nombre. La tía Carmen sería la materia prima intocada para el ochenta o noventa por ciento de mis

masturbaciones de adolescente. El resto, ocasionales metejones con chicas de mi edad u alguna profesora osada en la vestimenta.

Una tarde, además de los inquietantes cruces, la tía me dejó un rato largo su pie pegado al mío. Tomábamos el té todos juntos. En realidad, éramos cuatro: mamá, Carmen, la mejor amiga de mamá y yo. La amiga de mamá se fue a la hora de haber llegado y quedamos nosotros tres. Pero mi madre siempre andaba sacando y poniendo cosas del horno, o saliendo y entrando al jardín.

La tía Carmen, que miraba una revista de frivolidades, de pronto me dijo algo de una actriz, que se comentaba que estaba saliendo con un empresario de la tele.

—Mirá, Facundo, mirá la barriga y la pelada de este hombre, decime si no es por interés lo de esta chica...

Yo me acerqué con la silla y quedé muy cerca de Carmen. Mamá —la miré— estaba sacando ropa del tendal. En ese momento yo ya tenia 18 años; lo recuerdo porque Carmen me preguntó como me iba en mi primer año de la carrera de traductorado de inglés. La cosa es que me fui acercando más y más. Fingiendo interés en las gansadas de la revista, y con un torpe movimiento de adolescente se chocó mi pie con el de ella. No era nada muy sensorial, porque yo tenía zapatillas y ella zapatos. Pero fue muy llamativo que mi pie quedase allí pegado al zapato de la tía. Ninguno de los dos hizo el mínimo esfuerzo por despegarlos, como en un mudo y misterioso pacto. Y por momentos la tía me tocaba el brazo con sus dedos de largas uñas rojas.

—Mirá, nene, mirá —me decía. Reía con una risa ronca y con creciente desparpajo. Yo estaba en silencio. Su risa me llenaba los oídos. Era como una música celestial para mí. Con su voz y su tocarme cada tanto con los dedos en mi brazo, era una convocatoria a que me vinieran súbitas erecciones, vigorosas paradas de un miembro que subía y bajaba según las circunstancias.

Recuerdo que no me atreví en ningún momento a mirarla; permanecí sonriendo bobamente, mirando la revista, y a la vez sintiendo de reojo su sonrisa franca hacia mi perfil. Lo mas fuerte sucedió justo antes que volviera mamá del patio. Sentí que mi pene se estaba poniendo realmente duro por el contacto entre nuestros pies. Ese contacto no era normal, no era solo de cariño. Había algo más, algo implícito en ese supuestamente ingenuo contacto que los dos ocultábamos bajo el mantel a cuadros de la cocina.

Entonces, hice un movimiento tan grosero que hasta hoy me ruboriza: con la mano derecha me acomodé el bulto creciente de mi bragueta; metí literalmente mi mano en el calzoncillo y conseguí que mi erección se direccionase hacia abajo, con el fin de que el bulto pasase más inadvertido por si mamá me llamaba de improviso. Obviamente la tía lo notó, ya que percibí su mirada de soslayo (creo que esa vez la sorprendí y hasta la avergoncé); pero, canchera, no dijo una sola palabra: ella estaba involucrada de lleno en el hecho, y lo sabía. Y yo me recibía de pronto de chico audaz.

Luego, mamá volvió del patio con una pila de ropa en la mano. Ignoraba por completo que a partir de aquel día de mutuo apego de pies, se confirmaba entre la tía Carmen y yo una sutil y más que cordial complicidad, como una puerta invisible que quedaba abierta para el futuro.

—¿Alguna novedad en el *Jet-Set*? —preguntó mamá, risueña y alegremente ajetreada al poner la ropa en la mesa. La tía, creo recordar, no le contestó algo muy enfático; tal vez murmuró un "poco y nada, más de lo mismo", desinteresadamente, con esa impunidad aplomada que siempre le redituó el ser la hermana mayor. Después me señaló algo más de la revista, tal vez fingiendo estar abstraída en una nueva foto, pero, en el fondo, atenta a nuestra peculiar buena onda. Y cuando mamá volvió a salir de escena por el pasillo rumbo a las habitaciones, me miró de reojo la bragueta, abriendo grandes los ojos como ternero degollado.

Mientras tanto, nuestros pies seguían bien juntos como dos siameses. Y yo soñaba con poder algún día entrarle con ganas a mi tía Carmen, esa hermosa y distinguida dama, una hembra madura que se merecía probar carne más joven que la del tío Juan Carlos, alguien ya largamente convertido en el típico hombre de negocios y carcamán de whiskería y del juego.

De no ser así, de no pretender un mancebo fresco y vital como yo, ¿qué buscaba entonces Carmen con aquellos jueguitos? ¿Era la seducción normal de una señora coqueta que desea testear su vigencia ante los machos jóvenes en medio de la monotonía matrimonial? ¿Sería habitual aquello? ¿Pasaría en otras familias? Aunque mi imaginación volaba, y aún vuela, yo quiero creer que no se proponía solo calentarme, o al menos no lo hacía abiertamente. No puedo creerlo aún del todo; me resisto a dar por sentado que buscase solo estimularme y provocar una reacción activa en mi comportamiento hacia ella. Creo que su actitud contenía, además, entremezclado algo de cariño maternal... A veces ella me trataba como a un hijo. Si, me

abrazaba como una madre a un hijo, incluso más que mi propia madre, quien en ese sentido siempre fue un poco fría.

***

Antes de almorzar tengo Fútbol 5 con amigos. Traductores vs. Escritores. Espero descargar un poco las tensiones que me han traído la muerte del tío, y mis propios pensamientos del pasado...

Creo que he perdido la capacidad de discernir si imagino excesivamente o si me pasan cosas muy inverosímiles.

2 p.m.

Me mataron a patadas los escritores de mierda. Estoy dolorido pero feliz: hice tres goles. Uno fue de cabeza, en otro quedé cara a cara con el arquero y el último de penal. Me baño, escribo un poco más y luego sí voy al velatorio. Un poco de ansiedad tengo. Me cuesta poner la cara ante este tipo de circunstancias. Ni siquiera tengo un primo, alguien más acorde a mi edad para superar la gravedad del momento con temas mas afines que la política o el trabajo.

Nunca supe bien si los tíos no pudieron o no quisieron tener hijos. Ellos se casaron en 1967: lo recuerdo porque mamá lo recordaba siempre por ser el año de la muerte del Che: “La tía Carmen se casó cuando murió el Che Guevara, muy jovencita, a los veintiún años”, decía mamá cuando pasaban algún documental por la tele. “Una verdadera belleza, Carmencita”, agregaba con cierta nostalgia.

En esa época no existía la fertilización asistida, y tal vez los tíos lo intentaron tardíamente, como les pasa a muchas parejas. Ahora, a los setenta años, la tía aún es dueña de algo muy particular que siempre me intrigó descubrir en plenitud, algo no muy frecuente en mujeres de esa edad... Como no ensanchó su vientre con embarazo alguno, hoy por hoy mantiene una cintura casi de veinteañera. Juro.

Y nunca vi fotos de ella en bikini. En malla enteriza, lo que vi de Carmen el verano pasado en Gesell es que si no la mirás de cerca, tiene el lomazo, mínimo, a nivel general, de una mina de treinta y cinco. Linda cola y tetitas pequeñas que mantuvieron la firmeza. Las piernas con alguna venita, posiblemente algo de celulitis en algún lado, pero todo muy leve comparando con mamá que tiene sesenta y cuatro y parece la mayor en realidad.

La tía en su rostro sí evidencia sus años, por las típicas arruguitas en las comisuras de los ojos y la boca, y además por un poquito de ojeras que van variando según la hora, el ánimo y el maquillaje. Pero todos

la creen décadas más joven, y creo que es también por su buen ánimo, su inteligencia y su humor.

Su gran mérito es que tiene cero Botox. Me lo dijo Mariela que le contó mamá, porque tío Juan Carlos no quiso saber nada con esas cosas.

Y tampoco la tía Carmen es la típica señora madura que se cuida la figura con dietas y aerobics. Solo camina todas las mañanas por el parque, tengo entendido. Creo que yoga hace o hizo algo.

¿Será frígida sexualmente? ¿O es que el tío se cansó de meterle los cuernos de puro putañero? En cambio, por la tía pongo las manos en el fuego que le fue fiel toda su vida.

Bueno, me voy a ir a lavar los dientes y a ponerme desodorante.

***

Volví, y me acordé de otra cosa. (Todavía es temprano para ir al velorio. Puedo seguir escribiendo un poco más.)

Cuando a Carmen la visitábamos con mamá, al comenzar los días lindos y el calorcito, la tía nos sacaba a pasear, nos invitaba a algún bar de Recoleta a tomar el té. Yo pedía una cerveza para hacerme el chico rebelde. También miraba a las minitas pasar, para demostrarle que la visión de sus piernas veteranas ya no me interesaba, que a la luz del día su madurez era un fruto que ya no deseaba degustar.

Ella parecía un poco celosa ante mi desdén. Durante muchas tardes de invierno habíamos jugado a esa especie de juego voyeur exhibicionista, pero en ese momento al aire libre, con mis hormonas de primavera a full y chicas de mi edad coqueteando alrededor, yo no sentía deseos de prestarle atención a mi mamá y a mi tía. Ya las comenzaba a ver como a dos viejas chusmas que me hartaban y me quitaban libertad.

Los recuerdos me vienen como ráfagas. Otra escena que me viene a la memoria es cuando en una cena de cumpleaños del tío Juan Carlos me manché el pantalón con mayonesa, justo cuando la tía me servía una entrada con una bandeja de aluminio. Torpemente me enchastré con un pedazo de salpicón de ave, todo por mirarle de reojo su escote. Recuerdo que tenía una blusa roja y se le marcaba un corpiño negro en sus tetitas que jamás habían amamantado. Entonces, para solucionarlo rápidamente, la tía me llevó a la cocina.

Allí, solos, casi con impunidad, me limpió ella misma la mancha, y fingiendo apuro me deslizó sus dedos muy suavemente por la

bragueta. En aquel momento me molestó un poco, como si me tratara igual que a un nene, pero ahora en retrospectiva me calienta mucho pensar en ese instante. Ella sabía que el tío no podía vernos, ya que estaba demasiado ocupado en hacer bromas con mi padre sobre el asado, el fútbol y sobre el vino y como destaparlo correctamente. Tonterías habituales de las fiestas. Había otros tíos y primos, el revuelo general de la celebración que comienza...

...cuando en un momento me detuve aun más en el pezón izquierdo de Carmen. Me llamaba la atención como se le marcaba el pezón a pesar de tener corpiño. No podía dejar de imaginarme como serian esos pequeños pechos desnudos. Como llegaría ella a retorcerse, a arquearse suplicante si alguien más sensible, menos tosco que mi tío con manazas de empresario de la construcción se los acariciase... alguien más suave y concentrado que se detuviese en esos pezones en plan de fervorosa adoración lingual, sin límite de tiempo hasta hacerla suspirar y gemir lento... tratarla bien, atenderla y mimarla como a una mujer de verdad.

Tal como yo no podía hacer con mis histéricas amantes adolescentes.

Me había obsesionado con sus pechos esa Navidad, tanto que me olvidé por un buen tiempo de sus piernas. Llegué a juramentarme por escrito espiar a la tía, con riesgo calculado, y poder conocer sus mamas desnudas de una vez, para así masturbarme a gusto con informes visuales reales. Luego arrojé el papel al Río de la Plata, en un extraño y privado ritual que me costó un buen reto por volver tarde a casa.

Me releo y me doy cuento de que lo que escribo en forma de diario parece ficción. Cualquiera que eventualmente leyese estas líneas no me creería. Si hasta a mí, revivirlo, me resulta como mínimo raro, a pesar de que por pudor recorto mis sensaciones de aquellas épocas. Es que necesito desahogarme, me siento prisionero de mis pensamientos, lo dije ya, ¿no?

Acaba de morir mi tío y yo fantaseando con su esposa. Mi tía, la hermana de mamá. Me avergüenzo, pero no puedo evitarlo.

Estoy trasladándome a casa de mis padres. Me puse a hurgar en cajas guardadas. Encontré entre una vieja foto donde Carmen aparece muy joven y sonriente. Tiene puesto un jean azul y un sweater blanco tipo morley. 1970, dice detrás en lápiz negro. Está divina, el brillo de sus ojos es resplandeciente. Fantaseo con que es mi novia. Y para

evadirme de tal impedimento acabo de empezar a tocarme. —Ahhh... —en honor a Carmen me la hago.

No sé si en este estado me darán ganas mas tarde de ir a ver a un muerto. Pero sí me dan ganas de una hembra, la que ahora me mira acabar solitario desde una foto, allá lejos y hace tiempo... Mi verga está muy dura y brillante... Me excita mirarme la punta bien gorda y roja, y mirar a la tía que me parece mirar desde la foto... Me masturbo con la mano izquierda... y poder escribir esto... Aaahh... Linda y bruta paja... Tardo más, pero me da más placer... Ohhh...

Quiero nombrarte, así, así... Carmen... Carmen... Oooaaahhh...

Acabé. Acabé mucho.

No fue buena idea poner la foto sobre la cama de mis viejos. La leche me salió tan fuerte que manché la foto de la tía y el cubrecama. Debo limpiar sin que queden rastros.

Tía... Tía...

Martes 3 de mayo de 2016

Ayer fui al velatorio del tío Juan Carlos. La tía está menos caída de lo que me pareció por teléfono. Tal vez tomó algún calmante o está agobiada. Cuando me vio me abrazó con firmeza y suavidad a la vez. Me abrazó tan largo que me dio vergüenza. Me puse algo tenso porque se me mezclaba el presente con el pasado, por todo lo que estuve reviviendo al escribir. Después nos sentamos y nos quedamos frente al cajón, mirando en silencio. La tomé de la mano y la tía pareció relajarse un poco. Tiene algo de grotesco el llanto de una viuda. Algo animal.

Me preguntó como va mi noviazgo, cuando me caso. Abochornado, pero con sinceridad le conté que mi relación con Mariela terminó hace un mes. Ella puso una cara como de sorprendida, hizo como una trompita de asombro con la boca. Me preguntó si era irreversible. Le dije que sí. Luego nos quedamos mirando unos minutos mas en silencio al tío. —Andá a tomar un cafecito —me dijo. Me levanté y me acerqué al cajón. Le toqué la frente al tío en señal de saludo. La tía rompió a llorar de nuevo. Luego sentí, *Carmen*, *Carmencita*, era una señora muy mayor ya, de más de ochenta años. No tuve mejor excusa que esa para zafar del centro de la escena.

No había mucha gente. Creo que al tío le jugó una mala pasada la

ideología. Muchos no le deben haber perdonado su habitual postura de pedir por los militares apenas había una corrida financiera o una protesta en el país.

Mientras escribo suenan mensajes en el celular. Hay varios textos acumulados de Mariela. No sé como se enteró del fallecimiento del tío Juan Carlos. Me dice que quiere ir a saludar a la tía, que la acompañe. No sé bien porqué, pero acepté.

Sufrí mucho en mis anteriores relaciones. Siempre me quedaba demandando nuevos encuentros, nuevas oportunidades. Esta vez no. Hay que saber cuando se termina, cuando decir basta. Me pongo a borrar todo lo que tenga que ver con Mariela.

Ahora dejo antes que me dejen.

Ya quemé cartas. Lo hice en la parrilla de papá. Ya empaqueté todas las cosas que me regaló y se las voy a dar a la mendiga de la esquina. Ya borré emails, mensajes de texto y de audio. Solo me quedan algunos videos que tengo en la computadora.

Algunos videos los grabamos con la cámara, otros con el teléfono celular. Espero que ella haga lo mismo con los que quedaron en sus manos.

Aunque creo que algún videíto se merece una última visión...

Uno de mis preferidos es este: lo estoy viendo ahora en la compu, mientras escribo. Estamos con Mariela en el mar. Es octubre o noviembre. En Mar de las Pampas. Hay muy poca gente. Estamos en una cabaña solos, sin vecinos alrededor. Fue al principio de la relación, hace siete años. Los dos estábamos más frescos, más naif. Será que siempre el pasado se ve así. Lo filmé todo con la cámara Mini DV. En un momento dejo la cámara en un mueble. Estamos muy calientes. Nos besamos. Se ve que habíamos estado comiendo y tomando, porque la cama es un lío. También hay ropa sin sacar de la valija. Tenemos una semana por delante, recuerdo muy bien esa semana. Cogíamos todos los días, tres o cuatro y hasta cinco veces por día. Mariela está muy sexy, muy felina, muy segura de nuestro amor. Me besa. La dejo hacer. Me da la lengua. Yo me tiro en la cama fingiendo cansancio. Ella me mima y me besa y mira a cámara como una gatita. Yo también miro, fingiendo que no sabía que estaba. Nos reímos. Le digo que nos olvidemos de la cámara y nos besamos muy suave, muy rico. Los dos estamos con ropa. Mariela tiene un vestido muy corto, de color violeta. El pelo suelto, que cada vez que me besa

se lo tiene que correr, como las actrices porno para que se vea bien en la filmación. Me dice *esperá*, se ata el pelo. Le queda una hermosa cola de caballo. Me gusta cuando se ata el pelo con laboriosa excitación, con una gomita rosa en los dientes. Es Mariela en todo su ímpetu de hembra. Cuando soñábamos con una vida juntos y con tener hijos. Mucho antes de que empezáramos a tener los primeros desencuentros por celos, por dinero y por proyectos. Éramos primitivos y a la vez flexibles en nuestros ademanes y en nuestros diálogos. Éramos puro fuego en armonía. Hace tiempo que no veo este video y es como si lo viese por primera vez. Me veo perfecto, y a ella mas aún. Damos bien en cámara. El beso que nos damos es largo y dulce; ella es una experta en como me da y me retacea la lengua. Es como si me estuviera dando una clase de cómo besar. Cada tanto me mira y hace un gemido corto, un *ummm* y una risa, *uhu*, *uhu*... Yo quiero ir rápido y ella me frena, pero no puede evitar que la tome fuerte de los cantos del culo. Tiene una cola preciosa, grande, como buena descendiente de italianos. Y tetas, para que hablar. Hermoso par de tetas. No tan grandes como la cola, pero bien firmes, como un helado bien cargado. Insisto en sacarle la blusa y ella cede. Le beso el cuello y luego le apoyo las manos en las tetas. Tiene un corpiño negro. Se lo quita, es que ninguno de los dos puede ya esperar. Es ella la que maneja los tiempos, actuando un poquito también para la cámara. Si fuese por mí ya estaría tratando de metérsela, como un animal, darle verga como un bruto. Pero está mejor así, que ella me contenga. Porque el deseo no hace más que crecer y perfeccionarse, la calentura crece sutilmente. Se nota que estábamos en lo mas elevado del amor y la pasión. De golpe, algo pasa... Mariela pierde el equilibrio y se cae a medias de la cama. Nos reímos. Aprovecho para sacarme la remera y después la ayudo a volver. Estoy muy marcado, en esa época no iba al gimnasio, pero atajaba en el equipo de Fútbol 5. Y me acuerdo de que para estar fuerte hacía muchas flexiones de brazos, abdominales y sentadillas. No había tocado una pesa en mi vida. Pero solo con ese fútbol y esos ejercicios había desarrollado un físico casi de modelo, sin tanta altura, pero con los músculos justos, bien marcados. Y a los veintisiete se me caía la vitalidad de los poros como una catarata furiosa. Mariela en cambio estaba un poco rellenita, tal vez cinco o seis kilos (ella sentía que eran diez), pero el contraste entre nuestros cuerpos estaba perfecto para mi morbo. Eran sus formas las de una madonna italiana que solo hace el amor y amasa la pasta. Estaba muy lejos de ser la flaca deprimida y estresada que es ahora. Yo con mi cuerpo de futbolista entrenado les despertaba las malas intenciones a sus perezosas redondeces, a su tierno gozo que se iba a transformar paulatinamente en una cachonda y osada furia. Tengo celos de ese otro que fui, de ese pasado reciente que parece tan lejano. Este video

está genial, pero si lo borro me costará menos separarme emocionalmente. Le beso las tetas y le acaricio la espalda, ella está gimiendo. Mariela tiene mucha sensibilidad en los pechos. Le empezaba a besar las tetas y ya estaba con medio camino hecho. Nos volvemos tan locos, tan idos en el video que por momentos no vamos de cuadro, salimos completamente y solo se escuchan nuestras voces. Nos decimos cosas guarras. Ella me dice, te amo, yo también se lo digo. Después parece que vamos al baño y luego volvemos a entrar en cuadro los dos completamente desnudos. Mi pija es como un garrote, dura y ancha, muy gruesa, una de las razones por las que Mariela era reticente a darme la cola muy seguido. Pero en este video esta muy excitada, puede ser que la entregue, no recuerdo. Me la toca un buen rato, me masturba, me enloquece. Luego me la empieza a chupar con una enérgica devoción que parece que está enojada. Ahora, los movimientos que hacemos no tienen el manejo espacial ni el profesionalismo de una película porno. Es el obsceno video aficionado de dos descontrolados que ni siquiera cerraron bien la cortina de la ventana Se aprecia la torpeza de la calentura, como si nosotros dos solos quisiéramos poner freno al terror del mundo y a la muerte. Ella me mordisquea y me deja una marca en el cuello, y yo le beso y le meto laboriosamente la lengua en el oído, le doy besos en los ojos. Luego nos empezamos a pajear uno al otro. Gemimos, ella como en una especie de pena inmemorial. Pero no dura demasiado, porque Mariela empieza a gruñir como una perra enojada, y acaba aferrándose a mí, con movimientos espasmódicos de su pubis entre mis dedos mientras yo le digo cosas suaves y sucias entremezcladas. Después la empiezo a penetrar. Mi pija le entra como por un tubo. Se la meto muy de golpe y le sale un gemido ahogado mitad placer, mitad dolor. Sus ojos con una expresión triste y llorosa de goce. Entra en trance, me la cojo con furia, con las manos debajo de sus cantos, como dos pequeños nidos para su cola que parece desbordarse. Todo su cuerpo vibra, son pequeñas oleadas de placer que van y vienen, como en un torrente. En un momento mis embates son tan fuertes que parece que la camita de la cabaña se va a partir al medio. Aprovecho un excesivo embate en que Mariela parece caerse nuevamente de la cama para cambiar de posición. La pongo en posición perrito, mi preferida. Me la cojo como a una verdadera perra. Ella por momentos se da vueltas y me dice cosas muy guarras, gruñe, gime, se queda sin aire, se atraganta, y me dice que la voy a hacer acabar de nuevo, *cojeme* me dice, *cojeme amor*, agitada se frota el clítoris con los dedos de la mano derecha y con el codo izquierdo se apoya en la almohada. Pero luego pone esa almohada doblada debajo de su vientre y se deja caer, *acaa-aabo amoooor acabo-oooohhh*, dice y se deja caer en la cama, haciéndome acabar a mí también, pero ya con ella cansada y

moviéndose como un muñeco sin vida ante mis últimas furiosas embestidas, solo diciendo me que ama mientas yo eyaculo... Luego mira a la cámara, sonríe y cierra los ojos. Después nos quedamos los dos así durante un par de minutos. Lentamente se la voy sacando y ella libera un desahogo, una exhalación mezcla de estremecimiento, cansancio y placer. Nos abrazamos con ternura y un mutuo, silencioso agradecimiento, salpicándonos con piquitos, besos cortos intermitentes. Parecemos dos sobrevivientes de un vendaval.

Sábado 8 de mayo de 2016

Fuimos con Mariela, cada uno por su lado, a la casa de Carmen en el Bajo Belgrano. Nos encontramos antes en la puerta. La tía se mostró algo sorprendida de movida. Seguro pensó que ya no me veía en absoluto con mi ex. Encima Mariela actuaba como si aun fuésemos novios.

Se habló un poco del tío, pero solo al principio. Mas que nada se habló del velatorio en sí, como un acontecimiento social más. Acerca de quien había ido y quien no. Después las mujeres salieron al jardín a ver las plantas. Yo me quedé en la cocina haciendo mate y luego salí. Pero antes de salir las miré a las dos juntas, hablando algo sobre el aloe vera.

Mariela y Carmen parecían hermanas o primas. De lejos, sus cuerpos no tenían gran diferencia postural, ni de vestimenta. La tía se había puesto un vestido de flores grandes, rojas verdes y amarillas, como para hacer a un costado al luto desde el primer día. Ya había tenido demasiado luto con tantos meses de agonía de su marido. La necesidad de cambio de ánimo y de seguir adelante se percibía en el ambiente. Creo que por parte de los tres.

Cuando en un momento Carmen se elevó en puntas de pie para intentar llegar a una enredadera, se le marcó la bombacha. Realmente a los setenta, un culo más que respetable, incluso mejor que el de la Mariela flaca de estos tiempos. La tía tiene unos kilos de más propios de la edad y de no hacer mucha gimnasia, pero como tiene la cintura esa casi de adolescente, las caderas se ven anchas y el culo grande.

Yo volvía de hacer el mate. Cuando Mariela se dio vuelta y me miró a través del vidrio de la puerta corrediza, traté de hacerme el abstraído, como que me había olvidado algo. Luego volví mi mirada en general hacia ellas y salí al patio.

—¿Encontraste todo? —Preguntó la tía.

—Si, espero que no esté muy amargo para ustedes.

Le pasé el mate a la tía Carmen. Con sus femeninos y amables labios sin pintar chupó de la bombilla y luego me miró.

—Impecable —dijo, haciendo un gesto de aprobación con la mano y una mueca simpática con la boca. Los labios le hicieron unas mini arrugas irresistibles.

—Si hay algo que Facundo hace bien, es el mate —dijo Mariela.

—Supongo que hará tantas otras cosas bien, ¿no? —preguntó la tía Carmen, mirándonos con una sonrisa cómplice—. Esperen que vaya a traer unas masitas secas. Enseguida vengo.

Nos quedamos sentados en las antiguas sillas de hierro con acolchados almohadones de pájaros tropicales. La tía tiene gusto por la decoración; es un estilo medio pequeño burgués, pero sabe como ensamblar lo moderno con lo antiguo, tanto en el interior como en el patio.

Con Mariela nos miramos en silencio por unos segundos. Y enseguida, reapareció Carmen, caminando con parsimonia de nuevo hacia nosotros.

—Facundo... —me alcanzó una bandeja con masas. Era el mismo tono sereno con el cariñoso dejo imperativo de siempre. Algo de autoridad familiar que me resultaba sumamente confortable, como si yo fuese un chico que necesitase sumas módicas de disciplina a diario. Lo cierto es que podría haber apoyado ella misma las masas, pero me las dio y luego se sentó.

—Qué sabés de los papis —preguntó neutra.

Le conté que estaban muy bien, que tenían para un par de semanas más. Y que si decidían hacer un desvío por Marruecos el viaje se iba a largar un poco. Habíamos hecho un pacto con mi tía de no informarle nada a mis padres del fallecimiento del tío Juan Carlos. Era absurdo arruinarles el viaje por una situación ya insalvable.

—Hoy temprano me llamaron de la editorial —largué al pasar. Les conté muy por arriba que era para encargarme una nueva traducción, para que quedase claro que iba a estar ocupado.

Mariela fingió alegrarse, pero en el fondo supe que se apenaba. Mi futura concentración en el trabajo que se tenía asignado iba a talar de

raíz cualquier nuevo ensayo de acercamiento entre nosotros. Ella sabía de lo irregular de mi trabajo, y de mi aplicación al mismo, por mi responsabilidad y por los reducidos plazos de la editorial.

Mientras la charla era efervescente no lo había notado, pero apenas se hizo el primer silencio me di cuenta de que la tía no se había cruzado ni descruzado de piernas en toda la charla. La mesa era de vidrio, ofrecía una inmejorable posibilidad para nuestra antigua complicidad. Pero tal vez el luto, el tiempo pasado sin vernos, y la presencia de Mariela hacían imposible aquel ritual. O tal vez ya era demasiado tarde para juegos de seducción, pensé.

¿La tía tendría toda esa sensualidad ya relegada o puesta bajo llave? ¿Hasta cuando?

Enseguida comencé a notar que el avance de Carmen venía por otro lado.

Cada vez que le pasaba el mate, los dedos largos y suaves de su mano me acariciaban los míos, que se aferraban nerviosos a la tibia calabaza ornamentada con artesanías de oro y plata.

Era un mate criollo muy fino de la colección del tío, uno que yo jamás había visto que se usase antes en la casa. Estaba siempre en una vitrina y tenía grabado el sello del grupo inmobiliario que trabajaba con su empresa de construcción: seguro que un regalo de fin de año de los gerentes.

(La tía parecía querer emanciparse pronto de las pequeñas costumbres prohibidas por Juan Carlos.)

Carmen sí se había puesto contenta de verdad con mi nuevo pedido de trabajo y me sonrió con calidez, aprovechando el momento para una caricia mucho mas larga a mis dedos que le alcanzaban el mate. Cuando me lo devolvió, para no ser menos, hice lo mismo con sus dedos, pero no me atreví a mirarla a los ojos. Nuestras manos se acariciaron impunemente varias veces, con el mate del finado tío de tibio y discreto testigo.

Mariela ni se enteraba de nuestro jueguito *in crescendo*.

Carmen, imperturbable, como si la que acariciaba era una persona y la que hablaba era otra diferente, comentó algo de que con Juan Carlos habían ya firmado todos los papeles para la renuncia al grupo inmobiliario. También esbozó su proyecto de volver a retomar la decoración de casas y jardines y de hacer unos cursos de fotografía en

el Centro Cultural Rojas.

—Y en algún momento me voy a tomar unos meses y tal vez yo también me haga un viaje —dijo, casi engolosinándose de proyectos atrasados—. Hay un lugar que siempre soñé con conocer: el continente africano.

Mariela largó algún comentario de que no es un viaje para hacer sola.

—Bueno me acompañás entonces, andá preparando las valijas —bromeó la tía.

—Ojalá pudiera —contestó enseguida Mariela—: ¡saben como me van a extrañar los chicos del Jardín!

Nos quedamos callados unos segundos, pero parecieron interminables. Estuve a punto de largar el típico comentario, *que silencio, pasó un ángel…*

—Bueno, gente querida, yo parto —dijo Mariela de pronto—. Vos, Facundo… ¿te quedás?

Dudé un segundo, ya que habíamos venido juntos. La tía solo se limito a mirar a Mariela desde la silla, con una especie de pseudo sonrisa mustia, estirándole la mano derecha en forma de saludo, mientras que con la izquierda se acariciaba un pequeño crucifico de plata que se había puesto para la ocasión en su cuello.

—Voy a hacerle un poco mas de compañía a la tía, pero te acompaño hasta la puerta.

Me levanté y ellas se sonrieron con rápida cortesía. La tía hizo un muy leve amago de ponerse de pie, pero Mariela se lo impidió dándole un abrazo antes de que se incorporase, estampándole un beso en la mejilla.

Conociéndola a Mariela y a sus intenciones, iba a agotar hasta último momento el tratar de estar a solas conmigo.

Una vez en la puerta de calle me miró y me dijo:

—No te pierdas. Llamame para saber como les fue a tus viejos.

—Dale, cuando termine la traducción te aviso y nos hablamos.

Quiso darme un beso en la boca, pero lo evité y se transformó en un

torpe y apurado choque de labios y pómulos. Tuve la extraña sensación de que Mariela adivinaba que yo había estado mirando aquel video tan caliente de Mar de Las Pampas.

—Tengo el auto acá a la vuelta, ¿no me acompañás?

—No —le dije cortante. No voy a dejar a la tía sola, Mariela, entendé el momento.

—OK. Beso.

Cerré la puerta y me quedé pensando en la palabra “beso” de Mariela, tirándolo con la mano mientras se iba sonriente, a pesar de todo. En el fondo ella sabía que más allá de separarnos, definitivamente o no, ambos necesitábamos un tiempo.

Cerré la puerta con alivio.

Pensé en la traducción. Iba a tener un mes de trabajo intenso. Se trataba de un libro de cuentos de autores norteamericanos jóvenes, con mucho slang que necesitaba investigar.

Volví al patio, pero la tía ya no estaba. Decidí entrar de nuevo a la casa. Tal vez estuviese cansada. Por ahí era mejor irme y dejarla tranquila.

En el living no se encontraba. En la cocina tampoco.

—Tía... —llamé despacio, sin inflexión de interrogación. No contestó. Sin pensarlo demasiado subí las escaleras que conducían al segundo piso, donde estaba la habitación matrimonial y las de invitados.

Esta vez caminé en silencio sin llamarla, simplemente me deslicé por el pasillo. La puerta de su habitación estaba entreabierta. La tía Carmen se miraba en el espejo que había sobre una cómoda. Se maquillaba los ojos con un creciente apuro, como una mujer a punto de salir para el trabajo. Luego se puso apenas un poco de rouge y se revolvió el pelo. Yo permanecí de pie, sin animarme a avanzar más pero tampoco a volverme sobre mis pasos. No me atrevía a llamarla. Solo me limité a observar que hacía.

Abrió el cajón superior de la cómoda y sacó algo. ¿Un pañuelo? Se fue hacia la cama matrimonial y desapareció de mi visión. Sin embargo, a través de le pequeña hendija que me dejaba la puerta entornada en la parte de las bisagras, pude seguir espiándola.

Se había sentado en la cama. Rápidamente se quitó la bombacha que llevaba. La extendió un poco, la miró y la tiró a un costado. Estiró una pierna y se empezó a calzar la bombacha limpia, luego hizo lo mismo y se puso de pie.

Creí ver que era una bombacha blanca bordada con florcitas. Fue tan rápido este último movimiento, lo fragmentado de mi visión y mis nervios de improvisado voyeur, que no tuve demasiado tiempo de apreciar sus piernas. No le vi el pubis ni la cola, pero si le vi las piernas como nunca antes en una acción tan privada. Solo vi que su carne era blanca, de meses de encierro hospitalario. Hacía rato no le veía la parte de arriba de los muslos tan vividamente, porque ellos veraneaban casi siempre en Cariló. No parecía ni por lejos la piel de una septuagenaria.

Cuando noté que se ponía desodorante y volvía al espejo de la cómoda, me retiré un poco hacia atrás, para fingir que recién llegaba. Para bajar las escaleras era demasiado tarde; y si me veía, la desagradable imagen de adolescente tardío calenturiento que iba dar no me la iba a perdonar nunca.

Lo último que vi fue que la tía se revolvía un poco el pelo y se aprestaba a salir de la habitación, con esos vertiginosos movimientos que hacen las mujeres cuando están por ir a una cita.

Hice un acting de que recién llegaba. Traté de aclarar la voz, pero me salió una especie de tono aflautado que por suerte ella no detectó, ya que su reacción fue mas que nada de susto.

—¡Perdón, tía! No te quería asustar. Es que te esperé y no venías.

—Disculpame vos, Facundo. Pensé que te ibas a quedar mas tiempo charlando con Mariela en la vereda. Te cuento que pasa: me acaban de llamar de la inmobiliaria. Un contador va a pasar a traerme unos papeles, y no sé cuanto va a demorar. Son papeles del directorio, cosas que faltan.

—Ah, perdón, tía, pero entonces yo sigo viaje. No quiero molestar.

—¿No te enojás? Es que ahora viene la parte del papelerío y las cosas que hay que terminar de cerrar con esta gente. ¿Otro día seguimos los mates?

—No Tía, que me voy a enojar. Yo también tengo que empezar rápido con lo mío. No hay problema. Nos vemos en cualquier otro momento.

Noté que se había perfumado.

Mientras bajábamos la escalera me tomó levemente del brazo, como si fuese una mujer más vieja de lo que me habían sugerido la fugaz visión de sus piernas y su pubis de bombacha de niña.

—No dejes pasar tanto tiempo, que no solo te pueda ver para una desgracia —me dijo en voz baja pero firme.

—En eso tenés razón, Carmen. Que la próxima sea para una circunstancia más feliz —contesté, sorprendiéndome a mí mismo de haberla llamado Carmen.

Cuando nos despedíamos en la puerta, llegaba justo el de la inmobiliaria. Era un tipo de mi edad o un par de años más, vestido con traje y camisa negros. No tenía corbata. Tenía el aspecto canchero de un representante de futbolistas, o de un valijero de la corrupción política, de alguien astuto que ha trepado rápido. Un típico ganador, o que al menos actúa externamente como un ganador.

No sé que marca era su auto, pero parecía caro. Lo había dejado con la puerta entreabierta y sin balizas, a medio estacionar.

Apenas pude sacar mi Peugeot tres puertas del poco espacio que me había quedado. Me iba abrumado por como todo había cambiado en un segundo. Tuve la sensación de que ese tipo era el potencial próximo amante de la tía. Un pillo argento, un aventurero que trepa en la empresa con los favores de la viuda de uno de los antiguos socios del grupo.

Me dio mucho asco dejar a la tía, tan fina, tan viajada, tan culta y leída, con semejante grasa.

Desde el auto saludé revoleando la mano, fingiendo apuro. La tía me saludó con un *chau Facundo* apurado. Ya estaba en otra cosa, práctica y serena y a la vez fría para ciertas circunstancias, como había sido siempre. A veces me quedaba la duda de que era ella la que había mandado tantos años en la pareja, con sus modos mas reservados pero resolutivos.

Por el espejo retrovisor miré algo que me iba a estar torturando durante muchos días. El winner acomodaba el auto donde había estacionado mi Peugeot, y se metía rápidamente con la tía Carmen en la casa, tocándole a ella el brazo en un ademán entre amable y afectuoso. Tal vez demasiado afecto para un trámite.

Miercoles 11 de mayo de 2016

Desde que nos separamos con Mariela me vine a vivir a casa de mis padres en Núñez mas que nada para meditar en soledad, leer, escribir, traducir. Pero tampoco me cierra mucho estar acá. Es una burbuja, algo temporario.

Mariela me dijo que va a seguir alquilando nuestro departamento de Avenida Libertador. Me pidió que por favor continúe compartiendo los gastos de alquiler hasta que consiga un roommate.

Igual mañana llegan los viejos. Se termina mi encantadora soledad de tres días. *Splendid Isolation*.

Ya estuve viendo monoambientes para mí en Internet, aunque mamá me pidió que me quede con ellos hasta que encuentre algo decente. Como le gusta usar esa palabra a mi mamá, *decente*.

Traje todas mis cosas, y obviamente mi laptop y los diccionarios y papeles varios. La impresora se la dejé a Mariela. Estoy trabajando en la traducción a pleno y además entrenando. Pesas y boxeo recreativo dos veces por semana. Es una forma de matar los pensamientos que me han invadido últimamente. Mi imaginación es dispersa. Debo ser disciplinado para mantenerla a raya. No faltaré al gym y tendré apagado el celular. Hasta que no esté el libro terminado no voy a parar. Me gusta traducir, y esta vez me pagan un poco mejor.

Mi habitación de adolescente está intacta. Vi unas fotos de mi comunión. La tía Carmen me mira con una especial ternura, yo una cara de santo insoportable.

La veo hermosa. Me encanta el brillo en su mirada, su sonrisa bondadosa, y a la vez ese eterno rictus de amable severidad. No hubiese sido muy raro que, si la vida no me hubiese puesto en el lugar de sobrino, y sin la diferencia de treinta y seis años que tenemos, me habría enamorado perdidamente de ella.

Me voy a tirar un rato a dormir la siesta en mi vieja cama de soltero.

5 p.m.

Soñé que Tía Carmen estaba embarazada de joven. Tenía una panza de cinco meses y la mostraba oronda por el jardín donde ayer tomamos mate. Yo la seguía, pero no la podía alcanzar para

acariciársela. Ella se daba vuelta y me mostraba un pecho, con el pezón hinchado con gotas de leche que le salían. Me desperté con una tremenda erección, y no pude evitar tocarme un poco, pero me controlé a tiempo.

Medio dormido, tuve una recaída y rompí con la abstinencia de celular. No hay mensajes de Mariela, solo uno de la tía Carmen:

Ah, Facundo, me olvidé de decirte algo el otro día... tengo ropa el tío Juan Carlos que te puede andar... por ahí te sirve alguna camisa o campera... creo que son tu talle... Bueno, nene, si te interesa, avisame y te espero algún día... y además, seguimos con los mates interruptus... ¡mañana llegan los papis! Chau, querido, un beso.

Nueva paja, obvio. Como cuando era un adolescente, volví a hacérmela en mi habitación. Mientras me frotaba, iba escuchando ininterrumpidamente el audio de voz de la tía y reviviendo las imágenes del sueño que tuve.

La leche me saltó tan alto que me cayó un poco de semen en un ojo. Después puse las sábanas y mi ropa en el lavarropas y me duché.

Masturbarme me alivia, me da una sensación inmediata de bienestar. Pero es tan irreal todo. Tan solitario, que apenas pasan unos minutos me empiezo a deprimir un poco

No quiero caer en la debilidad de llamar a Mariela como premio consuelo. Ya lo probé y no funciona.

Viernes 27 de mayo de 2016

Volvieron los peregrinos.

Estos días me la pasé viendo fotos y videos del viaje de mis padres. En este momento están en lo de Carmen. Mamá no se sorprendió para nada por la mala noticia, y se preocupó más por que ropa ponerse antes de salir que por otra cosa. Papá estaba un poco más callado. La noticia lo toca mas fuerte, ya que era bastante compinche de tragos y picadas con el tío Juan Carlos.

***

Mamá me dijo antes de irse a dormir:

—No la hagas esperar a la tía para probarte esa ropa. Si no la querés decile que no con un mensaje de texto. Hay una campera que vale la pena, el resto es muy ropa de viejo para vos.

Mamá, acordate que tengo treinta y cuatro años, yo manejo mis tiempos para hacer las cosas, pensé en decirle con dicción clara y neutra, sonriendo sarcásticamente. Pero le contesté con un gruñido, mirando sus pies descalzos, y volví a mi traducción. La asfixia de volver a casa de mis padres luego de vivir con Mariela la empiezo a sentir de entrada. Fundamental buscar piso pronto.

Nos dijimos hasta mañana y vi que se iba por el pasillo, pero no apagó la luz como de costumbre. Sentí que mamá volvía sobre sus pasos. Se asomó por la puerta para recomendar algo más, pero supongo que al ver mi cara de culo se arrepintió enseguida. Sobreactuando españolismos, *hombre*, *tú sabes*, con la alegría del viaje realizado, dijo dos o tres cosas más, me tiró un beso y se fue a dormir.

Domingo 29 de mayo de 2016

No hago ficción cuando escribo un diario personal, ni tampoco imagino cosas. Simplemente cuento lo que me pasa. Todo lo que dije aquí hasta ahora es verdad, es lo que pasó sin exageración alguna. Incluso me he privado de contar algunos detalles, algunos humillantes y otros pesados, como los nuevos intentos de Mariela por volver a vernos y mi saga interminable de pajas en honor a Carmen. Pero lo más interesante viene a partir de aquí.

Es el hecho definitivo que ocurrió ayer entre mi tía y yo.

Ésta es mi última entrada del diario. He decidido no escribir más. Simplemente voy a contar, para dar un cierre, la aventura más intensa que he vivido a nivel adrenalina en toda mi vida. Y luego finalizaré la escritura de estas páginas por un tiempo prudencial.

Desear tener relaciones con tu tía no es ni una virtud ni un defecto. Eso es lo primero que quiero decir antes de escribir los detalles de lo que pasó. Sé que voy a terminar publicando esto, en Internet o donde sea. Necesito hacerlo para liberar algo que no sé bien que es. Ya no puedo decir que es culpa, ya no puedo asegurar que sea una descarga. Tal vez pueda ser una necesidad de comunicar algo intenso e íntimo, algo original y diferente que no quiero quedarme solo para mí.

No esconderé nada de lo que sucedió entre tía Carmen y yo ayer sábado por la tarde noche. Solo espero encontrar las palabras adecuadas.

Lo primero que hice fue mandarle un mensaje de texto, avisándole que podía ir para la consabida prueba de ropa. Me bañé, me perfumé

y me puse el jean que más me marca el bulto. No quise ir en auto. Caminé las veinte cuadras que llevan de la casa de mis padres a la de Carmen con la mente en blanco. Sabía que de pasar algo entre nosotros iba a ser esa misma tarde o ya nunca jamás.

—Ya bajo, querido —me dijo por el portero.

La vi bajar la escalerita caracol sonriendo. Me abrió la verja y entré. Nos dimos un beso y fuimos subiendo hasta llegar a la puerta de arriba que estaba semiabierta. Son detalles tontos que recuerdo vívidamente. Vestía leggings negras, una remera blanca y un saco de lana con motivos indígenas.

Entramos, y tía Carmen cerró con llave y puso el cerrojo. Hizo un pequeño comentario acerca de la inseguridad en el barrio, de que gentuza hay en Barrancas de noche, comentarios bien clasemedieros: el espanto hacia los marginales que acechan como una niebla negra en el horizonte. (No sé porqué, pero cuando uno tiene una pulsión sexual fuerte o cuando está nervioso, el progresismo se va a la mierda.)

—Vení, pasá, tengo toda la ropa en la habitación. Pasá que te muestro —dijo sin mirarme directamente. La noté algo tensa, errática, pero no pude discernir la real motivación de su nerviosismo. ¿Tal vez nuevos trámites que la preocupaban? ¿Mi presencia de la que ya se había arrepentido?

O tal vez, pensándolo con un poco de sentido común, sería el simple pudor de estar solos, uno junto al otro absolutamente solos por primera vez en la vida —al menos en la edad adulta.

La seguí por el pasillo mirándola como a una hembra deseada largamente, no como a mi tía. Mis malas intenciones tuvieron su precio, el corazón me empezó a palpitar fuerte.

—Que buena ropa, me gusta tu saco... ¿Es vicuña eso? —dije, atrevido, pero con un leve temblor en la voz.

—¡Ay, gracias! —al darse vuelta, se le iluminó el rostro en una espléndida sonrisa, y me tomó del brazo en ademán confidente—. Es un poncho, aunque parezca un saco. Si, es de vicuña ¿Me hace muy hippy, che?

—Un poco —dije, pensativo. Y rematé enseguida—: Lo suficiente para imaginarte en Woodstock fumando porro y tarareando canciones.

La tía largó una carcajada que resonó en el pasillo y se perdió

escaleras abajo. Creo que ahí se empezó a romper el hielo entre nosotros esa tarde. Noté que se relajaba al caminar, haciéndolo con cierta parsimonia y vaivén en las caderas.

Como iba adelante, la observé sin misericordia todo el trayecto. Su pelo ondulado entrecano iba dejando un perfume que al inhalarlo pretendía activar mi auto controlado ímpetu.

No había nada artificial en ella, ni en la piel, ni en el pelo, ni en sus maneras. Pero sí un profundo misterio que me resultaba imposible decodificar. ¿Qué pensaría mi tía como mujer de mí? ¿Sería capaz de verme como a un hombre?

¿Habría algún otro modo de esclarecerme a mí mismo sin transitar por lo sensual? ¿Conversando directamente con ella, confesándole todo... bastaría con su madurez y su criterio para atemperar mi ansiedad y mis impulsos?

Las preguntas se fagocitaban unas a otras en mi cabeza, regenerándose como virus en nuevas cepas de turbulentos interrogantes.

Tuve el fuerte deseo de tomarla de la cintura, o pasarle un brazo por la espalda. Pero lo descarté enseguida. Debía ser cauto; había suficiente tiempo. Y si el fantasma del tío aun no reconsideraba la opción de volver a habitar su casa, estábamos solo ella y yo sin nadie más.

En ese momento hice una especie de reset mental para poder continuar. Era importante pisar sobre firme todo el tiempo, pero sin relajar demasiado mi atención.

De pronto, la tía se detuvo sobre sus pasos; me descubrió abstraído y mirándole la cola. Yo intenté disimular con una tos afectada. Mi actuación era poco creíble, pero no sentí vergüenza. El silencio de la casa y el ir ya pisando la alfombra de su habitación me dio de pronto una inusitada tranquilidad. Era mi tía, después de todo. Podía cambiar mi chip e instalarme en modo “familia” para calmarme en un momento a otro.

La ropa estaba sobre la cama y olía a naftalina.

—Que linda es esta cama.

Era una cama antigua, estilo campo con los respaldos labrados en hierro y bronce.

—¿Viste que linda? Costó conseguirla, pero era lo que queríamos con Juan. ¿Te gustan los muebles antiguos?

—Si, me encantan. También me gusta lo moderno. Acá todo está puesto con muy buen gusto.

—Te agradezco. Igual, de ahora en más todo me resulta diferente... Espero no sentirme demasiado extraña: es muy grande este lugar.

Estuve a punto de acariciarle un hombro, pero la tía se me adelantó, subiendo el tono de voz, como si intentase levantar el ánimo y cambiar un poco el clima.

—Bueno, sobrino: acá está todo lo que me pareció podía llegar a irte a vos. ¿Ves algo que te guste? Sin compromiso, ¿eh? ¿Cuál es tu talle?

Me puse la mano en la barbilla tratando de recordar. Nunca estoy seguro de mi talle.

—Eh, creo que un 42...

—¡Entonces puede andarte todo! 42 es el talle de mi marido —dijo, y me miró directamente a la cintura, como una vendedora indiscreta baqueteada en el oficio.

—Te parece muy ropa de viejo, ¿no?

—No, está bien, me gusta. Es todo muy clásico. Además, tampoco soy un chico.

La tía levantó una camisa de la cama y la comparó con mi remera, casi apoyándomela encima.

—¿Cuantos cumpliste ya?

—Treinta y cuatro.

—Vos estás loco, sos un pendejo. Un pendex.

Las palabras pendejo o pendex no eran habituales en boca de Carmen. Sonaban extrañas, como si no estuviese convencida de usarlas, o como si en vida de Juan Carlos no se hubiese animado a usarlas. Me había gustado mucho que las largase así de improviso, que se empezase a soltar y a entrar en confianza de manera más informal. Hasta ahora, ella nunca había sido ese tipo de tías que se hacen las copadas, que se van a fumar con los sobrinos y conocen sus gustos musicales.

—Te voy a dejar sólo así te probás tranquilo. Yo me voy a regar las plantas en todo caso.

—No, no. Está bien, tía. No hace falta, yo me pruebo rápido —dije, a modo de endeble argumento—. Ade... además yo soy un desastre probándome ropa —traté de reforzar la idea—. Mariela siempre me ayudaba a elegir, porque tengo tendencia a comprarme la ropa un talle más grande.

—Como un rapero, ja, ja... —dijo, y nos reímos los dos—. Igual no hay apuro —completó con tranquilidad y me alcanzó la camisa, volviéndome a rozar los dedos como había hecho con el mate. Pero esta vez me tomaba desprevenido, y quité la mano muy rápido.

De inmediato, lamenté la oportunidad perdida. No sabía cuantas chances más tendría de encuentros cercanos “casuales”. Si bien había tiempo, tampoco era cuestión de estar probándome ropa hasta la una o dos de la mañana.

La camisa era una camisa celeste a cuadritos; parecía de muy buena calidad.

De un saque me quité la remera. Me miré en el espejo que había sobre la cómoda. Me gustó mi torso: era un contexto en el que me veía muy bien. Imaginé la barriga de whisky y cerveza del tío Juan Carlos y me creí ganador, como que le estaba haciendo un regalo visual a la tía, en pago por su generosidad. De todos modos, sentí que ella miraba hacia un costado con algo de pudor. No le creí del todo. Me puse la camisa de su marido y me la empecé a abrochar con parsimonia.

En ese momento la tía hizo algo que me distrajo y me sorprendió: se sacó el poncho aborigen y lo dejó sobre la cama. Había quedado con las leggings negras y la remera blanca de mangas largas. Luego se acomodó un poco el bretel del corpiño.

—No te asustes que no te voy a dar mi ropa para que te pruebes. Me agarró calor, nada más.

Sonreí y traté de hacerme el distraído.

Al menos, mi sueño de volver a verle aquellos pezones que imaginé en esa fiesta de cumpleaños estaba más cercana en lo espacial, y quien supiera en lo temporal. Aunque tampoco podría asegurar que fuese a pasar, debía mantener firme el hilo conductor hacia ese posible momento.

Era mejor verla sin el poncho que con el poncho. Estaba ahí, echada de costado en la cama: la figura de mi tía relajada y cómoda, en su sitio, tranquila. Mientras yo era una especie de pordiosero tratando de disimular los nervios.

Traté de pensar en tantas peores cosas que me habían pasado a nivel adrenalínico, como pelearme en la calle con un Caniche en la mano; una pareja de Rotweillers que me corrió mientras paseaba en bicicleta; casi morir ahogado al caer de un espigón de pesca; cuando di un trompo en la ruta por esquivar una vaca y el auto se me puso en dos ruedas... pero esto tenía una tensión diferente que me abrumaba y me hacía aumentar los latidos del corazón, como si aun fuese aquel tímido adolescente que se babeaba con las gambas de su tía en los cumpleaños.

Ella me había mencionado a Juan Carlos instantes atrás, y yo a Mariela... Ahora estábamos a mano y podíamos jugar a otro tipo de juego, o guerra: entrar en nosotros mismos, permitirnos el cruce de nuestras soledades paralelas.

La miré buscando su aprobación. Estaba relajada, con la cintura medio inclinada y una mano apoyándose en la colcha, casi con el codo en una actitud perezosa de espera, como quién está todo el tiempo activo y de pronto sabe aprovechar unos segundos donde no hay nada para hacer y relajarse.

Me ponía nervioso que toda su atención estuviese puesta en mí, pero al mismo tiempo empezaba a ser divertido. Me estaba olvidando de que era mi tía, que había enviudado hacía tan poco tiempo días y que me llevaba treinta y seis años de edad. Los obstáculos y los contrastes parecían querer difuminarse lentamente por obra de un impulso mucho más fuerte que la corrección y los mandatos.

—Te queda bárbara. ¡Quedatela Facundo! Es hermosa esa camisa, y tiene muy pocas posturas. Podés probarte la campera, también está sin usar casi.

Era una campera marrón claro, no sé de que material, tal vez carpincho (ya no importaba demasiado), con un cuello de piel. Me quedaba bien.

—Ah, muy bien. Impecable —dijo la tía, con un tono seductor algo impostado, con cierto ronroneo gatuno, como si se le hubiese levantado el ánimo verme con la ropa de tío Juan Carlos.

Me sonreí sin saber que decir.

—Mejor que a Juan Carlos —agregó. Yo seguí sonriendo. No dije nada, solo sonreí y la miré. Era ridículo decir gracias o algo por el estilo—. Como tenés espalda bastante grande creí que te iba a quedar justa, pero te va muy bien. Debe ser la edad: a los jóvenes todo les va bien.

Le miré los labios mientras hablaba. Al secárseles se pasó apenas la lengua.

Quiero besarla, me dije en silencio.

—A ver la otra, probate ésta —dijo levantando una campera de hilo negra—; puede ser que esté un poco estirada.

Me quedaba mal; era muy de viejo. No me dio tiempo a opinar y me empezó a pasar ella misma un par de pullovers y varias camperas más. Todo me anduvo: el único problema radicaba en el estilo de ropa, que no me convencía demasiado. Mariela hubiese estado horrorizada, o riéndose mucho, burlándose de mi postura de maniquí viviente ante la mirada de tía Carmen.

—Me queda rara la parte de abajo, dije de una campera de lana. La tía se empezó a reír. Nos reímos juntos un rato.

—¡Está muy estirada! —me dijo tentada de risa, tocándome el brazo con sus dos manos, y haciendo un ademán con la cabeza de apoyarse en mi hombro—. Dejá, la ponemos aparte para el Ejército de Salvación. No quiero que hagas el ridículo por culpa mía. ¿Vos no usás traje, Facundo, todavía, ¿no?

—Ehh…

La tía hiló la risa anterior con una carcajada que pareció rebotar en el vacío de la habitación y en el silencio de toda la casa. Su risa me hizo desistir de cualquier intento de seducción. Mis pensamientos más libidinosos se habían ido degradando hacia una sensación de compasión y ternura. Además, tuve la extraña impresión de que la tía Carmen no era una persona tan mayor. Que podía ser mi amiga, incluso, de no haber nacido hermana de mi madre. Que su forma de pensar y de reírse a los setenta era más juvenil y contagiosa que la de Mariela a sus preocupados treinta y dos.

—Está bien, está bien, dejémoslo. Es el traje que usó mi marido para el casamiento. Lo mando a Salvación también —dijo riéndose con lagrimas en los ojos de alegría—. Ah, como me hacés reír…

—Me gusta que estés de buen humor tía —dije innecesariamente. En realidad, no era buen o mal humor de lo que se trataba. Se trataba de una mujer intentando aflorar a la vida luego de largos años, con un marido que la había engañado muchas veces —mamá lo odiaba por eso mas que nada—. Un tipo que siempre se había tomado excesivas licencias machistas, cosas ya fuera de lugar como darle a la tía una palmada en la cola delante de todos para que fuese a hacerle algún mandado.

Últimamente a mí se me había cruzado un interrogante: un interrogante casi fatal para mi mar de dudas: ¿La tía, había sido totalmente fiel al tío Juan Carlos, o en algún momento, de manera más discreta había tirado también su canita al aire? El tío viajaba mucho por negocios, compras, ventas, sociedades: todo el choclo de papeleríos que ahora tenía Carmen. Entonces mi sospecha (o mi paranoia) venía por el lado de algún profesor de yoga o algún compañero en el grupo de teatro o el coro, lugares a los que la tía entraba y salía cada tanto sin demasiada regularidad —ignoro si por celos de parte del tío o por su propia inconstancia.

En todo caso ahora la notaba mucho más resuelta y enfocada. Como si la tristeza y la ausencia autoritaria del tío Juan Carlos le estuviera insuflando algo de vida en vez de abatimiento, como si ahora se estuviese transformando en una mujer más verdadera. Pero tal vez mi imaginación me hacía exagerar tales conclusiones.

—Te noto cansado. ¿Paramos acá?

—No, estaba pensando... el traje...

—Te lo muestro al menos, y te fijás —resolvió la tía, expeditiva como una vendedora consumada.

Abrió la puerta del placard y lo sacó con un ágil movimiento, como si tuviese todo estudiado, incluso mis reacciones.

—Dale, probátelo, no seas malo, así nos reímos otro poco, dijo con voz calma y segura, arropando un atisbo de risa oculto.

Me quedé mirándola con una sonrisa boba. ¿No se iría para que me pruebe? No me animé a decirle que me dejara solo, y casi como un niño avergonzado, empecé a desvestirme. Recordé que la ultima vez que la tía Carmen me había visto en calzoncillos era para mis doce o trece, cuando ayudó a mama con mi fiesta de comunión.

Habían pasado muchos años, y si bien me veía en short de baño en

alguna ocasión en la pileta o en el mar, esto era diferente. Además, solos y en su habitación.

Era muy extraño, pero lo impensado tomaba forma.

Traté de desvestirme rápidamente, con una sobreactuada virilidad; aunque por dentro me embargaba una afectación y una vergüenza que supongo al menos en mi rostro se debe haber notado.

—Uy, nene, ¡perdón! Soy una zarpada que no te dejo cambiar tranquilo ni por un segundo...

La palabra zarpada sonó dulcemente artificial, ya que no era parte de su vocabulario habitual.

—No, está bien —dije canallescamente cómplice, así hacemos más rápido.

Con un poco de torpeza me puse el pantalón del traje, pero no me pude subir el cierre enseguida me puse una camisa que la tía me alcanzó sin decir nada. Era una camisa cualquiera, que la única razón que tenía era probar el traje. Me puse el chaleco y luego el saco. El traje me quedaba bien. Me llamó la atención cierta contemporaneidad que tenía con los trajes que los modelos usan en las revistas.

—Epa, ¿bien, ¿no? —pregunté, poniendo facha.

—Guauuu... —dijo la tía—. Te queda rebieeén, perfectooo —noté que le brillaban los ojitos—. Solo hay un detalle, muy importante —se acercó y me cerró el cierre—. Este cierre siempre tuvo una trampita... ahí está —su mano izquierda se apoyó levemente en mi sexo. Todo lo hacía de manera tan natural que casi no tenía injerencia alguna en el creciente desparpajo que la situación tomaba.

¿Qué hubiese pensado mamá de ver a su hermana cerrándome el cierre como a un niño? Necesitaba evaluar imaginariamente, para saber donde estábamos parados en nuestro juego. Necesitaba demostrarme que no era solo mi fantasía macerada durante tantos años.

Caminé un poco hacia la ventana, y después volví hacia donde estaba la tía.

—Está bien, me lo quedo, señora —dije como si estuviésemos jugando a una ficción donde ella fuese la vendedora y yo el cliente. Pero al notar enseguida que la tía se quedaba muda y se le fruncía un

poco el ceño, con los ojos al borde de las lágrimas, me acerqué y le di un abrazo formal.

—Mil gracias —dije algo artificialmente en el tono— lo voy a usar con mucho cariño y orgullo. Mis palabras eran falsas y probablemente la tía se daba cuenta. Mi antipatía hacia el tío Juan Carlos se había acentuado en los últimos años de la grieta Kirchnerista: yo totalmente anti-K, y él devenido defensor de los derechos humanos, porque algunas políticas del gobierno habían favorecido a su empresa.

Carmen se había quedado como congelada.

—¿Tía, estás bien?

Apenas hice la pregunta, Carmen se llevó las manos al rostro, se sentó y empezó a sollozar. Además, le temblaban un poco las manos. Su estado de ánimo había pasado de un extremo al otro sin solución de continuidad. No me resultó nada raro, dadas las circunstancias.

—Perdoná, querido, que te haga pasar este momento —levantó la vista con los ojos turbios, enrojecidos, aunque con una suave sonrisa —. Se me vinieron muchos recuerdos cuando caminaste recién con el traje.

Una inesperada ira me invadía. La tía lloraba por el recuerdo de su marido joven y ahora me usaba como cobayo para administrar esos vanos recuerdos. Me sentí una especia de marioneta estúpida. Pero lo disimulé. La idea me nutrió de agresividad y desvergüenza, sentimientos que transformé rápidamente en una herramienta para afilar mis más oscuras intenciones.

Me senté al lado de la tía y la abracé con inusitada firmeza, como si siempre hubiese tenido el control de mis emociones y de la situación. Casi, mimetizado en el tío Juan Carlos y su habitual seguridad y temperamento para resolver cualquier tipo de situación. La idea de estar actuando bajo su influjo y no con mi propia personalidad, me llenó aun más del nervio que me quitaba todo tipo de timidez.

Si yo heredaba su ropa y su karma, heredaría sus derechos también.

La tía pareció registrar el cambio, pero luego de un ligero sobresalto manifestado en una pequeña mirada de reojo hacia el piso, volvió a llorar un poco mas; aunque en un decreciente degradé muy sutil, casi de actriz que necesita manejar el tiempo interno de una toma dramática.

En ese momento, empecé a sentir que mi pene se agrandaba, resuelto a comandar, a ponerse al frente de mis emociones, tratando incluso de boicotear mi inusitada frialdad para continuar con la movida que intentaba confusamente llevar adelante.

Algo de mis remolinos emocionales debe haber percibido Carmen, ya que de golpe se levantó. Entonces sentí que lo peor pasaría, que estaba arrepentida de todo y que me pensaba a echar en un súbito ataque de ira o histeria.

Pero nada de eso sucedió. La tía Carmen no era Mariela.

—Perdoname —dijo, caminando hacia el placard—: me acordé de una cosa.

Que simple y desprendida, que femenina resultó a mi mirada su caminata. Las leggings negras se rozaban y hacían un ras-ras al caminar. La remera blanca le tapaba la mitad de la cola. Su energía para cambiar de ánimo me hacía desfallecer, como si yo no pudiese de pronto seguirle el tren, como si yo tuviese su edad y ella la mía.

—¿Ves esa esa caja que hay ahí? Podés bajármela si llegás. Es la de abajo, la marrón. La caja amarilla de arriba no, que son fotos viejas. Ahí dentro de la caja marrón debe haber unos guantes de cuero. Son nuevos. Se los compré a Juan en Copenhague y nunca los usó. Voy al baño y vengo enseguida. ¡Esto está tan divertido! Me sirve para distraerme un rato —nos sonreímos y la tía salió de la habitación. Perversamente, miré la hora. Quería calcular el tiempo que tardaría y adivinar que tipo de necesidad higienista la estaba convocando. *Seguro que la regla no*, pensé, haciéndome un estúpido chiste privado.

Me acerqué y cumplí con el pedido; con solo estirar la punta de los pies llegaría. Ya tenía la caja en la mano, intentando separar la caja amarilla de las fotos que había quedado montada sobre la marrón. Pero con mi torpeza y el hecho de tener un saco con chaleco puesto, calculé mal el movimiento y se me cayó la caja al suelo. La marrón la mantuve en la mano, pero no pude evitar que la amarilla se cayera y se desparramaran las fotos por el piso.

Eran fotos de viaje. Estaban anotadas por año. Había de todos los países de Europa. Los tíos al no tener hijos se convirtieron en eternos viajeros, y conocieron juntos prácticamente todos los países del mundo. Salvo el continente africano, la deuda pendiente de la tía y que el tío Juan Carlos ya no podrían llevar a cabo, al menos en esta vida.

Pero al tener todas las fotos prolijamente anotadas los países y los años, un sobre blanco me llamó la atención. Era un sobre que estaba al fondo de la caja, como discretamente oculto.

Miré hacia el pasillo, la tía debía estar como mínimo lavándose las manos después de hacer pis, y como máximo iba a tardar cinco minutos mas, inmersa en tareas de fuerza mayor. Una u otra posibilidad me daban al menos la chance de hurgar lo que había en el interior del sobre blanco.

No era dinero lo que se me cruzó como fantasía, ya que nunca fuí amigo de lo ajeno, sino la casi certeza de que allí había algo que por alguna razón estaba semioculto. Tal vez alguna carta de amor, pensé. Estaba casi convencido de que era o una carta de amor del tío o de la tía.

Pero cuando abrí el sobre me llevé una gran sorpresa. Fue tan grande la sorpresa que di como una especie de sacudón hacia atrás.

No eran palabras, no eran cartas: eran imágenes.

Imágenes que no podía creer estar viendo ver.

Eran fotos de la mismísima tía Carmen, pero no fotos típicas de una señora de su edad y buenas costumbres, sino fotos eróticas. En posiciones hechas deliberadamente. Estaba joven y hermosa. Tenía el pelo negro profundo, sin una sola cana. Y mucho menos tenía el mechón blanco a lo Susan Sontag de ahora.

No tenía mas de veintitantos años.

Me quedé paralizado viéndolas una y otra vez, con el lógico nerviosismo de que la tía me descubriese hurgando en algo tan privado.

Era una docena de fotos. No estaba completamente desnuda en ninguna. Eran de tono picaresco, en ropa interior, portaligas, todo blanco. Como si se hubiese estado probando el arsenal de una *pin-up* profesional. En todas las fotos había una cierta inocencia de la época. Calculé que serían de mediados de los sesenta. Me preguntaba quién se las habría sacado, sí algún fotógrafo u otra persona.

—Son fotos que me sacó Juan Carlos en la noche de bodas. Disculpá, Facundo, que fui tan descuidada de no prever que estaban en la caja de arriba —sentí la voz de Carmen a mis espaldas.

Me giré y la vi en la abertura de la puerta, como no animándose a entrar, aunque no demasiado avergonzada. Era una mezcla de orgullo de su belleza del pasado, con la solemnidad que lo impregnaba toda la idea de que las fotos las había sacado el finado. Como si por todo eso sumado, la impudicia de mi mirada se anulase convenientemente.

—Perdón tía, se cayeron y me puse a acomodarlas.

—Dejame ayudarte, es culpa mía. No te preocupes.

Juntos en cuclillas nos pusimos a ordenarlas. Al principio con movimientos nerviosos, pero luego como al unísono, nuestras manos se fueron calmando en una especie de silencioso y renovado pacto. Como si ella me dejase saborear las imágenes un poco más.

Mis palpitaciones volvieron, y noté un temblor en las manos de la tía al ralentarse los movimientos.

—¿Las sacó el tío las fotos, ¿no? Están muy buenas —dije sin pensar demasiado, para darle al momento un cariz de normalidad.

—Si, claro. Esto fue en la misma noche de bodas...

—Puedo mirarlas tranquilo un rato más —pregunté sin inflexión interrogativa y sin mirar a la tía a los ojos.

Percibí de reojo que abría la boca para decir algo y tardaba en encontrar las palabras justas, haciendo un ademán con las palmas de las manos abiertas y una pequeña negación con la cabeza hacia los costados.

—Emmm... Facundo: no me parece que estas fotos tengan mucho que ver con el presente... pero, bueno, no me voy a sublevar ahora ante tu antropológica curiosidad. ¡No tardes demasiado, que a esta vieja todavía le queda algo de pudor! —dijo mientras sacaba los guantes de la caja marrón.

—No sos una vieja —dije—: estoy seguro de que estás tan sexy ahora como en la edad que tenías acá —agregué, señalando el nylon de sus medias en una de las fotos donde sus muslos se veían con mayor generosidad.

La tía Carmen estalló en una carcajada algo forzada y nerviosa pero no dijo nada. Luego se sentó de costado en la alfombra y yo hice lo mismo.

Durante unos segundos recorrí las fotos y las acaricié con los dedos, especialmente en las piernas, como dándole un mensaje gestual, entre directo y naif, de mis deseos. Sentí que Carmen suspiraba. Nos habíamos quedado callados: el silencio que precede a la tormenta.

—¿Puedo hacerte una pregunta un poco zarpada?

—Facundo... fijate lo que vas a decir—dijo, poniéndose sorprendentemente el uniforme de tía, aunque con una sonrisa tímida, mirando hacia el costado.

—No es tan zarpada la pregunta... después de todo.

—Está bien, preguntame: ¡me das curiosidad ahora!

La miré bien de lleno a los ojos. Ella también me miró, inquieta.

—¿Te hace recordar momentos muy especiales verme a mí ahora con el traje de casamiento del tío?

Tardó unos segundos en contestar, y cuando lo hizo su expresión era de pronto entre triste y aburrida. Tal vez mi pregunta no tuvo la audacia que esperaba. O quiso bajar un poco el tono.

—Si, bueno, me viene todo... como en una película. Es un poco fuerte.

—¿Estás arrepentida?

—Arrepent... ¿de qué?

—De que me invitaste a probarme esta ropa.

—Nooo, no estoy arrepentida. ¡Para nada! Me gusta verte con un buen traje, que puedas aprovecharlo —dijo, ya tratando de no engancharse en ningún doble sentido.

Otro largo silencio. Hasta que recordé una frase que había anotado en mi libreta de apuntes, algo motivacional sobre tomar decisiones y no dejar pasar las oportunidades. *Every second.*

—A mí me gustaría aprovechar la ocasión para verte a vos también... —dije casi al descuido, sin mucho énfasis.

—¿Verme a mí también? Acá estoy, ¿o no me estás viendo? —dijo inmediatamente Carmen. Su simplicidad al responder era un signo de seguir el juego sin embarullarlo y me daba pie para continuar.

Señalé las fotos. Pensé que no iba a poder continuar, pero algo atragantado al fin me animé.

—Quiero verte ahora... con el vestido de casamiento y esas medias de nylon... y las ligas... como en las fotos —largué con un dejo de adolescente caprichoso y una papa en la boca.

La tía hizo como un ronquido, una risa contenida. Luego tosió, nerviosa. Que no me insultara o me diera un bife, ya era un gran logro de mi parte. Tuve la impresión de que cualquiera fuera su respuesta, el viento iba a ser a favor.

—No, Facundo. Ya es suficiente. Ayudame a guardar todo esto —dijo con fingida severidad.

Cuando se inclinó para tomar las fotos que estaban mas cerca de mí, le apoyé mi mano derecha en el dorso de la suya.

—No te enojes, tía. Es solo un capricho de sobrino —dije lo mas dulcemente que pude.

—Un capricho de sobrino caprichoso —dijo exhalando profundamente el aire, bajando la mirada de nuevo y haciéndose un rulo con su mano izquierda en el cabello. Mientras tanto, dejaba su mano derecha apoyada quieta, con mi mano encima.

Durante un tiempo estuvimos sin hablar. Ella suspiró un par de veces más. Yo traté de que mi respiración fuera lenta e imperceptible. Después comencé a hacerle suaves y parsimoniosas caricias con la yema de mis dedos en el dorso de su mano.

La tía Carmen apretó los labios un poco y tragó saliva.

Mis caricias fueron haciéndose más evidentes, pero casi como un juego, como si estuviese acariciando a un pequeño animalito para ganarme su confianza y que no se me escapase.

No sé cuanto tiempo pasamos así. Era placentero.

—Sos un tierno —dijo, y comenzó a rozar lentamente la palma de mi mano derecha con el pulgar de su mano, dándole un tono de agradecimiento y de familiaridad al gesto—. Pero no sé si no será demasiada atención para tu tía.

—No es atención, tía —dije tranquilo, aunque mirándola salvajemente de lleno a los ojos—. Es mucho más que atención: es

cariño. Siempre te quise mucho.

—Y yo también, Facu, vos sabés que yo también. Gracias por ser tan bueno conmigo en estos momentos.

Seguíamos con las manos juntas, y no había mas espacio para frases de ocasión. Pensé que debía seguir avanzando de alguna otra manera; porque si retiraba mi mano se terminaba todo ahí, y de seguro para siempre. Recordé mi frase de cabecera de nuevo.

Cada segundo…

Con el dedo anular de mi mano izquierda le empecé a rozar la barbilla, intentando hacérsela levantar, pero ella ejerció un poco de resistencia con la pera y me fui al cabello. El pelo aun abundante a sus años, con su mechón color ceniza sobre la frente. Era la primera vez que le acariciaba el pelo en mi vida. Me dio mucho placer táctil. Y bastantes nervios.

La tía, entonces, se giró sobre mi mano en un pequeño gesto de entrega y le acaricié la mejilla. Luego los labios. Con el dedo anular le bajaba el labio inferior para poder sentir su humedad. Carmen lo besó y me miró por primera vez a los ojos. Ya no era una sonrisa, era una mirada grave, casi afligida.

Dejé de acariciarla y me acerqué lo mas que pude sin que nos cayésemos y nos fundimos en un abrazo largo y profundo. Sentí que la tía volvía a sollozar un poco; pero allí pensé que era un poco para la ocasión. O tal vez una mezcla de sentimientos demasiado femeninos. No quise profundizar con ninguna pregunta.

—Tranquila, va a estar todo bien —dije, sin saber exactamente a que apuntaba— y comencé a besarle la frente primero, y luego las mejillas. Varios besos cortos, recatados, pero varios.

Mi tía exhaló un largo suspiro y me miró a los ojos.

—Solo abrazos. Necesito tus abrazos nada más, chiquito.

Me conmovía un poco su necesidad de afecto, o su actuación, daba igual. Pero no podía evitar tenerla como una roca de dura ahí abajo en el pantalón.

Chiquito… me encendía totalmente con sus adjetivos. *Chiquito, nene, Facu…* en sus labios eran fuego puro.

Intenté decir algo para relajarme y enfriar. Una explicación racional. Hasta fingí que mi voz se quebraba.

—Perdón si lo mío es muy atrevido, pasa que...

Le dejé el control servido, le pasé la pelota para que saliese rápido de ese letargo nostalgioso y yo me aflojara.

—Bueno, shhh. No hace falta que digas nada. Son cosas que pasan —dijo como tomando la posta de la experiencia.

Enseguida de eso me acomodó un poco la solapa del traje, me peinó un mechón de mi pelo caído, y me dio un piquito corto y dulce en los labios, como una novia despidiéndose.

Técnicamente, era el primer beso en los labios, y me lo había dado ella a mí.

Me sentí saboreado y manipulado a la vez. Era obvio que a esa mujer le gustaba manejar los tiempos. Reflexionaba en acción.

Yo la desconocía, la redescubría... agradablemente.

Ya no me podía quedar divagando. Mi calentura no aceptaba más freno. Su edad y su autoridad generacional ya me importaban poco y nada.

Éramos un hombre y una mujer.

La besé y le pasé una mano detrás de la espalda. La tía Carmen respondió. Primero fue un beso suave y tierno, hasta que mi mano empezó a bajar por su espalda suavemente hasta su cola. Ahí el beso fue apasionado y con suspiros de ambos lados. Le besé el cuello, las arruguitas de su papada, la sien y las orejas.

Me gustó mucho abrigar su cuerpo con mis manos. Quería vivir *cada segundo*, estar presente, estar ahí todo el tiempo. Sentir. Vibrar. Pensar solo en que no era un sueño. Que al fin se estaba volviendo realidad nuestro encuentro.

No podía creer estar manoseando a mi tía y que ella no me diera vuelta la cara de un sopapo. Me preguntaba como había llegado a esa situación y no podía entenderlo. Me dejé llevar, como a la deriva en una cascada, y le empecé a masajear la cola. Se ve que allí tenia una gran sensibilidad. Empezó a gemir, a suspirar mas largamente, y los besos fueron más intensos. Necesitábamos inspirar más aire, y era una

música excitante escuchar nuestras respiraciones.

Fue ella la que empezó primero con la lengua. Sentir su lengua húmeda y cálida me volvió a acelerar el corazón. Nuestras lenguas entrelazándose parecían tener vida propia, independiente de nosotros. Le apoyé la mano en el pubis y fui bajando. La tía me miró y sonrió.

—Sos un atrevido.

—Perdoname —me salió decir, pero fuí por todo y le empecé a meter la mano derecha entre la bombacha y las leggings. La tía tembló y me apretó la muñeca izquierda.

Estaba húmeda. Le acaricié los labios de la vagina con lenta dedicación, casi con desgano. Sabía que a las mujeres mayores les cuesta lubricarse. La miré y ella cerró los ojos de vergüenza y sonrió. Seguí despacito y vi que en un momento se mordía los labios y abría los ojos como pidiendo algo mas, tal vez que acelerase. Yo quería hacerla desear, llevarla bien de a poco.

Me acerqué a besarla otra vez, primero con piquitos; luego le mordisqueé el labio inferior y nos chupamos durante un largo rato, mientras yo le seguía masajeando el pupo.

—Me encanta, mi vida, me encanta —la tía Carmen se estremecía como una mujer joven. Estaba realmente mojándose. Gemía y largaba afuera tantos meses de encierro en el hospital. Empecé a tomar real conciencia de que era muy fogosa, que los años no le había secado nada por fuera ni por dentro y que no le impedían excitarse rápidamente como una nena de veinte. Era maravilloso, un triunfo de la naturaleza. Decidí jugar con la demora y saqué la mano para volver a su cola.

—¿A vos... te gustaría verme vestida como en la foto?

Esa no me la esperaba.

—Uf, sí, me encantaría —dije en voz baja—¿Será ésto un sueño?

—Tal vez, tal vez sea un sueño. Pero un sueño muy sensorial, muy táctil —me dijo murmurando con voz ronca, y llevó su mano hasta mi miembro. Lo acarició un poco sobre la ropa y al notar la erección abrió su boca grande y arqueó las cejas.

—Sos bravo, eh... me voy a cambiar.

—Yo voy al baño, me hago pis.

—Vaya y haga pipí que la tía se cambia.

Nos besamos otra vez como novios, esta vez con cierta urgencia y con una grave seriedad en nuestros rostros. Sentí que estaba cómodo y seguro como jamás había estado con una mujer, pero no pensaba ya en otra cosa que en verla a mi tía con la lingerie y el vestido de casamiento. Pensé un segundo en mi madre: ¿de qué forma se suicidaría de vernos en este momento a su hermana y a su hijo tan de acuerdo en todo, poniéndonos a punto para follar como una pareja de recién casados?

Fuí al otro baño. Oriné largamente con la verga dura. A los diez minutos volví. La habitación estaba en semipenumbra con un velador rojo que no supe de donde había sacado Carmen.

Se había puesto un babydoll blanco de encaje, igual que en una de las fotos. Medias de nylon y ligas. La miré largamente, como a una fruta madura irresistible, y creo que la inhibí un poco. Era el sueño del pibe, tenía que disfrutarlo primero con los ojos. Le dije que estaba supersexy. Le dije que el tiempo no había pasado en absoluto, y ella se rió haciendo un gesto con la mano, *olvídalo*.

La tía había puesto música, unos oldies americanos de los cincuenta. Bailamos abrazados un par de temas. Por momentos ella me tocaba la cola con la mano izquierda y el pene con la derecha, para comprobar si seguía duro. Yo aun tenia el traje de casamiento del tío, pero la bragueta estaba semi abierta.

—Te quiero ver caminar —le dije.

—Sabía que ibas a pedirme eso ahora... Estamos teniendo mucha conexión hoy parece —dijo y me despidió momentáneamente con un beso en la boca que terminó con una leve mordida a mi labio inferior.

La tía hizo un desfile hacia la puerta de entrada, ida y vuelta, dando algunos giros, con una gracia menor a la que esperaba. Era como si le hubiese agarrado una especie de inhibición, o tal vez por la falta de costumbre. Pero el efecto era mejor para mí: su grotesco andar de modelo madura improvisada me inspiraba ternura, me excitaba más que si lo hubiese hecho una profesional.

—Te gusta...

—Me encanta, estás muy sensual. Además, tu figura está mejor

ahora que cuando tenias veinte.

—Mentís bien, ¿eh?

—Me gustás así, tía, creeme.

—¿Con mas experiencia de vuelo en arrugas acumuladas?

Le podría haber explicado mi larga teoría de que a cada mujer le encuentro algo, sin importar edad ni peso, pero para que aburrirla o ponerla eventualmente celosa. ¿Para qué decirle que sus estrías en la panza, sus amables flotadores en las caderas y su celulitis en las piernas me parecían fascinantes? No lo iba a entender nunca, como toda mujer coqueta. Además, me calentaba el contraste que se producía entre nuestras edades y nuestros cuerpos.

La tía se sentó en la cama, mientras yo me desvestía ante su mirada licenciosa.

—Me gustaría que cruces las piernas...

Cruzó las piernas y se las acarició. Fue como una nueva inyección de sangre para mi erección. Me saqué la verga afuera de la bragueta y se la mostré. Me quité el saco, luego la corbata y la camisa. Le pedí que se acariciara los pechos.

La tía se empezó a acariciar, con la respiración agitándose y la boca semiabierta. Cada tanto tragaba saliva.

Me acerqué y la hice poner de pie nuevamente, marcándole quien era el jefe ahora en su dormitorio.

Bailamos.

Mi sexo pegado al suyo. Bien apretados. Bailamos lento y chapamos, metiéndonos mano ya sin vergüenza alguna.

La tía me besaba las orejas y el cuello, y me franeleaba la verga de a ratos. Le gustaba decirme cositas suaves al oído, con la dulzura de mujer experimentada y el background del cariño de tía. Por momentos nuestros besos en la boca hacían ruido al despegarse, como una sopapa, y nos reíamos como chicos. Pero enseguida nos poníamos serios, graves, y nos besábamos con mas ímpetu sin escatimarnos lengua ni pequeños mordiscos.

Le bajé despacio el body, el corpiño se lo quitó ella. Le miré los

pechos. Eran la joyita escondida de su cuerpo. Si es que no las tenía hechas eran perfectas. Sus pezones estaban duros, como si hiciese mucho frío. Los toqué suavemente con los dedos. Luego le apoyé las manos de lleno en los pechos. Cabían casi por completo en mis manos. Eran firmes, no habían soportado las infinitas succiones y mordidas de un crío demandante.

La tía tomó aire y enseguida soltó un anhelante suspiro. Luego me apoyó sus manos en los dorsos de las mías en señal positiva y protectora. Nos volvimos a besar y ella me tomó las sienes con ambas manos. Yo le tomé los hombros y me desprendí del beso. Bajé por el cuello y me fui rápido y torpe a sus tetas. Con la avidez de un niño muerto de hambre. Le pasé la lengua alrededor de la aureola de los pezones, mientras Carmen temblaba, como si una corriente eléctrica le estuviese despertando toda su hipersensibilidad, irradiándola desde sus pechos en círculos concéntricos hacia todos los poros de su piel.

Era decadentemente bella la escena, dos generaciones tan lejanas, tía y sobrino, viuda y separado, primero bailando y luego chupándonos bajo esa luz roja de cabaret

—Vamos a la cama, quiero tenerte dentro, mi vida —me rogó—. No puedo esperar más.

La tía me quitó el pantalón y el slip, como a un niño. Luego ella se quiso quitar las medias de nylon y las ligas, pero le pedí que se las dejara, y también la bombacha por ahora. Eran mi fetiche predilecto. Lo que había soñado siempre.

En la cama nos revolcamos, nos seguimos besando, pero de pronto me vino un cansancio, una especie de sueño por toda la tensión acumulada.

—¿Qué hora será? —pregunté. La tía Carmen hizo acuso de recibo de tan anticlimático comentario.

—¿Tan rápido te cansás de una señora mayor?

—No, tía, no es eso... solo un poco de nervios. Olvidate del tema edad.

—Umhum, de acuerdo —dijo, y se apoyó con la cabeza en mi pecho. Le acaricié el pelo en silencio con la música de fondo. Darse un segundo para pensar, tomar conciencia, era agradable y tenso a la vez; mi mente de pronto estaba en la casa de mis padres, en el tío muerto, en el que diría Mariela... hasta que mágicamente la mano de Carmen

empezó a trabajar con mi pene ahora a media asta. Primero desganadamente, como jugando, pero después empezamos a tener un dialogo mas o menos así.

—¿Te gusta que te la toque así, despacio?

—Me gusta. Me gusta porque sos vos.

—Bebé. Sos divino.

—Gracias.

—No te preocupes, mamita, ¿sabés, mi vida? Tenemos mucho tiempo. Solo piense en cosas lindas, bebé.

—Gracias por dejarme ser tu machito —le dije. Nos besamos. Ella me empezó a pajear con ritmo lento pero sostenido y yo a ella.

Le metí un dedo por la bombacha y empecé a acariciarle la conchita húmeda, una suave fricción en forma vertical que de momento le rozaba el clítoris y de momento los labios externos. Ella movía el pubis para arriba y abajo, a veces haciendo un movimiento desacompasado con el de mi mano, por la calentura que luego del pequeño parate no nos costó mucho retomar.

—Mmm, que bonito lo que me hacés, me encanta.

—Toda la vida imaginé este momento, Carmen —le dije acariciándole el pelo.

—Yo también. Y me parecía que te calentaba, por la manera en que siempre me mirabas las piernas.

—Vos me las mostrabas, para calentarme a propósito. Empezabas siempre vos el juego.

—Que jodido sos, echarle la culpa a una dama. ¿Te hacías muchas pajitas por mí, *beibi*?

—Aahhh... —me contenía para no acabar, su manera de pajearme me hacía subir la leche muy rápido— S-si, muchas pajas. ¿Vos... p-ensabas en mí cuando te acostabas con el tío? Ahhh... aafff...

—Sí. Desde que empezaste a mirarme las piernas en un cumpleaños de tu madre. Nunca mas pude sacarte de mi cabeza... con decirte que una vez se me escapó un *Facu*, *Facu*... Juan creyó que me hacía la viva, hablándole en inglés... ja, ja... por *fuck*...

—¿Te gustaban los pendejos? Ffff... Aaahhh, me encanta lo que me hacés, me vas a hacer acabar —me masturbaba con movimientos oblicuos, como un barman manejando una coctelera con una mano que me enloquecía.

—No, solo me gustabas vos, Facundo.

—No mientas —dije—. Sé que tenías compañeros más jóvenes en tus clases de yoga.

—Quiero que me chupes ahí abajo... en la chuchita... es algo que me encanta... aunque sea unos besitos —me dijo, cambiando el dial hábilmente, para así poder ignorar mis ridículos celos con elegancia.

No pude contestar a la ardiente sencillez del ruego de la tía menos que con un rápido movimiento. Se quitó el calzón y en un segundo estábamos haciendo un sesenta y nueve.

La tía me empezó a besar alrededor de la verga con una deliciosa suavidad, que me hacia doblar en dos, y debí hacer un gran esfuerzo para no acabarle en el rostro. Me mataba ver su atenta dedicación, su rostro dulce, y sus arruguitas de la cara dándome placer casi con devoción maternal.

—Tía, estoy muy caliente, quiero metértela. Te quiero coger.

—Por favor, besamela un poco más, Facu, por favor. Necesito que me la chupes mas tiempo así acabamos juntos.

Había entre nosotros una extraña familiaridad y el pedir cosas no ofendía nadie. Después de todo, ella me conocía desde treinta y cuatro años atrás. Me había tenido en brazos al nacer.

El concentrarme en chupársela bien hizo que me olvidara de mi verga con la leche a punto de saltar, y conseguí que me bajara un poco. Tenía acumulado para dos o tres polvos seguidos o cinco alternados.

Le empecé a hacer algo que a Mariela le encantaba: me puse de costado en cuclillas y le introduje perezosamente dos dedos en la vagina, mientras que con la lengua de costado le hacía lamidas en forma vertical hacia arriba y abajo; lamidas lentas al principio, pero a medida que la tia se iba estimulando fui en franco aumento de intensidad, y por lo que podía comprobar, de eficacia.

Doblaba las rodillas estremecida, y empezaba a poner los ojos en

blanco.

—Me vas a volver loca, Facundo... así, así... seguí, por favor, no pares... aaahhh...

Al ver que estaba muy mojada, mis dedos fueron aumentando el ritmo hasta entrar y salir de su orificio con una viciosa y frenética codicia. También, al compás, la tía se había transformado en una hembra poseída por violentos espasmos. Me asusté por su edad y me detuve un instante para dejarla descansar.

—¡No pares, por Dios, no pares!... Ay, que hijo de puta, como me ponés... me matás, me matás...

—Me encanta como te excitás, me encanta verte así de... *puta*.

—...cojeme... ¡Ponemela ahora, Facundo! —me ordenó, al borde de la desesperación.

Creo que de haber tardado unos segundos más, me hubiese dado una fuerte cachetada.

—Me gustás así, bien mujer, bien hembra —dije, metiendosela sin piedad.

—Aahhhyy, despacio, mi amor... rico, rico...

—¿Te dolió? ¡Perdón!

—No, mi cielo, no me duele, ¡me estremece! La tenés un poco gruesa. Solo quiero que vayamos despacito, me encanta que me cojas despacito y rico primero... hmmm...

Era gloriosa su abertura, estrecha pero flexible. Me calzaba justo.

—Nunca pensé que me ibas a desear tanto... —dije, entre medio de las penetraciones. Se la metía y se la sacaba ahora con un ritmo ralentado que la hacía abrazarme y gimotear casi al punto del llanto.

—Mi viiida, ¡cuanto tiempo desaprovechado!... dejemos el pasado lejos y recuperemos el tiempo perdido... ahora sos mío... sos mío y de nadie más... quiero que me goces vos solito, mi niño... nadie mas que vos... Facundo, mi sol...

—Tía, me encanta lo que me decís... me hacés muy feliz... —dije cautivado por sus espasmos y su goce. Me había subido las piernas a los hombros para sentir mi verga bien adentro.

Sentir y mirar esas gambas con las medias de nylon de su noche de bodas era lo máximo. A veces, para variar, la embestía fuerte, entre las series de ritmo lento. Cada nueva embestida que le pegaba ella sonreía con una encantadora aflicción, y me abrazaba y me clavaba las uñas en la espalda. Tenía la concha ya completamente mojada, como la de una pendeja.

—Tía, me dejás probar por atrás...

—¡Ay, no! Por la cola hoy no querido, es todo muy pronto... —saltó—. Tenés que darme tiempo para que te dé la cola, mi amor.

—¡No, por la cola no decía! Solo que te pongas en cuatro. Tipo perrito, pero no por la cola...

—Ah, bueno —dijo aliviada. Le costó un poco incorporarse. Setenta años y muchos días de calvario ante un cuerpo agonizante. La ayudé diligente, y antes de penetrarla le besé la cola. Un besito con ruido en cada cachete, en forma de saludo para alguna otra ocasión.

Pero con la tía ya en cuatro predispuesta a que la monte, vi una foto que me despertó el morbo. Era una simple foto junto a Juan Carlos, a bordo de un crucero, que tenía en la mesita de luz. Se me cruzó la idea y ya no pude dejarla de lado. Si no no lo hacia ahí con la tía a punto caramelo no lo haría jamás. Y no era cuestión de desperdiciar experiencias porque sí.

Me estiré, levanté con cuidado el vidrio de la mesita, y retiré la foto sin pedir permiso alguno.

—¿Qué querés hacer? —dijo la tía con el culo aún levantado, mirando de reojo hacía atrás, mientras levantaba un poco el codo izquierdo.

—Nada, shhh... —le dije, y le coloqué la foto en la almohada para que la pudiese ver todo el tiempo mientas me la gozara.

—Pero, noooo... Ay, que desvergonzado sos... —dijo negando con la cabeza, aunque resignada, como ante un designio inevitable—. Las cosas que me estás haciendo hacer... ¡Facundo, aun soy tu tía!

Su infructuosa queja me activó mas aún. Mi verga era ya una gran deformidad a punto de descargar un misil. Nunca la había tenido tan dura en mi vida.

Sin darle tiempo a que dijese algo más, me coloqué detrás,

afirmándome fuerte de sus caderas. Me deleitaba la vista con su cinturita engañosamente joven, que a su vez contrastaba con la carne blanda de sus antebrazos.

Su concha estaba abierta como una flor, brillante de flujo. La penetré con furia y le di varios chasquidos en la cola. La tía, aunque entregada, dio un gemido corto y ahogado de mezquino placer, como si no quisiera reconocer que la situación la enloquecía plenamente.

Mientras me la follaba, con una rabia y una energía que le hubiesen resultado excesivas hasta a una veinteañera, la tía se había quedado hipnotizada por la foto que tenía ante sus narices. Tal vez su mente necesitó unos segundos para cargar la información en el contexto y resetear. O se había shockeado, o tal vez yo estaba demasiado al palo.

Pero fueron solo segundos de mutismo. No tardó demasiado en volver al ruedo.

—Que pendejo hijo de puta soooosss... ¡Ah-ah-ah-ah! —gimió entrecortadamente, invadida por una súbita furia carnal ante mis bombazos. Se entregaba de nuevo al compás de mis embates, embriagada con mi grueso cargamento entrándole sin compasión. La cama de bronce cimbraba grotescamente. Es que yo que ya no era yo, era un animal. Mi verga comandaba completamente a mi razón, ávida de más y más insolente frotes con la veterana caverna caliente de Carmen.

—¡Ah-ah-ah-ah! —gemía la tía. Entendí que se vendría un orgasmo, que no podría contenerse más.

—¡Oooa-aahhh!... —bramé sin controlarme— ¿Te gusta, putita?

—Si, así, dame mas que así está bien... ¡ah-ahh-ah-ahhah! —Carmen transformaba sus gemidos en gritos, entre sacudida y sacudida por mis despóticos pijazos y por mis groserías verbales—... ¡Aiiaa-aiaiai-aiiiaaa-aaahh-aaahhh!

Me encantaba tomarla de sus flotadores, de sus rollitos de vieja con cintura de avispa, y notar como la pancita le hacía un loco, furibundo vaivén ante cada embestida de mi venoso garrote en su amable coñito. También me volvía loco el olor de la transpiración que le salía de la cola.

Era tierno y grotesco a la vez. Le estaba haciendo el amor a mi tía con la foto de Juan Carlos mirándonos sonriente.

Haciéndole sentir mi carne y todo mi ser, dándole cariño, pero animándome a ser vulgar. Eso la excitaba mucho.

—Uffhhh, que buena estás... Quiero me digas algo, tía...

—Dígame, mi amor... ahhh

—De-cime que sos mi pu-ta... ahhh...

—Si mi machito, soy tu puta, y lo seré siempre...

Yo ardía, ardía de placer. Le di unas muy fuertes, bruscas estocadas finales con la pelvis, con desparpajo y con insolencia. Luego unas nalgadas. Estaba por acabarle adentro. Sentía que era mía por completo. Podía conseguir lo que quisiera de ella. Hasta con una tía tan mayor es posible sentirse un hombre. Sentir que es tu hembra, tu reina, y tu amor...

Obvio que todo eso se lo iba diciendo al penetrarla.

¡Ah-ah-ah-ah!... Ay, que guacho dulce, como me coge... ¡me vas a hacer acabar, POR DIOS! ¡Aahhh-aaahhh-aaahhh... aaaaaahhhhh!

Cuando noté que la tía se empezaba a desvanecer, bajando los codos, y atreviéndose a largar sin recato alguno toda la sonoridad de su explosivo orgasmo, apuré mis embestidas al ritmo máximo, hasta que un largo chorro de leche le invadió por completo la oscura y zamarreada cueva.

— ¡Acabo, Facundo, acabo! ¡Damela toda, bebeeeé! ¡Aseeeiii, aseeiii!... ¡Sí- sí- sí!... ¡Aaahhh, Faaacuuu, aaahhh!

—¡Uh-uh-uh! ¡Sí, tía, sí! ¡Te doy toda mi leche! Ahhhh, tía ¡te lleno la concha de leche! ¡Cómo me gustás, como me gusta acabar en tu concha!... oooaaahhh...

Luego vino el silencio y la calma durante un par de minutos. Nuestro primer polvo había sido maravilloso. Había sido un encuentro salvaje y desaforado, pero a la vez tierno. Único.

La protegí con una suave serie de besos cariñosos en su espalda, hasta que la tía Carmen se giró despacio y me sonrió, con una adorable mezcla de dulzura, picardía y agradecimiento.

— Me mataste, Facu, querido... Te adoro. Fue mágico. Me has hecho muy feliz.

—Yo yo no tengo palabras, tía... te pido perdón si...

—Shhh, no hay nada que perdonar. Sos un dulce. Abrazame.

***

Una hora mas tarde estaba bañado y saliendo hacia casa de mis padres. Puertas adentro, al despedirnos, el beso que le di a Carmen fue de novio primerizo, de amante, de macho satisfecho que se va por un tiempo. Imaginen, no me quería soltar. El otro, el que le di afuera antes de bajar la escalerita hacia la vereda, fue el beso normal de sobrino-tía.

De uno u otro lado de la puerta, sentí que de una u otra manera la amaba. Pero no tuve coraje para decírselo.

Mi sensación ahora es ambivalente: por un lado, siento que nuestra relación ha cambiado de manera definitiva; pero por otro, que le vengo haciendo el amor a la tía Carmen desde hace ya muchos años. Como si la hubiese conocido en otra vida.

Aun laten en mi corazón y en todo mi cuerpo los momentos vividos el viernes. La extraño y la pienso. Sus setenta años no son una barrera para mí. Pero es mi tía, es la hermana de mi madre y obviamente hay fuertes condicionamientos sociales y familiares que impide una relación normal entre nosotros.

Estamos obligados a ser amantes clandestinos por siempre.

Entonces, suponer como proseguirá nuestra vida y nuestra relación, no deja de ser un misterio para mí. Aquella ansiedad adolescente va a estar siempre viva en mi recuerdo.

Y la adrenalina aflorará en cada reunión, donde la tía Carmen y yo nos veamos obligados a fingir que nunca ha pasado nada entre nosotros dos.

ANDREA

1

—Andrea, no hay caso, no voy a aprender nunca inglés.

Mi prima regaba las plantas en el balcón con metódico esmero. Se había apartado de mí, luego de un par de horas vanas de enseñarme los rudimentos básicos del idioma de Shakespeare. Todas inútiles tentativas. Yo me había quedado sin trabajo y necesitaba mejorar mi currículum, pero era un negado para los idiomas y ella tenía bastante poca paciencia.

Como no contestaba, la miré un buen rato. Los muslos se le traslucían por la resolana, y también gracias a una pollera corta amarilla clara de tela muy fina. De la rodilla para abajo estaba tapada —como era habitual cuando no tenía pantalones— por botas, en este caso unas bucaneras negras, color que a su vez le hacía juego con la bombacha.

Era sorprendente que usara bombacha oscura con esa pollera casi transparente. O se había vestido un poco apurada, o no pensaba salir a la calle. Así como estaba, sería el blanco perfecto para las peores groserías de los obreros de la esquina.

Encima no tenía corpiño y una blusa blanca de seda le permitía cada tanto el esbozo indolente y travieso de sus pezones. Yo tenía una imagen fugaz de los pechos de miel de la Andrea adolescente, pero no podía recordar si era algo real, algo imaginado, o simplemente un sueño que se mezclaba con los vagos recuerdos de mi infancia.

Su tardía respuesta fue muy directa y con la carga habitual de despotismo familiar de sus treinta y siete años contra mis veintiunos:

—¿Qué no vas a aprender nunca? No seas boludo, hacéme el favor —escupió, con el habitual tono varonil que tenía al enojarse.

—No entiendo que me querés decir con que no sea boludo. Hice todo lo posible, pero no me entra. Siempre le tuve una fobia a los idiomas, y a éste en especial. No sé si es por lo de Malvinas o qué...

Mi prima volvió a entrar al living, renovando el fastidio ante mi pueril autodefensa. Se cruzó de brazos y me miró grave. La renguera que le había dejado la polio la disimulaba con cruces de brazos y cambios posturales. Pero lo que no tenía disimulo era su temperamento de mil infiernos.

—¿Para todo sos igual? ¡Si no ponés un poco de voluntad nunca vas a conseguir nada en la vida!

—¿Qué te pasa? Pará un poco, calmate. No soy para todo igual. Tengo cultura general, leo mucho en mi propio idioma... y también tengo... emm...

Su tono directo, su agresividad verbal, me dejaban errático, sin aliento y con palpitaciones.

Se sentó en el sofá y se puso a mirar el celular, como perdiendo interés y paciencia en todo. Creí que ya no había forma de arreglar las cosas, excepto marchándome. Pero de pronto vi algo en ella que me hizo retrasar por unos segundos el plan de evasión.

Se había cruzado de piernas, quien sabe si por el enfado, quien sabe sí por azar. Y se le veía, generosa, la parte posterior de cada una de sus gambas al cruzarlas y descruzarlas nerviosamente.

Sus piernas no estaban nada mal. Eran firmes y blancas. A simple vista no había defecto alguno, más allá de que la izquierda era más delgada que la derecha y con una leve curvatura hacia atrás. Pero yo eso lo sabía mas que nada por relatos familiares. Solo la había visto esporádicamente mucho tiempo atrás en la pileta del country de mis tíos. En general Andrea era muy reacia a mostrarse en traje de baño.

—Disculpáme, prima. Tenés razón. Soy un boludo —dije de pronto, rendido ante la ingenua sensualidad de su enfado, ante su largo y ondulado pelo castaño claro y el esmalte rosa de sus uñas cortas.

Andrea levantó la vista del teléfono. Sonrió apenas, con cierto desconcierto, y luego hizo un gesto mínimo de negación con la cabeza. Volvió a su teléfono celular. Así pasaron unos dos o tres minutos de silencio. Yo creo que ella esperaba simplemente que me fuera y la dejara tranquila. Ya había gastado demasiada energía y demasiado tiempo en mi persona.

—¿Cuándo vuelven los viajeros? —pregunté, con un tono entre la vergüenza y la contrariedad que a modo de despedida salía de mi voz mientras me ponía de pie. Sus padres y los míos se habían ido de viaje por Europa.

—¿No te hablás con ellos, ¿qué te tengo qué tener al tanto siempre yo? ¿Hasta con tus padres sos tímido? —dijo, suavizando bastante el tono, pero lanzando chispas por los ojos—. Están en Londres ahora. No me hagas acordar. ¡Me da una envidia! Creo que en dos semanas pegan la vuelta.

Sonreí bobamente sin decir mas nada. Y mientras acomodaba mis cosas: las hojas sueltas con los ejercicios, los verbos y un puñado de canciones Beatles fotocopiadas, sentí su mirada fija en mí. Como un águila a punto de atacar.

—¿Qué hacés? —preguntó.

—Nada. Guardo las cosas —murmuré—. Me voy, te dejo en paz.

—Aaahhh, te vas, bueno. Okey. Está bien —dijo, mirando hacia el balcón.

Me di cuenta por su dejo irónico en el tono que no se resignaría al fracaso. Y adiviné que se tomaba unos segundos para lanzarme alguna frase más contundente. Su orgullo y su personalidad inquieta no iban

a renunciar así por que sí.

No me equivocaba.

—Así que te vas. Así que el señorcito decide irse. Está bien, seguí así, Dante... seguí así, que vas por el buen camino. Decíme, ¿qué le digo yo a la tía, ¿eh? ¿No te das cuenta de que me comprometí en serio a ayudarte? ¿No te das cuenta de la situación económica que van a tener tus padres después del viaje? ¿Qué no te van a poder bancar más tiempo? No, seguramente no te das cuenta de nada.

—No te enojes. Además, tampoco sos tan grande y yo tan chico como para que me retes a cada rato —imploré, con la voz quebrada a punto de lloriquear, sorprendiéndome a mí mismo por mi repentina fragilidad.

Andrea me miró fijo, con la boca semiabierta, sorprendida.

—Bue, bue... tampoco te pongas mal, che. Yo a tu edad era igual. Un poco desfachatada —dijo y se descruzó definitivamente de piernas. Luego las abrió y cerró, jugando con las palmas apoyadas en las rodillas y dándome una brevísima pero sugestiva visión de su braguita negra bordada—. ¿Por qué no hacemos una cosa?

—¿Qué cosa? —pregunté, conteniendo el aire, con una alquimia interna de turbación y curiosidad.

Andrea miró la hora. Tenía un reloj dorado grande en la muñeca derecha. Nunca miraba la hora en el celular.

—Hagamos un pequeño break. Así nos relajamos y paramos de pelear. ¿Sabés lo que es un break, ¿no?

2

A los cinco minutos caminábamos despacio por la calle Cuba rumbo a Avenida Cabildo. Era un hermoso día de septiembre en el barrio de Nuñez. La primavera había explotado de pronto. Los jacarandaes desparramaban flores perfumadas al azar, y las porteñas desempolvaban escotes y faldas a los ojos de los jóvenes y también de los tangueriles viejos verdes. Los machos que pululaban sin edad por las esquinas como abejorros, dispuestos unos, desahuciados otros, ante el súbito y avasallante florecimiento femenil.

Algunos miraron a mi prima, no sé sí por su ropa (no se la había cambiado), por su renguera o por su hablar altisonante. O quizás por todo eso junto.

Tomamos el subte D en Plaza Italia, combinamos con el C y bajamos en estación Independencia. No me quería decir a donde íbamos, pero se confirmaba mi sospecha durante el trayecto: Barrio de San Telmo.

Un domingo en San Telmo es un mar de gente. Se llena de turistas que pasean por sus calles que respiran bohemia y arte, y por la radiante feria de Plaza Dorrego con sus puestos de antigüedades, artistas callejeros y mil historias para escuchar.

Caminamos, siempre en silencio. Mi prima permanecía reservada, lejana, como en una suerte de introspección transparente y abstracta. Tal vez así diluía el enojo reciente.

Siempre tenía el control. Le encantaba. Antojos de hija única igual que yo, pero más manipuladora y experimentada.

—Same Italian background? Oh, yeah? Fantastic!

A medida que se iban escuchando turistas hablar en inglés, empecé a entender su plan. Quería hacerme sentir la ventaja de hablar un idioma. O, mejor dicho, hacerme sentir en carne propia mi ineptitud, mi analfabetismo en la lengua que en Buenos Aires ya hablan hasta los más lumpenes, como los trapitos que extorsionan a los conductores y los barrabravas del fútbol. Aunque más no sea a fuerza de interpretar las letras de su grupo de rock extranjero favorito, casi todos balbucean alguna frase...

—Please to meet you… Good morning, sir… Welcome to Buenos Aires.

Al caminar, si pasábamos cerca de algún brasilero o mejicano, Andrea hacia caso omiso; pero sí escuchaba a alguien hablar en inglés se detenía al instante, simulando interés en alguna artesanía u objeto de alguno de los puestos.

En un momento se detuvo al lado de dos turistas, dos chicas jóvenes. Eran dos lindas rubias muy simpáticas. Parecían americanas, bien saludables, optimistas. Hablaban y se reían, con el tono de voz animado y los ademanes desinhibidos típicos de los turistas del primer

mundo.

La cosa es que mi prima se detuvo a escuchar. Y ante una duda que tuvo el comerciante sobre una pregunta de una de ellas, se metió a opinar y rápidamente entabló conversación con ambas.

Las chicas, sociables, abiertas, cool, enseguida quedaron encantadas con la cancha argenta y el cosmopolitismo de Andrea.

Una se llamaba Sharon y la otra Kathy. Creí escuchar, en una maraña de frases en inglés, la palabra Philadelphia. Nos pusimos a caminar las cuatro. En realidad, eran ellas tres las que avanzaban, en una animadísima conversación, como si se conocieran de toda la vida, y yo atrás como un perrito de cola. Así caminamos y caminamos por San Telmo durante una eternidad. Era asombroso el ligero andar de Andrea, como si de pronto se hubiese curado de "su problemita", como decía mi mamá.

Me instalé en el mutismo, porque no quería estúpidos malentendidos; pero, en tren de adaptarme a las circunstancias, desarrollé pronto ademanes histriónicos, como aplaudir desmedidamente a una pareja de bailarines de tango o reír sin parar ante los chistes malos de una pareja de anarco humoristas y saltimbanquis. Ahí fue el único momento, donde Sharon (la más linda y la mas hipster) hizo contacto visual conmigo. Pero el diálogo seguía siendo exclusivamente de a tres. Yo era el bufón que sonreía como un bobo, el mísero sudaca ajeno a las geniales conversaciones de las extranjeras rubias y la embajadora Andrea.

Las yanquis seguro pensaban que yo era un chico con problemas, ya que ni mi prima ni yo le habíamos contado nada acerca de mi terror a los idiomas. Al principio con cierta pena, pero luego con absoluta indiferencia, dejaron de mirarme. Habían descartado cualquier intento de hacerme participar. Solo charlaban y reían entre todas. Parecían un perfecto trío de lesbianas.

Andrea, no sé si ya es necesario que lo aclare, hacía todo lo posible para que yo no entendiese un pomo. Si notaba que yo me estaba por acercar a alguna de ellas —incluyendo a ella misma— para decir algo, levantaba la voz y les contaba algo re-loco a las yanquis. Cambiaban de rumbo; entraban a alguna galería; se probaban sombreros; preguntaban precios de antigüedades; miraban viejos afiches, ropa, discos, cámaras fotográficas del año treinta o lo que fuese.

Una de las chicas se compró una vieja versión de *La razón de mi vida* de Eva Perón. La pagó siete dólares. La otra se decidió por un abanico usado. No parecían tener mucha plata disponible para gastar: eran mas bien chicas de hostel.

Luego seguimos caminado, como en una pesadilla a pleno sol. Yo estaba triste y deshidratado, pero no me animé a proponerle parar en un kiosco a Andrea. Solo me prometí una cosa a mí mismo: venganza.

Después, no sé como, terminamos sentados en un banco en plaza San Martín. Había una exposición con fotos de chicos con síndrome Down.

Debo haber dado veinte vueltas alrededor de la exposición. Ya me conocía las caras de todos los chicos Down de memoria. Quería irme a casa, pero mi prima seguía hablando. Yo ya era un derrotado, un dominado lingüístico en mi propio país. Sólo tres personas parecían ser felices en el mundo: Sharon, Kathy y mi prima Andrea.

Al caer el sol, y yo dando la vigésimo segunda vuelta a la expo de fotos, se apareció mi prima, fresca y divertida, sonriente como si nada.

—¿Se fueron las chicas? —pregunté, agotado.

—Sí. ¡Re-gauchitas! Muy buena gente, ¿viste? Te dejaron saludos... ¿La pasaste bien?

3

Me encerré durante una semana en mi departamento —el de mis padres— en el Bajo Belgrano.

Me desconecté de todo: Internet, teléfono fijo, celular, WhatsApp. Y, principio de venganza, durante siete días trabajé con el inglés de forma salvajemente autodidacta.

Vi películas y series solo con subtitulado en idioma original. Escuché toda la discográfica de Los Beatles, Los Stones, Pink Floyd, Nirvana y varios cantantes de blues.

Leí en voz alta textos de Kipling, Chesterton, Conrad, D.H. Lawrence y picoteé en varios filósofos, todo material que encontré en la biblioteca de mis padres. Incluso leí una versión de El Hacedor, de Jorge Luis Borges, pero traducida: The Maker.

También cantaba todo el tiempo en inglés, me hacía auto reportajes imaginarios y hasta tuve la osadía de ir a una iglesia presbiteriana a escuchar misa. Esa fue mi única salida, y una vez al super a comprar yerba y galletitas.

Mis amigos no me molestaron, porque estaban avisados en Facebook de mi reclusión —además estaban todos de novios. Entonces, era cantado, de haber mensajes, de quién serían.

El celular ni lo abrí, pero sí revisé el contestador del fijo, luego de siete días exactos de silencio en cuanto a lo externo.

Había un mensaje de mis viejos mandándome saludos desde Londres. El resto eran todos de Andrea, eran un total de diecisiete mensajes. Los primeros eran cortos y demandantes, luego un poco más burlones, y los últimos eran mensajes lacónicos, tristes y preocupados. Como si hubiese pasado por todo un abanico de sentimientos.

En el último me confesaba que se sentía culpable de tratarme tan mal, y me pedía disculpas.

Sonriente, pletórico de triunfo y de una perversa alegría, decidí que era el momento justo de abandonar el encierro postapocalíptico. Me enfundé en el jogging y me fui a Palermo a correr.

Luego de una hora de trote suave paré, y por avenida Sarmiento tuve un encuentro inesperado.

—¡Hi!... ¡Oula!

Eran las dos rubias del domingo negro de San Telmo, Sharon y Kathy, que se dirigían a la embajada de Estados Unidos para hacer no sé que trámite.

Confirmé que eran estadounidenses, una de Nueva York y otra de Philadelphia, ciudad que aprendí que llamaban "Phily". Para mí podrían haber sido neozelandesas o australianas que no lo hubiese notado en la pronunciación.

Charlamos un par de frases de ocasión en spanglish, pero cuando

notaron que mi inglés y yo en lo personal nos veíamos mas sueltos, se pusieron contentas y me solicitaron algo que no me esperaba: Kathy sacó el celular y propuso que nos tomásemos una selfie los tres. Luego agendó mi numero y me la envió al instante.

A las apuradas, me contaron que habían pasado unos días "recopadous" en Buenos Aires. Pero lamentablemente —hicieron mohines— mañana debían partir ya que tenían el vuelo de regreso y no podían postergarlo.

Les deseé buen viaje y esperanzas de volver a vernos algún día, en su país o en el mío. Nos dimos un abrazo y me dejaron muchos saludos para Andrea.

Lo poco que había hablado en inglés me hizo tenerle un repentino cariño al idioma. No era el inútil ejercitarse del colegio secundario: esto era real, urgente y necesario. Un idioma para conquistar el mundo y a sus mujeres. Mujeres vitales y bohemias, sin histeria ni rollos como las nuestras.

Sentí que se abrían en mí enormes deseos de viajar y conocer otras culturas y países. Abismos adrenalínicos inundados de ansias de aventura, mechados con la impotencia y la neurosis de mi realidad citadina, me condujeron hacia la escalera descendente en la boca del subte D con dirección a la estación Congreso de Tucumán.

El día siguiente sería un día clave: mi ansiado examen de inglés.

4

El lunes, día del examen en la cultural inglesa, fui tranquilo. Tan tranquilo que parecía no ser yo. Si no aprobaba me importaba poco. El estudio autodidacto me había dado una extraña sensación de libertad. Poco a poco me fui dando cuenta de algo: estudiar un idioma tiene algo de terapéutico. Yo estaba humillado por lo ocurrido en San Telmo, y enfrascarme en el continuo aprender me sanaba.

Las cosas se empezaban a tornar mágicamente a mi favor. El examen fue un multiple choice relativamente fácil y saqué un sólido siete. Para las perspectivas de una semana atrás era un rotundo triunfo.

Sentí, al volver a casa, la ambivalente sensación de agradecimiento hacia Andrea. A propósito, o no, el extravagante San Telmo affaire había dado sus frutos, pero por otro lado aun pesaban sobre mi apaleado espíritu esas tres horas humillantes.

En una semana de encierro había mejorado mi inglés notablemente, me había desembarazado de mi prima y su autoritarismo; y por si fuera poco —la frutilla del postre— tenía una foto con las sonrientes y vitales americanas, y el teléfono de Sharon. Tal vez algún día...

No podía privarme de coronar mis éxitos enviándole la foto a mi prima junto con la buena nueva del examen. Elegí la vía tranquila, reposada y menos invasiva del email.

Querida Andrea:

Estuve muy ocupado estudiando con las chicas extranjeras de San Telmo, Sharon y Kathy, te acordás... por eso no pase por tu casa estos días. Pensé que te había fastidiado demasiado y corté con mis conexiones al mundo familiar de amistades, excepto estas dos formidables maestras nativas que desinteresadamente me ayudaron. Son muy graciosas y de buen talante todo el tiempo. Te envío la foto que a modo de despedida nos sacamos, y también te transmito sus cariños hacia vos.

Con respecto al examen, lo aprobé con un siete. Para que más. El próximo es oral, la semana que viene. Ojalá nuestras diferencias queden a un costado. Aún te necesito.

Al principio estuve abrumado por lo ocurrido esta tarde en San Telmo, me sentí un analfabeto. Ahora que todo dio un vuelco tan grande en estos días, no puedo más que agradecerte tu ayuda y haber sido el nexo casual entre mi y las chicas. Te abrazo, nos vemos cuando puedas.

Dante (¿Still your pupil?)

La respuesta de Andrea no se hizo esperar. Su estilo, a diferencia de lo que esperaba, fue sencillo, tranquilo, como desbordante de alegría y sinceridad.

¡Primo! Me tuviste loca de preocupación. Te felicito y te mando un abrazo gigante. Tal vez deba yo misma hacer una autocrítica, y

reconsiderar que nuestra relación estaba algo intoxicada. Con esta distancia me preocupé y te extrañé. Me había creado él hábito de verte todos los días. Pero no soy necia, y puedo empezar a entender que en el mundo debe haber alguna que otra profe, nativa o no nativa, que tenga mas paciencia y generosidad que yo, jaja.

Este sábado me dio antojo de sushi, pero mis amigos todas con otros planes. ¿Te prendés? Dale vení, así alguna vez pasa un verdadero "winner" por esta casa.

Nos hablamos. Beso.

Andriu

PD: ¡Veníte así me entero de los generosos detalles de tu súbita conversión al idioma del imperio del norte!

5

El sábado a las nueve llegué al departamento de Andrea. No estaba sola, como me había anunciado. Había invitado a una pareja de amigos y a dos amigas. Ya me tenía acostumbrado a presentarme personas nuevas cada vez que hacía una cena.

Al principio fue inesperado y medio insoportable tener que acostumbrarme a gente totalmente desconocida. Los últimos días había pasado demasiado tiempo con mi prima a solas, y tuve la sensación de que los invitados eran intrusos.

Siempre me cuesta un poco acomodarme a las situaciones sociales y debo hacer un esfuerzo por resultar simpático, algo rayano en la sobreactuación para no irme al extremo cara-de-culo-toda-la-noche.

La pareja eran unos hippies con plata que intentaban salvar al planeta. Profesionales de empresa asentados, sin hijos. Cuarentones medio sabelotodos y con un dejo final en cada comentario que se suponía edificante para la humanidad. Las amigas eran dos gorditas simpáticas, dúctiles y relajadas para la charla. Reían a coro ante alguna ocurrencia o chiste mío. Una de las dos me miraba algunos segundos más que lo reglamentario. Mi autoestima crecía.

Andrea tenía un vestido turquesa muy ajustado. Le quedaba genial. Siempre con botas, pero esta vez unas atrevidas botas rojas. El pelo rubio suelto, con mucho volumen. Y se había colgado collares y pulseras plateadas que sonaban al caminar. Parecía una sacerdotisa, una mujer fatal, la jefa de una secta. Tenía los labios y los ojos pintados divinamente.

—Bruja mala pero hermosa —le dije al cruzarnos en el pasillo, y estalló en una risa loca, mientras me señalaba con el dedo como para retarme; pero al final sonrió halagada y se fue a la cocina a buscar algo.

A propósito de mi comentario, en algún momento alguien mencionaría el juego de la copita que suele hacerse para convocar los espíritus de algún ser querido muerto; pero no pasamos del coqueteo habitual en esto casos, de intentar jugarlo, de largar unas risas nerviosas y concluir que es un juego muy peligroso.

Terminada la comida, nos sentamos descalzos en la alfombra alrededor de una mesa ratona. En un momento Andrea propuso un brindis

—Por mi primo que tiene que dar un examen mañana.

—¿De qué? —preguntaron todos a coro.

—De "inglés-argentino" —dije yo.

Andrea sonrió y me miró dulcemente, como jamás lo había hecho nunca.

—Ah, que bueno. Andrea is the best —dijo alguien.

Ni Andrea ni yo dijimos nada. Solo nos miramos, casi como dos desconocidos seduciéndose. Sentí que deseaba estar a solas conmigo. Era una sensación extraña y creciente.

—Lo está preparando un poco conmigo y otro poco con unas chicas norteamericanas —dijo Andrea sin rastros de rencores por mi ambiguo email.

—Ah, que bueno —dijo la gordita más mirona, ya algo decepcionada de mí y de la noche, alistándose para irse.

—Nosotros también nos vamos —dijeron los cheto-progres—. ¿Acercamos a alguien a algún lado?

—No —dijeron las chicas—. Ustedes van para Belgrano, nosotras vamos para el lado de Caballito. Tomamos taxi, no hay problema.

—Yo, gracias. Me quedo un rato más —dije mientras me arrodillaba para sacar un diccionario inglés-inglés de la biblioteca de Andrea.

—Este pibe me va a exprimir la cabeza de toda neurona anglo que me quede viva —dijo Andrea con una sonrisa, mientras acompañaba a los comensales hasta el ascensor.

Cuando todos se habían ido, nos quedamos de pie mirándonos unos segundos. Sonreímos sin decirnos nada y nos fundimos en un abrazo. Solo un abrazo en el que yo le acaricié el pelo y ella, un poco a la italiana, tomándome de los hombros, me dio un sonoro beso en cada mejilla en afectuosa señal de separación.

—¿Tomás otra cerveza o algo, pendex?

—No, está bien. Ya tomé suficiente.

—Que lindo, un niño de su edad que sepa controlarse. ¿Qué música querés escuchar?

—Lo que vos quieras. Sorprendeme.

Pensó un poco con el dedo anular entre los labios. Luego sacó un CD y lo puso.

—Kings of Convenience, ¿te gusta?

—Sí, me los hiciste conocer vos.

—Dante, ¿alguna vez fumaste? ¿Fuman en tu grupo de amigos?

—Mhm, sí, pero dejé. Por el fútbol y por salir a correr. Deporte y tabaco, bad combo. Además, quiero ver si me anoto en el profesorado de educación física...

—No, dear, me refería a fumar faso... porro.

—Aaahhh. Solo una vez, o dos. Creo.

—Tengo. ¿Querés?

—Dale, no hay problema. Si no me gusta te digo

—Ok. Tranquilo, no pasa nada.

Miré el reloj de pared. Eran las dos y cuarto, ya en Domingo.

—Vení a mi room, que te muestro algo en la compu.

—Che, mas inglés no, que ya salí bien.

—Ya sé como saliste, Dante.

—¿Entonces, por qué dijiste que rendía mañana, hmm?

—¿Y vos, por qué te sumaste a la mentira... silly?

—Creo que para no discutir. A veces me das miedo.

—Miedo a una renguita. Ah, sos de valiente mirá —dijo, y me tomó de la mano con una naturalidad que no me dejó ni acomodar.

Fuimos a su habitación y nos recostamos en la cama. Sacó una notebook bastante antigua de la cómoda y la encendió.

—Tarda: es medio veterana como la dueña —sonrió. Ahora tenía la sonrisa nostálgica y blanda, no sé si por cansancio o por algo en particular. Cuando no estaba enojada parecía otra persona, más vulnerable, más necesitada de afecto.

Cuando la máquina encendió, Andrea conectó el Wi-Fi y empezó a buscar fotos en Google. Eran todas mujeres con secuelas de enfermedades. La mayoría con las piernas atrofiadas.

—¿Para qué me mostrás esto?

—La verdad, no sé.

—Vos estás mucho mejor que estas minas —dije tocándole el brazo.

—¿Que estoy más buena? ¿Eso me querés decir? —bromeó.

Asentí, riendo reanimado, pero al ver que sus ojos estaban brillando de emoción me contuve de redoblar su ocurrencia con una réplica más pícara.

—Tengo miedo de que algún día me... que me... —titubeó.

—¿Que qué? —intenté descifrarla.

—Nada, no importa. Nada muy divertido, por otra parte. Miedos. Miedos.

Nos quedamos un minuto sin hablar, y cuando estaba por apagar la notebook me salió preguntarle:

—¿Tenés fotos tuyas donde se vean tus piernas?

—...Sí, tengo. No muchas, pero alguna tengo.

—Mostrame.

—...

—Dale, qué te cuesta.

—En realidad te mostré las de esas mujeres para que me preguntes por mí —dijo asertiva, recomponiéndose, como recordándome en una frase su carácter de siempre.

—Me imaginaba. Por eso me animo a pedirte que me las muestres... las fotos.

—Está bien. Prometeme que no vas a decir nada de esto.

—Seguro: prometido.

—Bah, no importa. Podés decir lo que se te cante.

—No, Andrea, no me interesa contar cada cosa que miro o hago.

—No te ilusiones que por ahora es sólo mirar —dijo en un tono de sugerente doble sentido, mientras sacaba un porro y un encendedor rojo de la mesita de luz.

Comencé a tener una erección que traté de matar pensando en su pierna mala. En lo horrible que sería lo que estaba a punto de ver. Me daba vergüenza, no mi erección sino las circunstancias y el momento en que se producía.

—Pero antes que nada... este asunto —dijo mientras se llevaba el porro a los labios. Lo prendió, haciendo sonar sus pulseras y rodeándose una intrigante humareda azul—. Es casero. Fumalo despacio —agregó mientras me lo pasaba—. Muy de golpe te puede pegar mal.

Lo aspiré y largué una bocanada enseguida.

—Tratá de retenerlo un poquito más. Así no desperdicias efecto.

—Dale, está bien.

Compartimos el porro en silencio mientras ella buscaba con el mouse en la compu. Le miré las botas rojas de costado, con su postura en cuclillas, pensando en que aquello que iba a ver en las fotos se ocultaba en la realidad real muy cerca de mí.

—Acá puede estar —dijo cuando abrió otras carpetas... Mis fotos... Viajes... Sola... Yo... hasta que luego de varias subcarpetas encontró una que decía Sexything.

Dio una fuerte pitada al faso e hizo doble click.

—Ahí va —dijo mientras largaba el humo y el archivo se abría.

6

Había una sola foto en la carpeta Sexything, foto que se llamaba Sexybabe.

Era Andrea como recién salida del baño. No se veían sus piernas. Estaban tapadas por un toallón y ella se sostenía o se tapaba los pechos. Sonreía entre sorprendida, inocente y pícara.

—¿Y esta foto?

—Me la sacó una compañera del secundario en el viaje de fin de curso a Bariloche.

—No encuentro la de las piernas que me pedís. Tal vez ya la borré o...

—No importa —la corté de plano—. Sacate las botas.

Me miró con una mueca simpática de incomprensión.

—¿En qué idioma hablo? —le copiaba sus maneras—. Qué te saques las botas, así te veo. Quiero verte.

—Naaa, estás loooco —dijo con tono suave y aletargado, mientas estiraba sus brazos.

—Mirá que te las saco yo, Andrea.

—Ay, que miedo te tengo. Me aterrorizás, infierno del Dante.

—Sí. Es verdad qué te aterrorizo. ¿Y sabés por qué? —pregunté señalándola.

Andrea me miró con una frágil curiosidad, con la boca semiabierta y los ojos vidriosos del faso que pegaba de lo lindo.

—¿Por?

—Porque estás enamorada de mí, nena. Perdidamente enamorada, pibita —dije con aire triunfante.

—¡Niñato!

—No te hagas la española, vos, ¡singingmornings!

Andrea se mordió el labio inferior y empezó a reírse, histérica y relajadamente a la vez, fumadísima. Yo también me reí. Pero ella reía mas naturalmente. A mí su risa me llenaba el alma, me hacía sentir feliz de verla así; pero a su vez me llenaba las hormonas, me elevaba el nivel de deseo.

De tanto reír, Andrea se atragantó un poco y empezó a toser, poniéndose roja por las convulsiones. En ademán protector me acerqué a palmearle la espalda. Ella me hizo un gesto con la mano para que no me preocupara, que estaba todo bien.

Lejos de hacerle caso, le seguí acariciando la espalda con mi mano izquierda y se quedó mansa, tranquila, ya sin reírse. La derecha, mientras tanto, la fui apoyando sobre el dorso de la suya que estaba en el mouse. Y con mis propios dedos hice click, cerré las carpetas, los documentos y apagué la notebook.

Seguíamos en cuclillas en la cama. Andrea se giró y apoyó una

mano y su cabeza en mi pecho. La acaricié. Le acaricié el cabello y las mejillas. Sus risas se estaban transformando de sollozos, no grandes y desmesurados llantos, sino sollozos liberadores. Era como un aflojamiento de todas sus durezas interiores, de la coraza de mujer de carácter que se había armado durante los años.

Le sequé las lágrimas con el puño de mi camisa y sonrió, todavía puchereando un poco.

—Qué tonta, ¿no? Una verdadera cantamañanas.

—Shhh. No digas más nada: You the best.

Le acaricié los párpados con el pulgar y le fui neutralizando cada una de las lagrimas que rodaban por sus mejillas.

—Me hacés sentir una niña —dijo con una voz baja almibarada que yo desconocía.

—Y vos me hacés una persona más feliz en todo sentido —dije pomposamente.

Se rió incrédula, aunque contenta. Luego intentó volver a fumar, pero ya estaba muy pequeña y apagada la tuca y la dejó en la mesita de luz.

Yo me estaba meando encima. Mientras Andrea plegaba la notebook y la volvía a guardar, aproveché para ir al baño.

Al caminar por el pasillo sentí mareos y tuve que apoyarme en la pared. Había unos cuadritos pequeños que me gustaron, de animales mitológicos en blanco y negro. También había uno de un bosque de árboles secos, como álamos, con un camino de tierra al costado. Y varios más. Nunca me había detenido a mirarlos.

Cada casa es una hermosa aventura. Las personas, mas allá del buen o mal gusto, les dan vida a sus casas como una ofrenda divina, recuerdo que pensé.

En el baño, luego de orinar por unos tres o cuatro minutos, en varias cuotas, como un viejo con próstata, tuve el deseo de ducharme. Sentía calor en la cara y las orejas. Y sin preguntar ni pedirle permiso a Andrea abrí la lluvia y me metí.

Al caer el agua desde la flor, sentí que una multitud de gente me ovacionaba al entrar a una especie de estadio que era el habitáculo de la ducha. El porro mas la cerveza y el vino me habían pegado bastante mal. Pero al ducharme traté de respirar lento y tranquilizarme.

Me asaltaba el fantasma de que mi prima se enojaría de pronto y me expulsaría en medio de un ataque de nervios. Visualizaba una escena muy grotesca.

Desde la etiqueta del shampoo, una mujer impersonalmente bella me sonreía, y hasta sentí que movía los labios para intentar decirme algo.

La bombacha negra de Andrea esta colgada sobre el caño de la cortina de plástico. Estaba bastante gastada por el uso. La olí

profundamente en la parte de la vagina, pero comprobé que la había lavado.

Igual creí sentir o imaginar mentalmente el olor ancestral de su concha mezclado con el aroma a jabón; su olor de hembra, de tantas posturas, de tantas tardes yendo al balcón a regar, a los colegios a dar clases, al supermercado o al gimnasio.

Pero especialmente fantaseé con que se le mojaba al verme llegar para las clases particulares que me había infructuosamente dado. Se le mojaba de impotencia por ser primos, se le mojaba de deseo y de rabia por mis caprichos y mi falta de compromiso.

Cuando volví a la habitación, Andrea había apagado el velador. Solo alumbraban las dicroicas del pasillo.

En la semipenumbra, lo primero que vi fueron sus botas rojas al pie de la cama. El vestido estaba parte en la cama, parte en la alfombra. Entré, lo doblé y lo puse en una silla. A las botas las dejé donde estaban, a pesar de que una estaba derecha y la otra caída, de costado.

Andrea se había metido en las sábanas sin camisón ni corpiño. De espaldas parecía dormida. Pero yo sabía que no lo estaba.

—Andrea, te quería decir que...

—Dante, quedate a dormir. Ya no hay subte y colectivos a esta hora pasan muy pocos —dijo con los ojos cerrados, pero con la cara ahora en dirección hacia mí.

—Gracias. ¿Adónde duermo?

Dejó pasar unos segundos y se giró para el otro lado.

—Adonde vos quieras. Sorprendeme.

7

Apagué la luz del pasillo y me metí en su cama de una plaza y media. Me había dejado solo la ropa interior, un boxer de color blanco que me marcaba bien todo.

—Que rico olor a perfume —me dijo Andrea.

—Es tu propio jabón. Me di una ducha.

—Huele bien en tu piel, Dante.

Le di un beso corto en los labios, la abracé y nuestras piernas se entrelazaron. De momento, no sentí gran diferencia en ninguna de sus extremidades, aunque sabía que la pierna atrofiada era la izquierda.

Andrea me empezó a buscar abajo y comprobó mi dureza. Me tomó el pene de lleno con la mano derecha y me empezó a masturbar. Me besó el cuello, las tetillas, y empezó a bajar apurada y torpe.

De pronto me sentí incómodo, triste, casi con ganas de llorar. Estaba actuando como una prostituta. Tal vez se sentía indigna de mí, por ser mayor, por ser primos o por su pierna izquierda subdesarrollada.

Bruscamente le saqué la mano y la detuve. Luego tiré las sábanas hacia atrás, desarmando por completo la cama y prendí la luz del velador.

Andrea se tapó los ojos.

De haber sido una extraña me habría aprovechado de la situación. Pero al ser mi prima sentí —no sin cierto mesianismo adolescente— que debía procurar integrarla, intentar ayudarla a reconstituir lo que en ella estaba emocionalmente roto y parecía no tener un fácil acomodo.

Ahí estaba su pierna. Era notoriamente más fina y curva que la derecha. Era evidente la diferencia. Y sin ser totalmente monstruosa, configuraba con la otra una asimetría muy marcada que ante el gusto standard haría desviar a cualquiera la vista.

Pero yo no era ni standard ni prejuicioso. Estar con mi prima era lo diferente, lo extraordinario, y sentí que debía aceptar cualquier tipo de renuncia a la belleza ideal. Era una mujer físicamente incompleta, con un serio defecto. Pero, paradójicamente, en mi extraña búsqueda de lo indefinido en el mar imperfecto de la vida, Andrea era un ser inmaculado y puro. Un ángel que tenía una peculiaridad digna de adoración.

Entonces fue que antes de que empezara a llorar, bajé hasta su piernita y empecé a acariciarle y besarle los dedos.

—No, no te sientas obligado a eso —susurró.

—Es algo que deseo. Quiero hacerlo. Necesito hacerlo. Y nos va a dar placer a los dos.

Los dedos de su pierna izquierda estaban deformes y torcidos. Se los besé uno a uno, con suavidad, con parsimonia y con el suficiente

cariño como para empezar a conmover sus sentidos de raíz.

Empezó a respirar profundo, en medio de algunas risas nerviosas que ocultaban una buena reserva de recónditos deseos, retorciéndose de un lado a otro como un pez recién quitado del agua.

Era evidente que había múltiples senderos jamás recorridos en su misteriosa parte oculta al mundo. Y a diferencia de lo que podía haberle pasado a otra persona de gustos más convencionales, mi erección se hacia fuerte, intensa y húmeda. Pero no era eso lo importante. Lo importante era que yo sentía que lo que le hacía no era un acto piadoso para con mi prima, sino un acto de amor a mí mismo y al mundo.

Aunque sonara grandilocuente y obsceno decirlo, sentí que era como un cura cristiano besándole los pies a la más pobre y desarrapada mendiga. Pero una mendiga etérea, una mujer hermosa signada por el destino.

Esa misteriosa sensualidad me la habían aportado desde siempre su fuerte personalidad y su inteligencia, mas allá de su belleza truncada. Y nuestra historia y pasado común eran el compromiso que yo tenía para poseerla y gozarla, sólo siempre y cuando le brindase absolutamente todo de mí. Incluso mi propia humillación.

Andrea se fue entregando mansamente y sin más remedio que aceptar que yo estaba dispuesto a dar placer mas que a recibirlo. Que no me importaba mi goce, sino su apertura espiritual y mental hacia fronteras que jamás había podido cruzar en mis relaciones anteriores.

Pero todo tenía que ser muy suave, lento y lo suficientemente tierno como para conseguir extraer todo su néctar sin esfuerzo, sin ningún tipo de lugar común ni mandato sexual escrito o revelado.

Una vez que hube conseguido derribar esa barrera, la de integrar esa asimetría corporal momentáneamente a su ego, comencé a masajearle la otra pierna y le quité la bombacha. Una bombacha rosa cavada que le quedaba divina. Ella me quitó el boxer a mí y quedamos completamente desnudos.

Ahora sí, con el acostumbramiento, la luz del velador era excesiva. La apagué. Con la luz que venía del pasillo era suficiente como para conseguir un delicado relieve en nuestros cuerpos. Esa semipenumbra era casi una metáfora de nuestros sentimientos.

Andrea me miró un par de segundos con amorosa indecisión, y acercándonos lentamente, como en las novelas, nos besamos de verdad.

Fue un beso casi pudoroso al principio, con piquitos cortos y dulces, con ruidito de novios. Pero, a medida que entrábamos en confianza, se demoraban, se instalaban en nuestra mutua y atemporal necesidad de afecto.

Era la primera vez que sentía labios tan dulces, y sentirlos me daba

una especie de regocijo eléctrico, de calor que me bajaba del vientre a los genitales. Pero no como un ladrón del deseo, no con la pequeña malicia arrebatadora de quien besa por asalto, sino como algo merecido o esperado largamente por los dos.

Algo profundo y sagrado que se materializaba irremediablemente en nosotros.

Sus pechos eran los mismos que yo había visto. Eran esos pechos de miel, como en la canción del flaco Spinetta. No puedo decir nada ni más ni menos cursi que eso, ya que fue lo que sentí en aquel momento.

No había espacio para abstracciones intelectuales. Un delicado regocijo nos albergaba. Ocurriese lo que ocurriese en el futuro cercano o lejano, ese momento era casi virginal, como si fuésemos dos adolescentes, aprendiendo a amarnos lentamente, a saborearnos sin complejos ni barreras.

Por eso no hubo palabras por un largo rato; sí la musicalidad, la adorable sonoridad de los gemidos, de los moans que se alojaban en nuestra piel encrespada, como un mar de olas pequeñas e incesantes.

Todo lo que sentí que quería decirle se lo transmitía con la mirada. Adoro tus labios, adoro tu piel, tu sonrisa y tu forma de mirarme a los ojos. Nos decíamos cosas hermosas con los ojos, con una especie de telepatía que nos daban años de conocimiento familiar y amistoso.

Nuestra piel era la gran demora, la deuda que ahora se integraba en nuestros seres hiperracionales, lo inhóspito de nuestras vidas, la perecedera montaña de anquilosadas tardes de tedio, ignominia y mala onda, la negatividad que se había afianzado en nuestras vidas como una cerrazón malévola y ahora necesitaba fluir en una suerte de volcán perfumado y glorioso de primavera.

En ese estado, nada ni nadie podía derrotarnos.

Nuevos y buenos besos nos llevaron a compartir nuestras lenguas, que, como dos endiabladas y astutas sanguijuelas rojas, se encontraban y se enredaban, displicentes por momentos, de pronto enérgicas, impúdicas y santas a la vez.

A veces yo descansaba, la dejaba hacer, y Andrea podía ser ella misma, animarse a desplegar su más femenina y sensitiva habilidad. Con la lengua recorría muy lentamente mi labio inferior de un extremo a otro. El movimiento parecía simple, pero la lentitud y el minimalismo, el tiempo eterno que le dedicaba al recorrido, hacía que llegase a despertar mis fibras nerviosas y sensoriales más secretas.

Por momentos era una delicia casi intolerable, y entonces yo rompía esa lánguida y placentera pasión romántica con pequeños mordiscos a su labio inferior, a lo que ella respondía con orgullosos gemidos de satisfacción

Mientas esos sucedía con nuestras bocas, su otra entrada, la más

reservada y profunda, su primordial y atesorado acceso femenino, estaba empezando a ser recorrido en silencio por mi mano.

Con mi dedo anular empecé discretamente a descubrir los pliegues de los labios de su vagina, con la lentitud exasperante de un caracol que intenta buscar los terrenos húmedos para desplazarse con mayor fluidez. No tardarían mucho en llegar las primeras gotas de rocío, de forma que mi dedo mayor comenzase a penetrar muy despacio en la misteriosa cavidad, que parecía estrecha y cerrada, pero a la vez invitante a mis ansias de investigación.

Habíamos dejado de besarnos y yo la miraba sin ningún recato al palparla. Ahora Andrea había cerrado los ojos, como si de pronto algún pensamiento la asaltase y por pudor se resistiese a creer lo que sucedía entre ella y yo.

Pero me gustaba observarla como un voyeur y así lo hice durante un minuto o más.

A medida que mi dedo entraba y salía de su amable conchita, mi prima fue acercándose hasta recostar su cabeza en mi hombro izquierdo.

Me sentía poderoso, un conquistador que estaba empezando a someter a la salvaje mujer del temperamento y la edad intocables, la de los argumentos invencibles. La que tanto me había torturado con su disciplina, con sus rezongos y sus horarios, ahora era una sumisa y obediente doncella en espera, necesitada de mi asistencia para liberar sus más furtivos goces.

El pudor y la calma casera de nuestras realidades cotidianas de ayer, hoy se transmutaban en fogosos y efusivos temblores, buscando atrevidamente la salida, el desahogo final. Pero para que ese desahogo fuera más delicioso, era preciso ir conteniendo el río de pasión que se avecinaba con pequeños diques de contención estratégicamente delineados.

Las pausas. Las esperas. Los ritmos del juego.

Mi tarea era, a partir de ese momento, conseguir que Andrea fuese agregando nuevas capas de deseo, de necesidades, para no agotar la matriz interior de su fuego, para que el núcleo de su ímpetu se mantuviese vigoroso y en crecimiento constante. En definitiva, quería verla en una actitud en la que jamás la había visto con respecto a mí: quería que me suplicase, que pidiese, que implorase por mis favores.

Para eso necesitaba distanciarme un poco.

Me incorporé y me paré al borde de la cama. Deseaba que me admirase desnudo y con mi hombría bien arriba como la tenía.

—Mirame. ¿You like it? Quiero que te toques vos sola.

—Me da un poquito de vergüenza.

—Tocate para mí. Cerrá los ojos si querés —le pedí con tranquilidad. Pero no los cerró y se empezó a acariciar mientras yo me

frotaba. Al notar que era de perder rápido la vergüenza, le pedí que no se tapara la pierna izquierda con la sábana.

—Sos un guachito degenerado. Atrevido.

—No, Andri te quiero como sos. No te ocultes. Quiero verte completa. ¿Te gusta verme así, con la pija bien dura?

—Si, claro que me gusta...

—¿Y te gusto yo?

—Sí, pendejo insoportable. Me gustás mucho, demasiado... aahhff —gemía al acariciarse la concha.

El diálogo se volvía esporádico, entrecortado, mientras nos masturbábamos. Andrea encogía las rodillas y arqueaba la espalda. Me miraba viciosa con la boca semiabierta.

—Me querés hacer acabar así, lo vas a conseguir, y mirá que cuando empiezo no paro... oah...

—Qué no te de vergüenza. Por favor.

—No-o. hmmn... oahhh...

Ahora se tocaba el clítoris con una súbita velocidad y se doblaba dando gemidos cortos mientras me miraba alternadamente a los ojos y a mi mano en la verga. Por momentos se pasaba la lengua por los labios. Y con la mano izquierda se acariciaba y pellizcaba los pezones.

Me asaltó la duda de sí realmente tenía mucha experiencia sexual o si hubiese mirado muchas películas condicionadas. Pero Andrea pareció leerme el pensamiento y me ganó de mano con su comentario.

—Ja, qué bien hacías el papel de primito puro... ooohhh... Vení, nene, dejáme que te la bese un poquito, que te la lama un chiquitín ahora que estoy bastante caliente —me dijo con un ronroneo que sonó como un refinado descaro de puta de nivel mientras se incorporaba.

Su tono de imperativo ruego me despertó ternura al ver que su pierna pequeña parecía arrastrarse, independiente, autónoma, como apareciendo siempre unas décimas de segundo más tarde que su cuerpo sano.

Ahora sí, un special treatment ahí abajo, pero sin obligación, por puro deseo.

Me acerqué y Andrea se puso de rodillas al borde de la cama. Se pasó la lengua por los labios, me miró y sonrió, mientras yo le acariciaba el cabello.

Con su mano derecha me la empezó a restregar, mientras ella se acariciaba en la zona del clítoris. Me pajeaba lentamente, pero apretándomela fuerte. Alternaba movimientos largos con cortos. Por momentos sólo dejaba tres dedos, el pulgar en la zona del glande y los dos siguientes en la parte de arriba. Era cruelmente delicioso. Cuando me acariciaba el glande lento y suave con la yema del pulgar me venía un fuerte impulso de acabar. Si me miraba y sonreía o gemía era peor.

—Esperá, Andrea, por favor.

No esperó. Hizo algo peor, o mejor en todo caso. Algo muy dulce, muy suave en las maneras.

Se acercó y se la puso en la boca, mirándola con todo detalle y devoción, como si mi pene fuese una persona aparte. Dar es recibir, pensé. El haber sido tan cariñoso antes con su pierna me daba réditos. Ternura a plazo fijo.

Con sus labios besó suave alrededor de la punta de mi verga y le pasó despacio la lengua por el glande. Luego me siguió masturbando. Me miraba sonriendo satisfecha, como que ya la chupada era suficiente; pero ante una caricia mía a su cabeza se corrió el pelo y me la volvió a lamer un rato más, sofisticando las técnicas y variando las intensidades como una verdadera puta profesional, de la alta escuela.

Lo que más placer me daba era cuando rozaba suave la punta, especialmente la zona del glande, en el interior de sus cachetes, sin lengua, sin labios, solo con la carnosidad interna de sus mejillas. Jamás antes había sentido tanto placer, y ante mis moans se demoró remolona, con su boca grotescamente llena, al punto del sofoco y de tener que acelerar la búsqueda de aire por la nariz.

Que putita te ponés, prima, que viciosa hermosa tenías escondida, pensé.

Me leía el pensamiento.

—Que rico pete me das, chiqui... Quiero ser tu puta, tu potra salvaje siempre. ¿Te gustaría?

—Me encanta la idea, sos muy buena como amante. Pero no me hagas acabar tan rápido. Quiero ponértela, por favor...

—Mmmm... La tenés muy grande, bebé.

—Sí, un poco gordita, ¿no?

—¡Muy ancha! ¿Me prometés que no me vas a hacer doler? La tengo cerradita yo.

—Dejame probar, te la quiero dar ahora.

—Sí, mi vida, pero despacio... chuavechito.

Andrea se abrió de piernas lo mas que pudo y cuando la penetré lo hice muy despacio. Le metí solo la parte de la cabeza, apenas pasando el glande, y ahí largo un aaahhh, entre dolor y placer. Como la tenía bien mojada le di varias entradas y salidas de corto recorrido, pero rápidas. Se volvía loca, se retorcía y me decía: así, cielo, así, bebé.

Cuando noté que ya no le dolía, se la mandé muy profundo, pero lentamente, y todo su cuerpo se estremeció. Si yo me frenaba ella temblaba y movía desesperadamente la pelvis hacia arriba.

—Uu-uhhh, mi amooor... oaaaaahhhh...

Luego volví con las seguidillas cortitas, ah-ah-ah, y así fui mechando entre esas dos variantes. Me había aconsejado un ferretero de Almagro esa técnica. Pero como mis relaciones eran siempre mas urgentes, con chicas de mi edad y con la vagina menos cerrada, nunca

la había puesto en práctica. A mi prima le estaba gustando demasiado.

—Aaahhh-ooohhh... ¿Por qué no me encaraste antes, por qué?

—No lo sé, Andri, no lo sé. Culpas. Miedos. Pero ahora me tenés acá.

—Si siempre me vas a hacer el amor así, vos también me tenés para toda la vida... —dijo, dándome besos cortos que me repartía en los ojos, la boca y la nariz—. Tesoro, me encantás. Nunca, te juro, sentí algo igual, sos divino, sos muy suave.

Entre que me puso las piernas sobre los hombros y las cosas que me decía, me hizo volver a pleno los deseos de darle mas duro y parejo.

A mi prima ya no la intimidaba el tamaño. Quería más y más fuerte, se mordía los labios y me clavaba las uñas en la espalda.

De tanto ímpetu, en un momento se me zafó y decidimos cambiar de posición. Andrea se puso en cuatro patas con la cola bien levantadita.

—Dale, Dante, ahora cogeme por atrás y llename la cola con tu leche. No nos pusimos forro, ¿sabés?

—No te quiero hacer daño, Andrea.

—No creo que me duela, estoy demasiado caliente. ¡Metémela, te lo pido, amor!

Se la empecé a meter despacio por atrás. La punta le entraba, pero a medida que iba avanzando era como que se cerraba. Otra técnica que me habían ensañado en la ferretería para el anal era que avanzara cuando la mujer exhalaba. Mi prima estaba al tanto de esa técnica coito-respiratoria. Se ve que yo no era el primero que le hacía la cola. Perra.

Me escupí en el pene, pero igual costaba.

—Aia, despacio, aiaaa, despacio, mi amor que me dueleee.

Desesperada, porque quería continuar con el asunto igual que yo, sin riesgos de embarazo, Andrea abrió a los manotazos la mesita de luz y sacó un gel.

—Pasate esto y cogéme bien fuerte como vos sabés.

Era valiente o masoquista, mas allá de pretender seguir al mando incluso dándome la espalda.

La saqué y me lubriqué bien. Mi verga se veía dura y gruesa como nunca. Parecía el pistón de un motor V8.

Ahora si, lubricada era otra cosa. Se la puse hasta que entró toda. Igual, a pesar de su coraje, traté de ser cuidadoso. Tenia una cola muy linda, chiquita pero linda, como respingada. Aun la tiene, por supuesto. Pero en ese momento yo la descubría —y la descubría en todo su mágico espesor.

Una vez que se le dilató me la empecé a follar con voracidad. La tomé de las caderas y le empecé a dar bomba. Al ser tan grande mi pija y estar dándosela por atrás, sentí algo que jamás había sentido

antes con mujer alguna. Era como que Andrea me perteneciera, y yo a ella, como si fuésemos uno solo. Estábamos ensamblados, acoplados. Una máquina dual de goce que se movía en extraña sintonía. Pero a su vez — aquí lo raro— como que yo podía elevarme y contemplar la situación desde lo mas alto.

—Mmm-mmm-mmm... —gemía Andrea ante cada embestida, revolviéndose en un guarro goce de hembra primitiva—. ¡Dame tu leche, dámela toda! —pedía.

Era una incredulidad onírica que me daba la elevación. No podía ser, no podía ser que me estuviera cogiendo a mi prima con su discapacidad y sus treinta y siete años contra mis veintiunos, dejando a un costado todo prejuicio moral, todo decoro, haciéndola gozar así, de una manera tan salvaje. Me estaba recibiendo de hijo de puta y de santo a la vez. De santo terrenal, eso sí, porque más allá de la furibunda serie de espasmos sexuales al penetrarla por el upite, sentí que me estaba enamorando perdidamente de Andrea.

—Aaasi, Dante, aaasi, cogeme papi, aaasi —yo embestía mas y más, como un toro. Los cachetes de la cola de mi prima flameaban como si le estuviese dando fuertes cachetazos—. Ooooohhhh, aaasiiiiiii... ¡Te quiero mucho, primo, te quiero! Mmmhhh, Dante, dame la lechita...

Las embestidas finales fueron dignas de que nos rodease una jungla en vez de un dormitorio. Dos animales salvajes en un bello y primario éxtasis de dominación y sumisión.

—¡Mmm-mmm-mmm…ah-ah-ah-aaahhh... mmmm-ggggggrrrr... uuuooo-ooohhhhh! —se iba mi prima en una concatenación de orgasmos, dándose auto masajes clitorianos a velocidad crucero.

Nombrándola con un hilo de voz, le acabé largamente dentro de la cola. Se la llené de leche como me lo había pedido, y me volvió a decir una y mil veces que nunca nadie como yo en su vida. Le creí, porque para mí era lo mismo.

Quedé extenuado sobre sus espaldas.

—Yo también, Andrea, te quiero mucho. Sos mi reina —dije, en paz con el mundo.

Luego de salir de su cola, sintiendo como exhalaba su ultimo suspiro, ooohhh, se giró y nos encontramos cara a cara. Nos abrazamos y besamos con toda la dulzura y el arrobamiento que nos había dejado tanto fuego. Esa pasión que había llegado como una tormenta, como un viento tropical huracanado que había arrasado con la parte mas racional de nuestro ser.

Así, en ese nirvana, nos quedamos abrazados largo durante un buen rato. Sin pensar, sin palabras, sin preguntas. Entrelazados y tapados con las sábanas revueltas, en un tibio nido de paz y bienestar del que no hubiésemos querido salir nunca.

***

Al día siguiente, luego de desayunar pasado el mediodía, volveríamos a hacerlo. Y a la tarde y a la noche también. Y los días subsiguientes, hasta quedar exhaustos, pero sin cansarnos uno del otro. Lo más increíble de todo fue que terminamos teniendo sexo hasta en inglés y que, obviamente, aprobé el examen oral.

Tener encuentros en inglés nos renueva. Es como que fuéramos otras personas, otros yoes de nosostros mismos. Y así nos peleamos mucho menos, prácticamente nada. Las antiguas discusiones ahora se han transformado en humor y juegos creativos.

A veces me pregunto si eso es el amor verdadero, pero no me atrevo a preguntármelo demasiado seguido, y mucho menos en voz alta ante Andrea.

Al final convenimos que nunca dejaremos de ser primos. Nuestra historia sigue, y no nos es difícil tener encuentros íntimos, ya que ante nuestra familia siempre fuimos bastante compinches y no nos acosan a preguntas acerca de por qué nos vemos tan seguido.

Si algún día alguien sospecha lo nuestro, entonces será una buena oportunidad para blanquear la situación.

No, primos nunca dejaremos de ser. Es una relación hermosa. Solo que a ese vínculo que traemos de la cuna, le hemos agregado un poco de amor inglés y mucha pasión argentina.

A veces fantaseamos con tener hijos y con formar una familia, aunque Andrea cree que eso nunca sucederá. De mi parte, no descarto darle un hijo. Tengo la imagen en sueños de que la veo con panza.

Ella me dice que tarde o temprano la voy a dejar, que la única forma de que realmente sea posible seguir adelante con nuestra relación sin los condicionamientos familiares es irnos del país. Pero supongo que por el momento es una idea lejana e irrealizable.

Si algún día aparece un tercero en nuestras vidas, no sé que podría pasar con sus celos o con los míos. Tal vez esa sea una historia, que, de ocurrir, será contada en algún otro momento. Pero ojalá no suceda nunca.

Con respecto a mi inglés, Andrea me dice que... *Still there's room for improvement.*

JUGUEMOS EN EL BOSQUE

1 - EL RETIRO

Fue al fin del verano del año dos mil catorce. Siempre recuerdo con exactitud la fecha por el mundial de fútbol que se aproximaba.

Aunque me encontraba de vacaciones, me había predispuesto a madrugar. Apenas llegado a la cabaña, pacté conmigo mismo un horario fijo: las cuatro de la mañana.

Era una locura, pero con el correr de los días se me haría costumbre. Ese acuerdo formal (como si tratase con otra persona) ya lo había hecho varias veces y me daba buenos resultados. Incluso llegaba a escribir pequeños contratos y los firmaba. Era absurdo, pero me sentía contenido de esa manera.

No me podía desprender del todo de mi actividad como contador, aquella monótona y burocrática forma de vida que pronto empezaría a ser parte de mi pasado. Al menos de momento.

Por suerte, mis ahorros y mis alquileres me daban una buena renta, y podía entonces dedicarme a mis inquietudes artísticas que eran la escritura y el video experimental. Y dentro de lo posible, viajar.

Pero todo con contrato y fecha. Fecha con día y hora para no postergar. Como aquella frase, creo que de Hume: *"La única diferencia entre un sueño y un objetivo es ponerle fecha"*.

Cada contrato era una especie de símbolo irónico de aquellos días de obligaciones y gente indeseable. Pero más aun, una especie de arcaica ventana que reciclaba lo viejo, intentando buscar algo nuevo y misterioso para alumbrar mis próximos pasos en la vida.

Me gustó siempre la sensación de misterio. No la palabra en sí, *misterio*, algo gastada, sino las connotaciones, las derivaciones que yo le percibía al concepto y lo renovaban para mí y para mis pretensiones artísticas.

Venía de ver un ciclo de Stan Brackhage en el Centro Cultural Borges, y deseaba que mis futuras creaciones tuvieran un "misterio" y una intensidad similares, sin prejuicios ni demasiadas teorías reflexionadas a priori. Algo primitivo, hermoso y esencial que no

pudiese explicarse con palabras.

Siempre me gustó filmar, pero ya era tarde para integrarme a un grupo de trabajo convencional y de alguna manera quería sentirme cineasta. Mi edad y mi personalidad solitaria y mañosa me impedían integrarme a grupos a los que seguramente doblaba en edad. Jóvenes energéticos y entusiastas recién salidos de las escuelas de cine que llegaban para devorarse el mundo, a veces con frescura genuina y otras con una exacerbada impostura.

Yo ya no estaba para combatir poses de terceros ni para grandes desbordes idealistas y adrenalínicos. Y mucho menos para explicar o defender mis propios mambos.

Lo que intuía estar buscando era un espacio de ensoñación creativa, algo que me permitiese evadirme de las consecuencias de la separación con mi mujer. Además, buscaba evadirme un poco de Buenos Aires, de la realidad real y de la mediática, tan politizadas ambas por las próximas elecciones.

Necesitaba entrar en una especie de nueva dimensión personal y cósmica, algo que me dejara un poco más sutil y enigmático para mi propia conciencia. Redescubrirme y a la vez dar vuelta la página a situaciones de pareja indefinidas que ya era tarde para definir.

El paisaje no era el típico imponente paisaje lacustre con montañas. Este complejo de modestas cabañas estaba a unos kilómetros de las zonas más buscadas. Aquí era puro bosque cerrado y primitivo. Por eso el alquiler era más económico, y en vez de pasar una semana en lugares típicos con turistas merodeando iba a estar dos semanas en soledad y en paz total.

El propietario me había dicho que en alta temporada tenía el lugar siempre ocupado, pero que en esa época la demanda bajaba mucho y que posiblemente yo fuese el único ser humano en diez kilómetros a la redonda. De todas maneras, agregó, en caso de arribar alguien para esa época, solían ser extranjeros de paso: Suizos, Finlandeses o Suecos principalmente, gente amigable y tranquila. (Esos adjetivos los estoy poniendo yo ahora, pero recuerdo que el tono, o la intención de lo que me decía era esa.)

Mi petit Walden de dos semanas se ponía en marcha.

Una mañana, tomando mate con la parsimonia de un Buda y haciendo un poco de caligrafía japonesa, sentí que algo se movía por las malezas que había entre los árboles que rodeaban la cabaña. Salí a

averiguar de qué se trataba.

-Hola -dije- ¿Hay alguien ahí?

Al alumbrar con la linterna me encontré con un ciervo, que luego de mirarme fijo salió espantado corriendo. ¿Tanta era mi electricidad, mis iones negativos? Él sobrevivía a un humano y yo me tranquilizaba por que él no fuese uno de mi especie.

-¡Vuelve pronto amigo mío! Ja, ja...

Me metí de nuevo en la cabaña y cerré bien las cortinas. Guardé los papeles con las caligrafías y me puse a escribir unos haikus bastante ininteligibles.

Una hora mas tarde decidí salir con la cámara. Una EOS flamante que había estrenado sacando fotos a una estación de servicio abandonada pasando Trelew.

En vez de la linterna llevé un farol, *mi* farol, una especie de símil a pilas del Petromax que todavía usan algunos paisanos en el campo. Lo había comprado en Chile en 1991, para la Copa América. Tenía muy buena luz y era sólido. Llevaba cuatro pilas medianas. Era de color gris metalizado. Fue un amor a primera vista cuando lo vi en aquella vidriera en la calle Huérfanos de Santiago. Pasado el tiempo, después de tantos momentos y tantos viajes juntos, terminé por darle un nombre: *Fulgeo*.

Caminé unos cien metros bosque adentro. Obviamente con la brújula y sin el celular. En un claro me detuve. Dejé a Fulgeo en el piso y me dispuse a filmar.

Lo primero que hice fue un largo plano circular de 360 grados. No había llevado trípode a propósito. No buscaba una perfección en el movimiento de cámara. Tampoco buscaba ensuciarlo adrede o realizar exactamente una toma subjetiva. Era tan solo un movimiento de cámara circular, sugiriendo que lo representado por la imagen no tuviese connotación alguna. Si mi postura corporal no era perfecta, no habría problema. Sería todo relajado. Me iría reconociendo y descubriendo, sin demasiada conciencia ni cuidado por el encuadre pero tampoco con un desdén total.

Lo que sí deseaba era mirar lo que veía al fondo. Es decir, el bosque, los troncos, las malezas -no tanto los bordes del encuadre, como cuando filmaba eventos sociales y me dedicaba a encuadrar bien a la gente.

Además, el abigarrado bosque nocturno no ofrecía demasiadas perspectivas. Solo necesitaba fluir en el bruno magma vegetal salpicado por las volutas caprichosas de Fulgeo. Me acordé de *Blair Witch Project*, pero sonreí con desdén. Cuando uno está herido internamente por una separación, es poco el espacio que le da al miedo sobrenatural.

La cámara era mi mirada, pero no mis propios ojos, sólo mi mirada a través de la cámara. Tenía que sentir lo que era ese momento, lo que estaba sucediendo. Que no era nada y era el infinito. Si yo podía comprender y hacerle llegar a alguien que el cosmos entero se encerraba en ese instante, me daría por hecho.

Una vez que vi el bosque nocturno a través de la cámara como un ser primitivo espiando al mundo, o un ciego que ha recuperado la visión, decidí ir por Fulgeo. Lo contemplé discretamente, inmóvil por unos breves segundos y para no emborracharme demasiado con mis sensaciones cerré los ojos y apagué la cámara. Luego me recosté en el tronco de un árbol y me quedé dormido.

A los veinte minutos, media hora, me desperté con frío. Fulgeo esperaba fiel, sin atisbos de malhumor en su luz. En ese pequeño lapso de descanso me había visitado un sueño, o una visión.

Un grupo de niñas pasaba corriendo entre los árboles. Una niña vestida de rojo corría adelante. En su cara tenía una expresión congelada de pánico. El grupo que la perseguía iba todo de blanco, sonriendo con estereotipada perversión. Por momentos, sus ojos se enturbiaban y terminaban transformándose en borrosos guiones negros parpadeantes, como cejas con vida o ciempiés moribundos.

Aunque a veces no son literales, en la vida hay premoniciones.

Antes de ser visitado por los duendes del olvido, levanté a Fulgeo, la EOS y me volví a la cabaña a escribir. Por eso siempre recuerdo las cosas en detalle. Por la maldición de la palabra.

Durante tres días hice la misma rutina. Por la tarde leía o escribía mi diario o unos haikus. Todos mis escritos eran sobre la simpleza cotidiana. La canilla de la cocina que goteaba, y que para que no hiciese ruido la corría hacia el costado de la bacha. Un pantalón deshilachado, al que conservé guardándolo del odio que le tenía mi mujer, evitándole la ignominia basural.

Recuerdo esas discusiones hoy ya casi con insensata nostalgia. Ella no tenía problemas con la dictadura de la moda, que de pronto

inundaba el mercado de "pantalones rotos a propósito" de las maneras más caprichosas. Yo desaprobaba tales disparates, pero era un ferviente defensor de la ropa que se iba gastando con el uso: esa compañía de tantos meses y años no podía ser arrojada a la basura igual que a una *cosa*.

Sí, eran cosas mis prendas de vestir, eran objetos inanimados, pero nadie me privaría de la sensación de cariño y respeto que me inspiraban. Tantos viajes, tantas experiencias vividas juntos... se hacía difícil la separación solamente por "hacer lugar".

Mi último haiku era sobre la parte deshilachada y rota del pantalón. Mi idea era hacer alusión a la discusión con mi ex, pero no de una manera explicita, sino de modo que el propio pantalón le recriminara a ella su crueldad hacia él, un ser inanimado e indefenso.

De todas maneras, jamás mostré mis escritos a mi ex, y tampoco los había publicado. Las cosas quedaban ahí en el momento creativo. Para mí es muy importante el presente. No sabía si mis haikus verían la luz, o alguna vez trascenderían. No tenía hijos, y dudaba que mi mujer se tomase el trabajo de revisar mis cosas si yo moría primero.

Yo imaginaba que llamaría al ejército de salvación, sin dudarlo, con su tono de voz alto, simpático y sociable. Y mis tardes de solaz y reflexión artística terminarían en el basural, o con suerte en alguna compraventa o en la feria de Plaza Dorrego en San Telmo.

No estoy muy seguro de porqué escribía sobre cosas que podían resultar insignificantes para muchos. Yo supongo que intentaba con simpleza que se desvaneciera el rencor a mi ex mujer. En ese caso, escribiéndole a un objeto inanimado como el pantalón, también tomaba distancia de las trampas de lo social y de lo laboral, circunstancias que me habían agobiado tanto.

Pero luego de algunos días de ansiado retiro y soledad, comenzó a suceder lo imprevisible, y esa especie de trance minimalista en el que me encontraba empezaría, para bien o para mal, a cambiar definitivamente.

2 - LA COMPAÑÍA

Una tarde al caer el sol, las luces de un auto encararon hacia donde yo alquilaba. Creo que aun no lo dije, el complejo era un grupo de cinco cabañas iguales de un ambiente, con un alero para meter el coche, alejadas una de otra por unos pocos metros (además de tener

árboles entre medio para mantener la privacidad.)

El auto venía despacio, titubeando, hasta que se detuvo en la primera cabaña. Yo me encontraba en la del medio, es decir la tercera llegando desde la ruta.

Cuando se bajaron, vi que era una pareja joven de no más de treinta y cinco años. Lo que me llamó la atención enseguida fue que él era muy atlético, alto y espigado. Casi un modelo. En cambio ella era todo lo contrario, baja y mucho más gorda. Tal vez no tan gorda, pero lo parecía a su lado. No me habría llamado la atención en caso de haberla visto sola o en compañía de alguien más parejo a ella. El contraste con él la engrosaba bastante. Era lo que llamamos cariñosamente una gordita, una chica con ocho o diez kilos de más. Una renaissance girl, una plump.

El muchacho tenía facciones fuertes, angulosas, y barba. Sentí que ella lo llamaba Boris. Era un tipo que mi ex llamaría bello, viril. Me hizo recordar un poco al escritor inglés D. H. Lawrence.

Es una manía que tengo de encontrarle parecidos a la gente con los escritores. Mi ex me decía que nada que ver, pero yo le veía un parecido muy grande a Maxi Rodríguez, el futbolista argentino, con Howard Philips Lovecraft. Eso sí, un HPL mas optimista y sonriente.

(Como escritor sos un gran futbolista, Maxi; como futbolista eras un gran escritor, Howard.)

Volviendo a la pareja, era gente que llamaba la atención al verla por sus llamativas diferencias, incluso en la vestimenta. Ella parecía más casual, a manera de un ama de casa desprevenida que salía con el vestido de entrecasa. En cambio él tenia una vestimenta tipo outdoors, ropa cara, de calidad.

Poseían ambos, además de la frescura de la gente joven, cierto aplomo o cansancio de viaje. Algo delicioso y envidiable, ya que podría conjeturarse que su vida estaba plena de acción y vitalismo.

Bajo el influjo de mi vieja y odiosa costumbre de comparar bellezas en las parejas, seguí mirándolos semioculto detrás de un árbol, fingiendo estirar un gemelo de la pierna por si me descubrían. Me preguntaba por qué estaban juntos, desvalorizando cruelmente a la chica por su aspecto. No lo podía evitar. Creo que nunca podré sacarme de encima esa costumbre de ponerle nota a las parejas por su aspecto.

En este caso él ganaba un 7 a 4, o un 8 a 5 siendo más generoso con ambos, más o menos, según los estándares de belleza y cuidado exterior que rigen hoy en día. Aborrezco los desastres que produce la moda y la anorexia, pero no puedo evitar analizarlo todo y formatear los datos, asemejándome a una computadora. Es algo del pensamiento lógico que heredé de los años con mi ex mujer y de lo que jamás podré desprenderme. Es horrible, lo reconozco.

Y por si fuera poco, cuando el desbalance de bellezas es demasiado grande, me pongo a elucubrar qué razones ocultas habrá para que el más favorecido por la naturaleza de los dos se resigne a conformarse con una presa de inferior calidad.

Cuando se trata de una diferencia grande de edad, algo tan de moda por estos días con las cougars y los chicos jóvenes, el argumento más común -con el que coincide la mayoría de la gente- es por razones de riqueza o fama.

Por citar un caso famoso y extremo, si la Duquesa de Alba hubiese sido una pobre pordiosera, es difícil pensar que ya entrada en años y tan malograda por sus continuas operaciones estéticas hubiese conseguido los favores de amantes tan jóvenes. Obviamente que hay matices, pero, conciente o inconscientemente, los factores dinero, fama y poder siempre van a andar rondando.

En total contraste, y ya intentando finalizar con esta prosaica digresión, se me cruza el caso típico del viejito piola y la joven atractiva: Carlos Menem y Cecilia Bolocco. Hombre maduro, mujer joven.

¿Y qué? La vida es así, tampoco es tan malo. Cada uno usa lo que tiene a mano para seducir al prójimo. El mundo es material después de todo. Además, nada quita que el o la seducida, con motivaciones en principio tan escasamente románticas, termine encariñándose e incluso enamorándose del anciano o anciana en cuestión.

Ahora bien, cuando las edades y las cuentas bancarias son más o menos similares (como yo suponía era el caso que tenía ante mis ojos) pero a su vez hay una disparidad grande en lo físico, mis conjeturas acerca de las razones de la unión se van por el lado de la inteligencia, el carácter y la personalidad. Algún rasgo o virtud interior más fuerte que equilibre la diferencia cronológico-estética.

El amor verdadero no tiene mucha regla, y también a veces hay caprichos y confusión en las decisiones de la gente necesitada de

afecto.

A pesar de mis observaciones furtivas y mis devaneos detrás del árbol, sentí al verlos a esos dos la carga de la invasión a mi privacidad. Me había acostumbrado esos pocos días a la soledad y ya me imaginaba ser Thoreau. Pero enseguida me despreocupé y traté de tomarlo a la ligera. Era viernes: no sería nada raro que hubiesen decidido pasar una noche, o a lo sumo el fin de semana. Hay gente que no se siente cómoda acampando, a pesar de su juventud, y en los intermedios de viajes largos alquila ese tipo de cabañas en lugares más agrestes para evitar largas horas al volante.

Para no ser visto espiando, entré sigilosamente a mi refugio-cabaña. Me sumergiría de nuevo en mi mundo privado, pero en plan meditación abstracta, olvidándome de mis desvaríos y análisis que en el fondo me resultaban de tan escaso provecho.

Aunque en ese momento, en vez de hacer caligrafía, o haikus, tuve la urgencia de escribir unas paginas de mi diario y de paso practicar un poco mi olvidado inglés. En un santiamén me había hecho unos mates fantásticos de sabrosos y los estaba degustando con egoísta autosatisfacción.

El mate es mi gran compañía, aún hoy que ya todo esto que cuento pasó y volví a estar en pareja. Extraña y felizmente casado con...

Iba ya por la segunda carilla del día en mi cuaderno, comentando para no olvidarlas, pequeñas anécdotas de mi paso la semana atrás por la provincia del Chubut, cuando sentí dos pequeños, casi tímidos golpes a la puerta. Había dos posibilidades reales, era ella o era él.

La verdad me daba igual. Pero hubiese preferido que esperasen un poco más para acercarse. ¿Qué buscarían tanto él como ella de mí? Era un despropósito llamar a la puerta sin conocerme. *Atrevimiento hippie*, recuerdo que pensé.

Pero no había tenido en cuenta una tercera opción. Al abrir la puerta, con esa lentitud in crescendo típica mía de cuando soy interrumpido, los encontré a los dos; sonriendo solamente ella, femenina, simpática y dulce, un poco más adelante que él, denotando que era la que había llamado a la puerta.

-Hola, buenas tardes, emm, disculpe...

-No hay problema -traté de sonreír un poco yo también, aunque me costaba un Perú el gesto, al que imaginé semejante a una mueca

grotesca-. ¿En que los puedo ayudar?

Ella dudó un segundo al contestar, como si mi firme propuesta de ayuda la hubiese sorprendido, y miró por el hombro de su compañero, casi instándolo a que la ayudase a expresar algo. Pero él no atinó a decir nada y ella continuó:

-Le va a parecer raro, pero, ¿podría prestarnos su celular? Solo para hacer una llamada perdida. No encuentro el mío y necesito saber si está en el auto o lo perdí.

No quise ser impertinente y preguntar por que no le pedía el celular a él. Era obvio que era una especie de hombre de las cavernas o que lo había dejado en alguna otra parte.

-Sí, cómo no. No hay problema –dije tratando de sonar predispuesto pero a la vez formal–. Un segundo, por favor, que ya lo traigo, eh.

Dejé la puerta entornada y entré, aspirando lentamente el aire, en una improvisada meditación. Algo en ellos me había incomodado un poco, pero no era momento de hilar demasiado fino con más de mis interpretaciones.

Por suerte encontré rápido mi teléfono, el cual desde mi llegada permanecía sobre la heladera, apagado, acumulando mensajes y llamadas varias a los que había decidido ignorar por un tiempo. Lo había cambiado hacía poco, tenía todos los chiches habidos y por haber. Sentí un poco de esa vulgar vanidad de los consumistas tecnócratas cuando alargué la mano para dárselo a la chica.

-Disculpá y mil gracias –me dijo ella, mirándome fijo y sonriendo lindo. Ya me tuteaba. No era una mujer originalmente hermosa, pero la sonrisa transparente de su rostro común, virginalmente plano, casi vulgar, me ganó. Eso sí, sus pechos eran increíbles. Como se puso de moda decir ahora, muy hot.

Recibió el celular con ambas palmas abiertas, cuidando que por nada del mundo se fuese a caer. Ese cuidado me agradaba, además era un reconocimiento a lo importante del chiche que le estaba prestando. Fue tan ceremonioso su gesto que involuntariamente nuestros dedos se rozaron mas de lo socialmente indicado.

Apenas la chica empezó a marcar él numero, su acompañante señaló hacia donde había dejado el coche y empezó a caminar a paso firme.

-Voy ver si eshtá sunando –dijo con tono de resfrío, y salió sin

esperar ninguna respuesta. Hablaba raro.

Era atlético, como un basquetbolista pero de mediana estatura; tal vez un metro setenta y cinco, metro ochenta, pero al lado de ella parecía altísimo.

Cuando empezó el trotecito apurado casi se tropieza al bajar la escalera de mi cabaña, pero acomodó el cuerpo con gracia y siguió. Yo murmuré algo tipo “no hay apuro”, pero ninguno de los dos creo que me escuchó. Ella ahora estaba seria y se había llevado mi celular al oído. De pronto me miró y dijo “llama, llama”, en voz baja, como saliendo de una angustia hospitalaria. Al sonreír me destruía. Me enamoraba.

De pronto mariposas en mi estómago.

Pasaban los segundos y me apoyé en el marco de la puerta. Ella impaciente. ¿Cómo se llamaría? Iba descansado en una y otra pierna, turnándose, y la ancha y redonda cadera se le acomodaba con graciosa pereza tanto para un lado como para el otro.

-Puede ser que lo tenga en vibrador, disculpá- me dijo otra vez.

Para no decirle por enésima vez “no te preocupes, no hay problema”, hice un ademán corto con la mano así se despreocupaba de las formalidades y le sonreí imitando su franqueza. Luego me acordé del mate y entré a mi cabaña fingiendo aplomo e indiferencia.

Volví enseguida y se lo ofrecí con cierta ampulosidad de gaucho, una tímida sobreactuación ante el escenario de pequeño suspenso que se instalaba. Se ve que la chica era matera porque se le iluminaba la cara. Tenía una expresión bondadosa, inteligente y algo sufrida. Me gustó su sencillez.

Ahora me despertaba curiosidad, lo que a menudo me sucede con las mujeres que hablan poco. Mi soledad y mis intenciones de mas soledad me hacen aborrecer a la gente de entrada. Pero pronto me alegro si la persona es agradable.

-Gracias, está rico el mate -dijo.

-¡Volvé shamar, che. Astá vibrando, pero sho no encuentra nada! –gritó el tipo. Pensé en si tendría algún problema mental. Pero enseguida caí que era extranjero.

-Dale, pruebo –dijo tranquila la chica. Su voz era acaramelada pero

con un dejo masculino.

-¡Ashtá, Maca, sha encontré!

Apenas se escuchó el grito, ella me sonrió y me dio el celular. Y también me dijo gracias, sincera, haciendo una femenina inclinación de cabeza hacia un costado. Pero luego sucedió algo insólito o al menos totalmente inesperado para mí en ese momento: se volvió sobre sus pasos, me tomó de un antebrazo y me terminó de agradecer con un beso corto, mitad en mi mejilla y mitad en mi boca.

Me quedé mirándola fijo sin decir nada y sin disimular de más mi sorpresa. Creo que solo tragué saliva y la miré para forzarla a hablar a ella.

-¡No cualquiera confía en extraños hoy por hoy! -dijo, nerviosa por su actitud, mientras comenzaba a corretear con delicado entusiasmo hasta donde él desempacaba las cosas del coche.

Entré y la espié por la ventana. En un momento se agachó y se le dibujó bien la cola tras el fino vestido blanco, marcándole a fuego en mis ojos la bombacha.

Me quedé sentado sin hacer nada durante quince minutos, solo tamborileando los dedos en la mesa tipo jubilado aburrido, pero en realidad mi mente bullía en una mezcla de ira, envidia y deseo.

Mis anhelos de espiritualidad, creatividad y misterio y mi búsqueda interior, se desvanecían en pocos segundos por la presencia de los primeros extraños que llegaban. Mi disciplina por buscarme a mí mismo en un mundo perdido era ineficiente, y tanto así el lugar que había elegido para esa búsqueda, para mi retiro del mundo.

No había islas donde esconderse. Solo había encuentros aparentemente azarosos que alguien ajeno a mi razón se divertía predeterminando.

Mientras me duchaba, la lluvia cayendo disimuló para mí mismo la sensación de llanto que tenía. Sin comer, me tiré en la cama, apagué todas las luces y traté de descansar. Pero no pude ni siquiera cerrar los ojos sin que resultara un acto forzado, como un niño que finge dormir ante sus padres.

Durante al menos una hora me dediqué a revivir el encuentro con la pareja, dándole a cada momento una excesiva importancia (típico de un ermitaño), recordando cada segundo como algo demasiado

trascendente.

Seguro que mientras yo me flagelaba en absurdos repasos de un pasado reciente sin sentido, la gordita y el barba se estaban revolcando en la cama, gozándose como perros sin ni siquiera tener presente mi ayuda.

Ni restos de mí habría en ellos.

Entonces recurrí a un método infalible, contar en forma regresiva de cien a uno, dejando una pausa de unos segundos entre cada conteo. Me costó, pero luego de cinco o seis cuentas de ese tipo, al final pude dormirme.

3 - LA INVITACIÓN

Al otro día me desperté y salí a orinar afuera. Siempre lo hago cuando estoy en un lugar con naturaleza. Se ve que mis vecinos aun dormían. De tanto mate hasta tarde me salía un orín claro y amarillo-verdoso que me agradó a la vista. Incluso el olor que subía me gustaba.

Entré, me lavé las manos y me hice unos huevos revueltos con café bien fuerte. Ya se me estaban agotando las provisiones, en cualquier momento tendría que bajar al pueblo. Me quedaba poca yerba, poca leche y nada de verdura. Tal vez compraría pescado si lo encontraba fresco. No sería una mala idea para la cena. Iba a tratar de no quedarme mucho en la cabaña ni en los alrededores para no intimar con los recién llegados.

Ese beso de ella tan extraño... Por un lado me había encendido en lo sensual, pero en lo mental me sofocaba. Me aterraba la gente atrevida en vacaciones. Me aterraba la gente. Las mujeres. Los hombres. Me aterraba ser manipulado. Suponía que ella me pretendía usarme para darle celos a él.

Necesitaba distanciarme y estaba dispuesto a hacerlo sin miramientos, a cortar cualquier pequeño vínculo vecindario de raíz.

Aunque al temor de ser invadido se le oponía mi curiosidad por saber algo acerca de ellos. Entonces, para evitar que mi cabeza empezara a trabajar más de lo aconsejado, decidí que tampoco sería una mala idea salir a trotar un poco.

En cinco minutos me cambié, corrí las cortinas y le puse llave a la cabaña. Brújula y linterna en mano me interné en el bosque. Me

sumergí con ansia creciente, con una suerte de ascética glotonería, por un sendero que me llevó a una hondonada. Encontré una parte no muy tupida y con poca turba. Igual empecé despacio para no tropezarme o darme un ramazo en la cabeza. Saltaba algún tronco caído o practicaba equilibrio. Solo donde veía un claro mayor me mandaba un pique. Luego de un cuarto de hora me detuve y me puse a hacer flexiones de brazos. Unas sesenta. Como tenia guantes de lana también boxeé un poco con las ramitas.

El ejercicio me llenaba de vida. Bosque. Soledad y un buen cansancio. ¿Qué más podía pedir? Hasta estaba limpiándome de mi ex ya del todo. ¿Qué representaba de pronto ella para mí? Ya nada. Nada importaba, ni el pasado ni sus estiletazos de odio. Pero para no sentir odio debía eliminar la melancolía, borrar de raíz cualquier duda de retorno.

Pocas veces tiene uno la oportunidad de estar en absoluta soledad. Es bueno saber ser feliz con poco. En silencio. Sin planes. No todo es futuro. No todo es diversión bulliciosa. No todo es hacer dinero. Ni siquiera ser útil o responsable por decreto de los demás. A veces la simpleza del no pensar y lo evasivo de la ensoñación son mejores que los mandatos socialmente correctos que nos impone el inconsciente colectivo desde sus abstractos no-lugares.

Estaba entrando a un estado de conciencia en el que ni la alegría ni la tristeza me alcanzaban. Una especie de limbo. No era felicidad, era paz. Incluso tuve la sensación de que hasta podía morirme en ese momento y que todo estaría bien. Pero eso duró poco. Enseguida me invadió un egoísmo visual al ponerme a hacer abdominales y mirar las copas de los árboles. Oscuras, afiladas, como deseando alcanzar el cielo, las ramas se movían con el viento, casi que danzaban solo para mí, mientras un águila de cabeza blanca sobrevolaba chillando quien sabe con que motivo. Tal vez su nido estaba en alguna de esas ramas y me había visto de repente.

Ese egoísmo, esa belleza visual, me inspiraba y me venían deseos de volver corriendo a escribir algún haiku o mi diario en inglés o volver con la cámara a hacer unos paneos bien envolventes, bien mirados, pero sin conciencia de encuadrar.

Sentí pena de mí. Mi libido pasaba por las inquietudes artísticas y por la naturaleza, y no por tener una hembra para hacer el amor, para coger. Como el macho de la gorda la tenía. No había ser más envidiado por mí que ese macho fibroso y alto. Esa envidia que bruscamente me invadió con sus ardientes contrastes, me dio deseos

de volver.

Se transformaba el bosque de pronto en algo hostil y patético, casi estúpido.

Me puse de pie y miré a los árboles cercanos uno por uno. Pedazos de madera verticales como zombis ahí parados durante decenas, cientos de miles de años para nada.

¡Inútiles!, les grité en silencio con el pensamiento, *¡hagan algo con sus vidas vacías!* Y enojado con mi propia naturaleza y con la que me circundaba, me volví casi sin darme cuenta a la cabaña.

En uno de los senderos había hongos. ¿Comestibles? Saqué uno y los puse en el bolsillo de mi buzo. Buscaría mas tarde por Internet o preguntaría en el pueblo.

Mientras me duchaba volví a sentir una inmensa tristeza. Parecía un personaje de Ernesto Sábato. Pero así me sentía. Solo cuando me enjaboné los testículos y sentí un principio de erección me distraje de esos abstractos pensamientos negativos. De pronto recordé el titulo de una película de Fassbinder: *La Angustia corroe el Alma*.

Para aniquilar por completo cualquier deseo de masturbarme, tomé una ducha bien fría y me sequé lo más rápido que pude. Si me volvía a tocar ya me había impuesto un auto castigo: cien flexiones de brazos en cinco minutos.

En la mesa me puse a escribir la lista de cosas que necesitaba. Estaba dispuesto a salir furtivamente al pueblo antes que ellos se despertasen. Ni medí el aceite para no hacer ruido con el capó, ni tampoco calenté el motor del auto. Puse arranque y salí.

Al bajar fui despacio, regulando en primera. Mas allá de que no había peligro de desbarrancar ni nada por el estilo; la bajada tenía un amable zigzag que al subir me había resultado exagerado. Traté de relajarme y de disfrutar del paisaje. Ver los cipreses y alerces al costado me hizo volver a sonreír en armonía. Y también recordé la película *El Resplandor*, que empieza con esa monumental toma aérea de los bosques. Hacía tiempo que no veía esa película. Anoté mentalmente que trataría de verla pronto.

En una de las curvas me crucé con un hombre que trotaba con capucha. Si bien no le había visto la cara en detalle para estar totalmente seguro, vi que el que corría era el flaco fibroso. Me hizo un saludo corto pero amable. ¡Y yo creyéndome un atleta! El tipo era

perfecto. Y joven. También indiferente y despreocupado.

Siempre envidié a la gente que parece no tener pensamientos.

Lo seguí escudriñando por el espejo retrovisor hasta que desapareció tras una curva. De pronto, la luz oscura que se vislumbraba entre los troncos de los árboles inundó mi ser en una imprecisa y malsana irrigación, lo que de pronto me hizo acelerar el ritmo cardíaco, dándome la conciencia irreversible de que toda mi vida había sido una insólita sucesión de pequeños fracasos.

Al llegar al pueblo estacioné en la periferia. Recorrería todo en un par de horas. Lo primero que hice fue meterme en una ferretería cuando vi que tenían un farol parecido a Fulgeo en la vidriera. Le pedí al dueño de verlo. Era casi igual pero de inferior calidad. Para disimular (disimular no sé que), compré unas velas.

A eso de las tres de la tarde me puse a preparar las velas.

Había traído unas piedras chatas y había dejado preparadas tres velas por si hacían falta en algún momento. Algún día Fulgeo estaría descompuesto o con pocas ganas de iluminar. O servirían para darle un descanso.

Cuando terminaba de poner la segunda vela, sentí que sonaba el teléfono. Era un número desconocido. Como no contesté, la persona que había llamado insistió con un mensaje. Lo abrí.

Hola, ¿cómo estás? Tus vecinos te invitan a un picnic en la cascada. ¿Sabés llegar? Macarena.

Su nombre me despertó remolinos de furia sensual... *Macarena*...

Le contesté.

Disculpame Macarena, pero tengo un sueño espantoso. No dormí en toda la noche. Gracias igual, ¡disfruten! F.

Jamás creí que ella contraatacaría. Su mensaje fue audaz pero sonó auténtico.

Enigmático F: hay dos tipos de personas, los que encuentran una excusa y los que encuentran un camino...

Estaba claro que no eran gente convencional. Pero al fin y al cabo, ¿lo era yo? ¿Alguien que veneraba faroles y otros objetos? De pronto

su mensaje me enardeció positivamente. Me resultaba una inyección de juventud.

Ya era otro y no quería dedicarme demasiado a la introspección personal para buscarme fallas y cosas pendientes que cambiar. Mis fobias daban vueltas alrededor como mosquitos. Y ella tenía razón: excusas, excusas y más excusas. Las excusas habían hecho de mi vida una penosa caída barranca abajo, un pozo negro sin final ni raíces desde donde aferrarme a una salida clara, a una luz en el horizonte.

¿Quién era Macarena que ya en una breve charla había detectado mis debilidades e intentaba arrancarlas de cuajo con osada simplicidad?

Decidí que le contestaría... algo... ¿pero qué?

Estuve pensando y pensando, mirando la pantalla del celular sin que nada se me ocurriese. Cuando de pronto vi por la ventana que a paso tranquilo ellos se alejaban en dirección al bosque. Los espié descaradamente, a lo vieja chusma.

Lucían naturales, serenos. Parecía que ya se habían sosegado luego de una noche en el ámbito natural que se les ofrecía. ¿Con sexo de por medio?

Celos. Celos de nuevo en mi vida. Y esta vez, celos totalmente inoperantes y ridículos.

Va fangulo, los tomo o los dejo, me dije.

¿Para qué envidiarlos más? ¿Para qué convertirlos en enemigos si ellos me ofrecían una mano amistosa? ¿Para qué sentir la hostilidad de su presencia cuando Macarena ya había detectado el infierno de mi soledad?

Decidí ir, ir por ellos, ir con ellos. O ir simplemente ir junto a ellos. Mi pensamiento venía siendo un cúmulo de necias abstracciones que no podría derrotar sino con la sencillez del puro movimiento.

Sabía donde era la cascada, estaba a unos doscientos metros. Había pasado fugazmente una mañana con la promesa de volver de noche con mi querido farol y la EOS para filmar.

¡Acción!

Miré a Fulgeo con cierta culpa y salí con una mochila donde solo

llevaba agua, el celular y algunas frutas que cargué de apuro -no exento de mi habitual torpeza.

Al llegar me sorprendí agradablemente: Macarena tenia puesta una diminuta bikini roja y me sonreía con atrevida y sensual naturalidad. Había hecho bien en ir, pero mi corazón se había convertido en un pájaro salvaje enjaulado.

La vi sentada y me di cuenta de que era una hermosa mujer. Sus rollitos sobresalían; era gordita, no cabía duda, pero tenía esa adorable tranquilidad y esa sonrisa que convertían a su sobrepeso en un plus en vez de una contra.

Era como un insolente cargamento extra de carne que le daba personalidad por su conveniente desparpajo al llevarlo. Nadie podía darse el lujo de despreciar ese amable y generoso exceso de material humano, y menos yo, en épocas de tanta mezquindad y avaricia, de tanta dictatorial moda anoréxica. Macarena sabía "vender" sus formas, matizando todo con esa fulgurante luminosidad en su rostro.

¿Y qué decir de sus pechos? Sus pechos eran estupendos, grandes pero turgentes. Llenos de gloria sin haber ganado ninguna guerra mas que la del espacio que ocupaban en el eterno presente. Imponían un mudo respeto. Al observarlos de reojo, fingiendo peinarme, me acordé enseguida de aquella escena de la película *Amarcord* de Fellini, cuando en la sala de cine... (mejor sigamos, quiero concentrarme solo en Macarena.)

Había una evidente desarmonía en su cuerpo que de todas formas me atraía mas que una conejita de Playboy. Al ponerse de pie noté que sus piernas eran finas, delgadas en comparación con el cuerpo, como si alguien hubiese hecho una broma con el Photoshop poniendo el torso de una persona sobre las piernas de otra. Estaba todo más que bien igual.

En cambio él, que era perfecto como físico, era frío y distante emocionalmente. Aunque ya poco me importaba su amistad o enemistad. Mi norte era Macarena. Macarena era la sensación de la cortina impensada que en un momento de la vida aparece para ser descorrida y permitirse el asomo y el asombro.

Mientras ella se ponía de pie hice un gesto insinuando que no tenía porqué recibirme. Era necesario ser sobrio en las apariencias: no podía olvidar que la gordita de mis pensamientos ya tenía flor de macho. Yo era un cero a la izquierda y todo iba a ser vivido nada más que por mi

fecunda imaginación.

Y así me puse a dibujar mentalmente un poema, con una extraña aceleración, como si estuviese por morir y viese una película en cámara rápida. Era un poema en prosa que decía mas o menos así:

Amor mío: la norma que se descompone en mí ante tu razón es como un mantra sostenido de fusiones. Tu carne suave recibe mis latigazos impostados de ayeres insoportables, y poco importa si los delgados sostenes de tu circo ambulante tienen domador: yo banco la parada. Yo, el que se ilumina con amigos inmóviles y habla con los plásticos, los metales y los ciervos, declaro ser tu amado en la impronta insostenible, en el inseguro andar bohemio, en el subdesarrollo estentóreo del alba. Nada se desacomoda si todos bebemos del cántaro eternamente fugaz. Yo con locura te declaro inconmensurable y tersa como el desierto en la fotografía de un museo no curado, sin visiones de extraños contaminando la hacienda del devenir. Dulce cielo, acepta mi telepático sostén de vida, y estaré por siempre, como siempre, desde siempre, Macarena amada... a tus pies.

-¿Cómo estás? Espero que hayas amanecido bien -dijo ella animosa, mientras Boris se miraba la palma de una mano.

-Sí, bien, todo bien -respondí apurado, tratando de recuperar mi ser social luego del monólogo interior poético que me había desprendido casi de la tierra.

-¿Qué día hermoso, no? Perdoná que te haya invadido la privacidad invitándote tan de golpe, pero pensaba que siendo tan pocos…

-Al contrario. El intruso soy yo, chicos -dije, odiándome enseguida por hablar en plural.

-Nooo, ningún intruso. ¡Olvidate! No te preocupes.

Que ambiguas eran sus palabras. ¿Olvidarme de qué? ¿De ella, de su magia?

No, corazón, ya estás totalmente dentro de mí como un instantáneo veneno salvaje, pensé, clavándole la vista.

La conversación fue algo incómoda al principio, porque yo estaba aun preso de mi ser social y Boris no se levantaba ni me había hecho una seña con la mano. Ahora fingía leer un libro. Me ponía nervioso

Macarena preguntó, abierta y sincera.

-¿Hay algo especial que viniste a buscar? ¿Tranquilidad, meditación, diversión?

Que divina. Si bien su pregunta era risible, casi convencional, el tono en que me lo preguntó fue el de una semidiosa. Además, sus pechos poderosamente autoritarios, convocaban con entusiasmo hasta el aplauso de las hojas y las ramas de los árboles. Toda la satisfacción de su sonrisa era indirectamente proporcional a la dejadez y el abandono de su pareja.

Traté de sonar polite y civilizado, y hasta canchero.

-Mirá, te cuento, en realidad no vine a buscar nada. Vine a tomar un break de una relación que ya terminó -dije sorprendiéndome a mí mismo por mi tono confesional.

Macarena abrió la boca grande, tal si hubiese obtenido un precioso bocado, una data sincera y alimenticia para su avidez de información. Como si yo le hubiese servido el plato del día muy rápido, casi una cachetada de sinceridad volcada en sus oídos con un dejo distraído.

-Ah, bien -dijo, haciéndose la indiferente-… ¿Por qué no te sentás? Acá hay un buen lugar. Y estoy cebando el mejor mate del mundo, ja.

-Son del mate, que bueno -dije tratando de sonar simple y amigable.

Ella sonrió, pícara y cómplice y mostró sus dientes blancos como perlas.

-Solo yo soy matera. Hay gente que no puede ni quiere entrar en la cultura nacional -dijo señalándolo a Boris con un cabeceo, de pronto poniéndose seria en un rictus de fastidio, como si hubiesen estado discutiendo antes por algo.

-¿Qué, es extranjero? -pregunté arrepintiéndome al instante de mi osadía.

-Si, obvio: Ucraniano. Es entrenador de boxeo y de artes marciales mixtas. De mucho nivel. Nos conocimos por Internet hace un año y nos vemos cada tanto. Él se toma el avión y viene cuando puede. Ahora estuvo en un show de MMA en Río de Janeiro. Te darás cuenta lo poco sociable... Entre nosotros solo hablamos en inglés. Cuando hablamos, ja.

-¿No entiende nada de castellano?

-Entre nos: sólo la palabra boludo, jajaja...

Hice fuerza para no reírme. Boris había levantado un poco la ceja izquierda y apretado los labios, pero en verdad no daba acuso de recibo de nada. Me envalentoné y preparé la pregunta del millón.

-¿Che, son novios? -pregunté en voz muy baja y tono afectadamente cómplice.

-¡Qué chusmeeetaaa! Bueno, somos lo que podemos ser dadas las circunstancias -contestó Macarena a desgano, mirando hacia otro lado mientras me pasaba un mate. ¿Mi pregunta había sido muy directa o algo de Boris la incomodaba?

Sentí que no podía hacer nada para ganar a Maca. Boris me molería a palos de todas maneras. No importaba si yo era rico, pobre o joven o viejo, inteligente o estúpido. La inmediata solidez de su cuerpo, su juventud, su indiferencia y sus aptitudes para la lucha, estaban a años luz de mi cinturón amarillo de taekwondo infantil y eran una barrera infranqueable entre Macarena y mis delirantes aspiraciones.

Como ya no tenía nada que perder y el Ucraniano no me entendería demasiado, me hice un poco el poeta.

-Les deseo lo mejor, Macarena, de onda, de corazón. Creo que se complementan bien la dureza y la ternura. Solo lamento no haber yo nacido en algún país del este, o no haber continuado con mis estudios de artes marciales.

Macarena se quedó unos segundos en silencio y luego acarició unas florcitas blancas que había por todos lados.

-Que divino, gracias. Percibo que sos tan profundo y pensativo como Boris, pero más cariñoso. Noté desde el primer momento algo en vos que me enternece… Disculpáme que te diga lo que te voy a decir -hizo una pausa esperando aprobación-… Te noto tan solo en la vida que… me dan ganas de...

De pronto los ojos de Macarena se inyectaron en sangre, rojos a puntos de estallar en lágrimas. Me había sorprendido, me desarmaba y me contagiaba su emoción. Pero traté de pensar en algo rápido para evitar un momento inadecuado delante de Boris.

-Yo estoy pasando por una etapa que tengo que pasar, no te preocupes, olvidáte -dije copiándole la palabra-; mejor no emocionarse por un desconocido. Es tan lindo el día que dan ganas de zambullirse,

¿no? -rematé, señalando la cascada.

Macarena me miró sonriendo boquiabierta, extasiada. Una comisura de saliva brillaba en sus labios.

Si no hubiese estado Boris la hubiese besado, sólo que no podía arriesgarme a una paliza tan pronto. Más prudente, en todo caso, intentar seducirla después de hacer algo mas "fuerte", como declarármele metafóricamente por el celular con un mensajito.

Boris seguía ahí con su libro. Me seguía poniendo un poco nervioso, pero ya me estaba acostumbrando, y el fondo se lo agradecía.

-Tenés razón, tenés mucha razón -dijo Macarena, y se levantó. Ya indiferente a mí y abstraída de su fugaz emotividad, le extendió la mano a Boris y se lo llevó hasta el borde de la laguna. Era un acantilado de unos dos o tres metros, como el trampolín natural de una pileta.

Se miraron y se arrojaron de la mano, gritando como chicos. De repente todo lo charlado conmigo se había desvanecido como mi persona no existiese para ella y mucho menos para Boris, como si yo estuviese mirando la escena de amor de su película e interactuase cada tanto con ellos. Igual que en *La Rosa Púrpura del Cairo.*

Desde el agua Maca gritó algo que no entendí y me hizo señas para que me reuniese con ellos. Sabía que si tardaba dos o tres segundos más no lo haría, así que sin dudarlo me saqué la ropa y me tiré. Me di cuenta, mientras lo hacía, que me estaba tirando al agua en slip. Rojo para peor.

Por un rato largo todo transcurrió entre risas, zambullidas y gritos. El agua nos había hecho entrar rápidamente en confianza, hasta Boris parecía mas suelto. A la media hora estábamos todos tomando sol, de panza en la roca. Boris era el único que se había traído una colcha. Me extrañaba que fuera tan egoísta, tan poco caballero, y que Maca lo permitiese.

-¿Vos tienes una cammarra? -me preguntó de pronto, a boca de jarro.

-Sí -contesté-. Tengo una cámara.

El Ucraniano se quedó pensativo, como si no le llegara agua al tanque.

Macarena me miró y preparó una sonrisa dulce aunque un poco actuada. Enseguida me di cuenta que pediría algo por su hombre. Acerté.

-Además de extranjero que no domina mucho el idioma, es tímido. Supongo que quiere que lo filmes haciendo algunos ejercicios.

-Ah, que bien. Sí, sí, claro... No hay ningún tipo de problema -dije, exagerando un poco la efusividad. Y afectando una diligente incorporación, me despedí con un infantil ademán. La verdad no me entusiasmaba demasiado la idea, pero no podía negarme, y así resultaba artificial en mis modos.

-¡Ya vuelvo con la cámara, ya estoy con ustedes! -grité.

-Y si hay lugar, un poco de video para la profe de yoga... -dijo Macarena señalándose a sí misma, mientras yo me alejaba.

-Claro, seguro, ¡tengo mucho espacio en la cámara!

Mientras iba caminando pensé en el doble sentido que podría haber creado involuntariamente entre la obesidad de Macarena y el espacio de mi cámara. ¿Tal vez ella creería que había sido un chiste? Rogué que no.

La idea de filmarla a Macarena en posiciones de yoga me había excitado. Ni siquiera me importaba que Boris se enojara y me rompiera la cara. Lo que me estaba pasando era muy fuerte. Asumiría riesgos, igual que los asumía cuando hacía esos balances sospechosos para empresas fantasmas.

Al entrar a mi cabaña tuve deseos de orinar. Me costó porque me había venido una buena erección al darme manija con mis pensamientos imaginando a Macarena cogiendo con Boris y yo filmando. Hice un amago de masturbación, pero la corté y me lavé con agua bien fría. Tardaría de más y ellos se darían cuenta. Además volvería agotado.

Me pareció escuchar de nuevo risas, gritos, pero al volver a la cascada me daría cuenta que solo se trataba de lo segundo.

Gritos.

Con el tiempo pensaría por qué no tomé más precauciones, por qué no me detuve a escuchar. De tal manera hubiese visto lo que pasaba en la cascada, hubiese visto sin que los tipos me viesen a mí y habría

podido ir corriendo hacia el coche y luego rajar al pueblo para hacer la denuncia.

Pero ahora calculo que mi excitación, tanto física como emocional, me jugaba una mala pasada. La curiosidad por verla a Macarena arqueando la espalda, levantando su cola haciendo la cobra de yoga y apuntando sensualmente a la lente de mi cámara, me impedía pensar con raciocinio. Y, fatalmente, me impedía interpretar que el grito aquél podía no ser de alegría ni de juego. Ni siquiera de discusión entre ambos.

Pero nunca nada me hizo imaginar, ni delirando, lo que iba a ocurrir a continuación. Mejor dicho, lo que ya estaba ocurriendo.

4 - LO INESPERADO

Cuando llegué, había dos tipos apuntándolos con armas. Uno, grandote, de pelo largo atado con coleta y barba de tres días, le retorcía la mano a Macarena y le ponía el caño en la cabeza. La pobre estaba con el corpiño corrido y mostraba una de sus enormes tetas al aire.

El otro tipo, rapado, flaco, pequeño, casi un gurrumín, lo había hecho poner de rodillas a Boris con las manos en la nuca. Eran gente de unos cuarenta, cuarenta y cinco años y tenían unos fierros grandes, escopetas recortadas tipo Itaka. Los dos estaban bien vestidos, con pantalón negro y camisa blanca, como si se hubiesen sacado la corbata y el traje al salir de la oficina.

-Tranquilo, acá viene... acá viene... -dijo Macarena con la respiración entrecortada, mirando desesperadamente hacia donde estaba yo y señalándome. Tenía los ojos muy abiertos por el pánico lógico que debía sentir.

El tipo que la apuntaba, el grandote de la coleta, se dio vuelta bruscamente y me miró con una sonrisa horrible, mezcla de codicia y brutalidad.

Se ve que me quieren robar la cámara, recuerdo que pensé. *Que bueno que no tengo a Fulgeo acá... se va a salvar...*

Las cosas que uno piensa en momentos así son increíbles. Ahora que estoy curado de todas mis manías y fobias puedo ver con claridad lo mal que estaba yo del coco.

Me daba un poco de bronca que Macarena me señalase, ¿pero qué

otra cosa podía hacer? No se le podía pedir jugarla de héroe, que se arriesgase por mí, tratándose de tamaños delincuentes.

¿Serían narcos, piratas del asfalto? No eran lumpenaje, aunque parecían tipos duros de arrear con facilidad. Bien vestidos pero peligrosos.

-¿Hay alguien más en las cabañas? -me preguntó el que se ocupaba de Boris, que era más normal y serio en apariencia. Parecía un jockey por su tamaño. El de la sonrisa carnicera parecía eso mismo: un carnicero, un carnicero del conurbano bonaerense que ha hecho plata y se vistió bien para sacar a pasear a la esposa un domingo.

-No -dije, ninguneándolo a Fulgeo, a quien yo consideraba un ser. Un ser de luz-. Tranquilos, no hay nadie más.

Traté de lucir colaboracionista en el tono, de hacerme el humano con ellos de entrada. Sabía -lo intuí de movida- que eran unos psicópatas hijos de puta, que no venían solo por la plata.

-Dejá la cámara en el piso, vos, puto -me dijo el carnicero, sin mucho esfuerzo en el tono.

Hice lo que me pedía. Vi al Ucraniano: estaba de espaldas apoyado en un árbol. El jockey-pelado lo apuntaba a un par de metros de distancia, a veces a él y a veces a mí o a Macarena. Se turnaba para hacernos entender que estaba alerta.

No parecían excesivamente nerviosos, como si disfrutasen del momento, especialmente el carnicero, pero sí estaban muy atentos a nuestros movimientos.

-Ah, es una buena cámara, lindo chiche -dijo el carnicero.

-Flor de cámara -dijo el jockey. Es nuestro día de suerte.

-Bueno, Marcelingui, llévatela a la gorda y traete la guita que haya -señaló el carnicero en dirección a las cabañas. Estaba claro que conocían bien el lugar. Tal vez ya habían hecho lo mismo otras veces.

-¿Me tomo mi tiempo? -preguntó Marcelingui, entre excitado y dubitativo.

-Ooobvio, varón. Pero no te distraigas mucho rato -dijo el carnicero, y sonrió otra vez de esa manera tan estúpida y cruel. Se ve que era la única sonrisa que tenía. Monocorde y miserable gesto que denotaba

una personalidad absolutamente obtusa, sin matices, propia de alguien que no ha recibido educación sino solo abusos y malos ejemplos.

Se había levantado un viento que hacía que los árboles del bosque cimbraran. Bandadas de pájaros surcaban un cielo que se estaba ennegreciendo.

-Igual no te encapriches si la cosa no camina -agregó el carnicero-. Además, fijate... -señaló hacia arriba-. No me quiero cagar mojando como la otra vez.

Cuando Marcelingui se la llevó a Macarena, me compadecí en silencio. Inminente violación y encima la llamaban gorda en voz alta. Pobre Maca, tan coqueta, se iba cabizbaja y resignada. Ya era otra persona. Aun antes de que le hubiese ocurrido algo.

Lo que más detesté fue que Marcelingui, en vez de llevarla adelante apuntándola con el arma, se la llevaba de la mano tipo novia.

Cuando se alejaban, vi que Boris me hacía un revoleo de ojos. Claro, pobre, estaba desesperado. Pero no supe bien qué me quería decir, y no lo sabré nunca. Tal vez me quería indicar que intentáramos sacarles la escopetas, pero yo no tuve más que resignación de esperar a ver de que manera se irían desarrollando los acontecimientos.

Jamás se me cruzaría la idea de reaccionar con un arma apuntándome. El agujero negro del caño que por momentos me apuntaba a la cabeza desde unos tres o cuatro metros me hacía desistir. Se ve que algo de mi rumiar percibió el carnicero, ya que me miró torciendo la cabeza y me dijo:

-Che, vos, tomá, ponéle esto al quia -y me arrojó algo que había sacado de un bolsillo de su camisa. Era un precinto de plástico negro. Luego cabeceó en dirección al novio de Maca.

Pretendía que precintase a Boris. Y a mí no me quedaba otra alternativa que hacerlo. Estábamos perdidos con el mejor hombre nuestro inmovilizado.

Al acercarme, el Ucraniano me miró con los ojos vidriosos de furia e impotencia. Yo creo que estaba a punto de llorar. Pensé, para qué tantos años de artes marciales, ahora le iban a follar a la mina, robarse toda la guita y tal vez los equipajes de los tres. Con Fulgeo incluido.

Lo que nos estaba pasando era una verdadera mierda. No una película de mierda. Era tan real como mis palpitaciones.

Estos tipos no lucían demasiado profesionales ni prácticos, pero su morosidad los hacía parecer muy sádicos. Tenían algo estereotipado en sus maneras. Era como si hubiesen visto muchas películas policiales berretas, donde los villanos, a más siniestros, más celebrados por el público. O tal vez se influían por esos documentales televisivos, donde los delincuentes hablan con una capucha y la voz sale como con una papa en la boca, mientras el periodista los comprende y los trata poco menos que como a héroes.

Ellos jugaban con el temor del inconsciente colectivo hacia esos comportamientos tan elementales y crueles; y no les importaba ser ellos mismos -tener con orgullo una personalidad propia- sino que se imbuían en esos clichés mediáticos con total desparpajo.

-Perdoname: Sorry, man -le dije a Boris palmeándole el hombro antes de amarrarle las muñecas con el precinto. Me miró tan feo que pensé me golpearía, pero luego, resignado, bajó la vista habilitándome a que procediese.

Habían pasado unos diez, quince minutos, y Maca y Marcelingui no volvían. Mientras tanto, el carnicero nos contaba algunos chistes espantosos en un tono rueda de amigos. Además, nos pedía que no nos preocupásemos. Decía, entre risas, que a ellos sólo les gustaba "joder un poco cada tanto", que no eran malos tipos y que en situaciones como esas era preferible quedarse con los pantalones caídos y el culo roto pero salir con vida y seguir adelante.

Un filósofo el hombre.

Ucrania no cazaba un carajo de lo que nos boqueaba el carnicero. Además, a medida que el turro se embalaba hablando, metía slang carcelario a lo pavote, tanto que hasta a mí mismo me costaba entender el sentido de algunas de sus palabras.

-¿Y vos gil, que onda, que bondi te tomás? -me preguntó con esa curiosidad vulgar y aburrida de un delincuente que espera a otro delincuente.

Traté de no mirarlo como al descerebrado que era y le sonreí amablemente, simulando calma interior e interés genuino por conversar, aunque la voz temblorosa me delataba.

-Mirá, yo ahora no estoy en nada prácticamente. Soy un desocupado más, ¿sabés? Pero, bueno, antes yo…

-¡Pará, pará! Ya sé, no me digas. Dejame adivinar… -me

interrumpió, estúpidamente divertido.

-Todo bien -dije.

-¿Vos no eras concejal? Yo creo que te vi una vez en un acto de Scioli en Ciudad Evita. Estabas careteándola. Era una entrega de viviendas, unos ranchos de mierda sin terminar ¿Puede ser?

-No, no, concejal no fui nunca -me apuré a decir-. Yo era...

-¿Diputado?

-No, no... yo soy…

-¡Pará! ¡Callate, pelotudo! Te dije que quería adivinar, ¿no entendés?

-Ok.

-¿Eras abogado?

El hecho de que hablara en pasado de algo imperecedero como una profesión, me espantó. Parecía que para su violenta naturaleza yo ya no existiese.

-No, abogado tampoco.

-¿No? ¿Entonces que mierda eras, pelotudo, bailarina de *Pasión de Sábado*? Jajajaja...

-No, nooo, de esa profesión paso, de esa paso... -fingí divertirme pacientemente, como si me estuviese bancando un chiste de taller mecánico. Y envidié de nuevo a Boris, que al menos estaba en otro mundo y no se veía obligado a interactuar con ese ganso margineta de mierda.

-Ay-ayay-ayaay... Será de dios, ¡qué hijo de puta, cómo me haces cagar de risa, chabón! -soltó el carnicero, tomándose el estómago con la mano izquierda, mientras con la derecha me apuntaba ya sin demasiada precisión, hacia ninguna parte en especial de mi cuerpo.

No sé realmente que lo hacía reír tanto. Era imprevisible y ciertamente histérico su comportamiento, aunque disfrazado de machismo. Me aterraba estar en manos de gente tan ignorante y border.

El tipo se parecía a alguien famoso en la forma de hablar, pero no

me podía acordar a quién. Con la tensión que estaba viviendo no podía darme cuenta.

Sentí que mis fobias se iban, que ya no me importaba ni Fulgeo, ni el orden, ni mi pensamiento obsesivo y retorcido acerca de las cosas. Solo aspiraba a salvar mi vida.

-Che, bailarina, ¿y éste? ¿Quién es este pescado? -señaló con el arma al Úcraniano que estaba con la cabeza mirando al piso y cada tanto escupía hacia delante.

Antes de darme tiempo a decir algo, agregó:

-Es medio opa el chabón, ¿no? Medio bobo...

No me pareció una buena idea criticar a Boris solo para darle la razón al carnicero. Imaginé que era una trampa que me tendía para después acusarme de traidor o alcahuete. Entonces decidí parecer neutro, razonable y civilizado en mi respuesta. Si me comportaba de una manera correcta, tal vez lo hacía reflexionar y conseguía menguarle el acelere y la locura al menos por un rato.

-No, no es que sea bobo: es extranjero. Es buen tipo. Hace poco que llegó, por eso no se comunica demasiado. ¿Te puedo contar a qué se dedica? -dije, sonando al final estilo llamada telefónica automática de político en campaña.

Fue para peor. Mi verborragia lo había enardecido. Sus ojos de pronto parecían largar chispas de furia.

-Ah, extranjero. Mirá vos. ¿Sabés que yo tengo un hermano que los yanquis sacaron a patadas de Texas en el 2001? Lo deportaron y el sólo quería laburar de mecánico en la General Motors. El sueño del pibe. Ahora está en Devoto por homicidio calificado culpa de los extranjeros. Flor de hijos de puta los extranjeros -se le ponía muy ronca la voz-. Se vienen a cogernos las pibas. Nos sacaron las Malvinas y nos hicieron mierda el país con los créditos del fondo internacional. ¡Flooor de hijos de puta!... ¡Tómatelaaa, extranjero!

Hablaba como si de pronto le preocupase el tema social y político. Como si fuese un panelista de televisión, o un sindicalista que se ha desaforado en el calor de un debate sin demasiadas ideas.

Intenté explicarle que Boris no era yanqui, pero no me escuchó. Su ira era real porque tenía las mejillas rojas. Era un loco, una escoria, un pobre tipo que me espantaba de miedo. A medida que pasaban los

minutos me daba cuenta más del peligro real que corríamos si nadie nos auxiliaba pronto.

Con cierto alivio, aunque con incertidumbre, vi a Macarena y Marcelingui acercándose. Esta vez no venían de la mano. Maca iba adelante como una prisionera.

Pobre chica, pensé pomposamente, *qué Dios no la abandone, que la proteja hasta el final.*

Al verla más de cerca noté que estaba muy despeinada y con algunas marcas y rasguños en los brazos. La expresión del rostro agotada y triste. No quise mirar más. Una sensación de náuseas me revolvía el estómago.

-¿Y amiguito, todo bien? -le preguntó el carnicero a Marcelingui, con su sonrisa tan particular y su voz de trueno.

-Shí, shí, rescaté lo que había. Bastante poca guita estos ratas... pero no había más, le di vuelta todo de una, amigo. No había más nada, ¿me entendés?

-Bueno, Marce, que va a ser, mala leche.. Pero no te hagás el boludo conmigo, amigo. ¿Pasó algo o no pasó nada?

Marcelingui miró el suelo, igual a un niño que ha cometido una falta.

-Nah, nah, no paso nada.

-¿No pasó nada?

-No, amigo.

-¿Ni se te paró, boló?

-No, boló, un poco, pero no cogí. Me hablaba mucho la gorda. Me hacía poner nervioso con sicología. Me predicaba. Me quería hacer rescatar la guacha, ¿me entendés?... ¿Che, vamono a la mierda, boló?

El carnicero meditó unos segundos, como un médico analizando un diagnóstico. Y luego reaccionó, revoleando el arma efusivamente.

-¿A ver, quién es el macho de la gorda? ¿Quién es el machito de la gorda acá, eeehhh? Que levante la mano el que es el macho de la gorda, vamo, vaaamooo...

Como yo sabía que Boris no entendía o se hacía el que no entendía, la miré a Macarena. Maca me miró e hizo un gesto con la vista que no capté y con los labios tal vez un *shhh*, pero no estuve muy seguro de nada.

-¿Quién es el macho de la gorda, vos? -me miró- Dale putoooo... Aguantaaá...

-No, no soy yo. Es él -dije señalando a Boris. Mentir, a esa altura del partido, no era demasiado conveniente. Además, quien podía estar en el cerebro enfermo de esas dos lacras-. Él es el novio.

-Bueno desátalo, baila -ordenó secamente. Sacó un alicate de su pantalón y me lo arrojó. Pasaba a ser de bailarina a baila, lo que aunque ahora resulte increíble ahí me pareció menos ofensivo.

Era muy pequeño el alicate y no pude cortar el precinto. Intenté con la lima pero tampoco le hice mella. El carnicero ahora hablaba algo con el jockey y dejaba de hostigarme por un momento.

Escuché que Marcelingui le decía algo así cómo *es el más polenta, déjalo atado*, seguramente refiriéndose al físico trabajado de Boris. No eran tontos: estaba claro que Boris desatado representaba más peligro para ellos que yo. Entonces no intenté cortar nada más, pero hice el acting, simulé que lo intentaba para no hacer enojar eventualmente al carnicero.

-A ver, pará un cacho, bailarina. ¡Pará, pará, no lo cortés! -me gritó el carnicero, haciéndome una imperativa y a la vez displicente seña de stop con la mano. Macarena permanecía inmóvil de pie, temblando.

De pronto los tipos sonreían. Algo tramaban. Algo había cambiado. Se estaban relajando, divirtiendo. Miré las armas. Las tenían como siempre bien aferradas. Y cada vez me desaparecía más la idea de arrebatárselas. Si yo ni siquiera sabía disparar. Boris estaba en un estado que no supe leer si era de relajación o de mareo. Ya tampoco podía esperar nada de él; por más que lo liberara, no podíamos comunicarnos ni en lo más básico. Era duro de entender y en un estado de nervios era imposible.

Como yo seguía en cuclillas al lado de Boris, el carnicero volvió a gritar.

-¡Paraaaá, te dije que parés! ¿No entendés, boludo?

No supe que hacer ni me animé a preguntar nada, y para no irritarlo

me fui poniendo lentamente de pie, dando a entender que no tenía intenciones de hacerme el vivo.

Ahora el jockey se concentraba en apuntarme mientras el carnicero corría hasta mí. Era bastante torpe y espasmódico en sus formas. Me quitó el alicate tan fuerte que se le cayó al piso. Enseguida me hizo levantarlo y dárselo nuevamente.

Un trueno hizo por un momento paralizar las acciones y los pensamientos, pero a la vez fue un contrapunto que de pronto aceleró todo.

-Mejor vamos a jugar un poquito, che, vamos a hacer un cambio de pareja.

-Bailarina, dame la cámara. Decime como carajo es que se usa la gilada ésta. Cortita y al pie, ¿eh? No me chamuyés al pedo.

Brevemente le expliqué lo básico del funcionamiento de la cámara. Luego me ordenó que lo llevara a Boris unos metros bosque adentro, hasta un gran tronco viejo caído y que lo hiciera sentar ahí. Como Boris seguía con las muñecas atadas en la espalda, simplemente lo abracé para guiarlo y él no opuso resistencia.

Probablemente pensó que lo fusilarían, ya que su mirada era amarga y abandonada de toda expresión de vitalidad. Solo Macarena y yo suponíamos la situación que se avecinaba.

No me atreví a mirarla de frente, aunque de súbito comencé a tener humedad en la punta de mi miembro, lo que de a poco se fue transformando en una semi-erección. Para no sentir culpa, me justifiqué pensando en la autonomía biológica del cuerpo sobre la mente.

-Vení chabón, vení bailarina, paráte acá. A ver, gordita, bésalo al chabón. Besálo como si fuera tu novio. ¿A tu novio lo querés mucho, no, nena? Bueno, ahora tu novio es este chabón.

Cuando Macarena se me acercó me sonrió sin ganas, como una marioneta manipulada. La miré de la forma más transparente que pude, como un beato o como un hermano. Intentaba decirle que pasase lo que pasase, lo que nos hicieran hacer era algo transitorio, una actuación, una manera de salir vivos o al menos de alargar la vida por un rato.

Intuí, por su mirada y por un leve suspiro, que ella también lo

empezaba a comprender. Luego me tomó de los hombros, abrió apenas los labios y se los humedeció ligeramente con la lengua. Entonces, sin mirar a Boris recostado en el tronco, me empezó a besar con un pudor casi adolescente.

El hijo de mil putas del carnicero ya nos filmaba. Hacía que entráramos en cuadro nosotros dos besándonos y al costado del plano, más al fondo, dejaba que entrase Boris con toda su impotencia y su desolación. El jockey nos apuntaba con su arma, apostado estilo comando, enfático y con las piernas bien abiertas.

-Che, un poquito más de acción, no pasa naranja en esta telenovela, jaja -dijo el carnicero, pretendiendo guiarnos a lo director de cine serie Z o porno.

Me indignaba que fuese tan grasa. Siempre he reaccionado en la vida a los atentados estéticos más que a los éticos. Auto convenciéndome de que tenía que demostrar un poco de coraje ante Macarena, busqué liberarme de mi cobardía y de mi represión.

-¡Basta, loco, basta!. ¿Por qué no se llevan todo y se van de una vez? -dije, con una enfurecida solvencia que me sorprendió hasta a mí mismo-. Llévense mi auto, mi cámara, lo que quieran, pero dejen tranquila a esta chica, ¡déjenla en paz, viejo!

Por un instante enmudecieron. Tal vez si me plantaba ahí nomás ellos hubiesen reflexionado, pero me mandé una de más.

-Aparte, ¿no se dan cuenta que va a llover? Va a llover y va a ser peor para ustedes también... para todos va a ser peor.

Demasiado paternalista y poco creíble.

-¿Te das cuenta, Marcelingui? ¡Nos tocó un actor trolo en nuestra película!

Finalmente recordé a quién me hacía acordar el carnicero en su tonada: al cómico Jorge Corona. Pero ese detalle ya carecía de total importancia.

-¡Trolaaazo! -chilló con voz gangosa.

El jockey lo miró al carnicero y asintió varias veces sin sonreír. Seguro sabía que su socio estaba enojándose y que el tono jocoso era una fachada, una forma de ir pensando como volver a tomar el control luego de mi exabrupto, que si bien no los había asustado los había

sorprendido.

Por eso, Marcelingui, más papista que el papa, dio un rodeo a mis espaldas y accionó.

Sentí el culatazo en la nuca y el insulto a mi madre. Por suerte no me dio de lleno. Supongo que se le debe haber resbalado la culata, sino me hubiese desmayado.

-¿Te queda claro ahora quien manda, bailarina trola? -dijo el carnicero, ya más sosegado, orgulloso de la violenta y decidida banca de su compañero.

La intención del jockey había sido la de pegarme más fuerte: lo advertí en su expresión de rabia y sus ojos desorbitados cuando se me puso de nuevo adelante y me volvió a apuntar.

Lo extraño era que el energúmeno me apuntaba directamente a los testículos. Y de seguro, si se le disparaba una de esas postas, yo era futuro castrati del elenco estable del Teatro Colón. Eso intimidaba más que la misma muerte.

Macarena me abrazó para protegerme y luego me besó apasionadamente en los labios.

-Son unos perversos, hagámosle caso o nos matan en serio -me dijo al oído. Temblaba como una hoja.

El carnicero se daba cuenta de que cuchicheábamos, pero supongo que lo tomaba como parte de la seducción que él quería para la película.

-Acariciáme los pechos. Dame placer -me pidió Macarena dulcemente.

Le hice caso, tratando de abstraerme de los tipos que teníamos al lado, incluso de Boris. Era la única manera de salir adelante.

De reojo, noté que Marcelingui se frotaba la bragueta. *Ojalá todo fuese una actuación para una obra de teatro*, pensé.

-No te quedes, besáme. Besáme como si yo fuese tu novia, y vos mi macho. ¿O no te gusto para nada?

Me llamó la atención que Macarena repitiese lo mismo que el carnicero, lo de "macho".

Ahora sí Boris se había notificado de la situación en todo su real sentido, y rojo de ira bufaba y pataleaba el piso. Supuse que más contra ellos que contra mí. O contra todos, contra el universo entero.

Entonces, Marcelingui dejó de frotarse por un instante, e indignado, como si todo lo desconcentrara y atentase contra su morbosidad, le pegó una tremenda patada en el costado. Boris emitió un grito ahogado, casi un quejido, y luego pareció empezar a tener convulsiones. Y así como estaba, el bestia del carnicero se acercó y le pegó un puntinazo en la boca que le partió el labio y de seguro le bajó un par de dientes. La sangre le brotaba a borbotones junto con la saliva y el vómito al Ucraniano, formando una extraña pasta de color entre naranja y rosa.

Pero no se le escuchó protestar, ni quejarse, ni pedir clemencia.

Macarena dejaba caer sin solución de continuidad, una atrás de la otra sus gruesas lágrimas, que al besarnos se mezclaban con nuestra saliva. Eran lágrimas saladas al gusto pero dulces a la vista.

-Juguemos en el bosqueee, mientras el lobo no estaaá, jaja -se burló el carnicero, mirando a Boris fuera de combate-. Yanqui go home, vietnamita contento, jajaja...

Sus disparates esta vez no hacían reír a Marcelingui, quien estaba empecinado en tener su ansiada erección.

-Hay que hacer que se le pare, ¿entendés? -dijo Macarena mientras me tomaba de las manos.

-¿Es solo por eso? ¿Somos solo dos cobayos? -pregunté con tono aniñado.

-No, tonto. También es por nosotros mismos -dijo, ambiguamente, y me empezó a besar con la lengua.

Apoyé mi pubis en el suyo. Sentí su panza. Envolví mis manos alrededor de sus rollos. Era maciza, y me resultó agradable sentir su volumen. A su vez sentí que no la podía abarcar, que era inconmensurable. A pesar de todo, volví a envidiar a Boris por su estado físico y su estoicismo. Sabía que para estar con Macarena era necesario estar fuerte de cuerpo y mente.

Pero todo pensamiento se evaporó cuando Maca me metió la lengua en la oreja y empezó a recorrerla suavemente. Eso me dio confianza y me hizo poner realmente dura la verga. Si me pasaba a mí, con todo el

stress encima, le pasaría tarde o temprano al impotente de Marcelingui, me ilusioné. Era agradable sentir la calidez de la lengua de Macarena y oír su respiración que empezaba a agitarse.

Me entraban dudas de Maca, si seguía actuando o ya comenzaba a excitarse de verdad. Pero poco importaba, por cierto.

-¿No te gusto? -me preguntó al notarme distraído.

-Sí, me gustás mucho -le dije sin pensar.

-Te lo pregunto de verdad, no para esta pantomima.

-Sí, amor, te lo digo de verdad -asentí-. Ya me gustabas antes que aparecieran estos dos.

-Lo suponía. A mí me pasaba igual. Apenas te vi me copaste. Y leí tu mente y tus pensamientos. Me gustaría que me hagas el amor y me hagas un hijo. Quiero tener un hijo tuyo. Imaginate que estamos solos. Si lo conseguís, seré tu hembra siempre.

-¿Pero y Boris? ¿Nunca lo intentaron con él?

-No puede, no puede naturalmente. Estábamos hablando de hacer un tratamiento, pero él no quería con semen de otra persona. Es muy orgulloso y chapado a la antigua. Y tiene una en cada puerto.

Me animé y le metí mano debajo de la bombacha. Tenía mojada la conchita. No fue muy difícil que mis dedos entraran. Lo hice suave, muy suave. Macarena empezó a gemir. Si no era una gran actriz, era una chica muy ardiente.

-¡Bien ahí, bien ahí! -exclamó el carnicero con entusiasmo-. Así me gusta, chicos, con ganas, con realismo.

Marcelingui mostraba su miembro ya fuera del pantalón y empezaba a conseguir media erección. Tenía el pene corto pero grueso, con la cabeza como un hongo. Era necesario que cada tanto le pegáramos una relojeada, ya que nos dimos cuenta de que su dureza sería el eje de toda la cuestión.

-¿Por qué no se acuestan en el piso, chicos? Van a estar más tranquilos -sugirió el carnicero en tono conciliador, ahora a lo director tirano que de pronto agotado por los desencuentros con los actores baja un poco el volumen de la voz.

Le hicimos caso. Ambos sabíamos que estábamos siendo manipulados, pero al mismo tiempo había una electricidad entre nosotros que hacía que todo fuera más fácil, como si en realidad nadie nos estuviese obligando a hacerlo y ya actuásemos en forma independiente de cualquier circunstancia.

Incluso, advirtiendo que ya ninguno de ellos tenía el arma en la mano, no se me cruzaba por la cabeza hacer otra cosa que no fuese el amor con Maca. Ni defenderme, ni huir, ni suplicar.

Al recostarme miré hacia la cascada. En una de las rocas del costado tomaba agua un ciervo. Tal vez el mismo ciervo de esa noche, ya que me miraba con curiosidad entre sorbo y sorbo.

Macarena se pasaba la lengua por los labios al pajearme con esmerada parsimonia. Me miraba y me sonreía con una picardía casi obscena, como si de pronto ya nada de lo malo que había ocurrido le importase, de modo que el erotismo y la necesidad de supervivencia se retroalimentaran hasta convertirse en una sola cosa.

Luego, bajó a mi miembro y me lo empezó a lamer con una actitud de devota discreción. Imaginé que era una monja, al ver su rostro casi compungido pero en éxtasis. Su lengua me recorría de plano el glande con deliciosa suavidad. Era una genia, una maestra. Era sencillamente maravillosa para darle placer a un hombre. Yo me ponía a tono masajeando su clítoris con la yema del dedo anular.

Pobre Boris, pensé, aunque con una súbita insolencia lo miré para ver que hacía. Su actitud era pasiva. Miraba hacia el piso, entregado por completo a la buena de Dios. Solo él mismo, únicamente él, sabría qué cosa le estaba pasando por la cabeza.

-Mirá, Rubén, mirá... -dijo Marcelingui frenético, había conseguido una gran erección y estaba contento igual a un niño con juguete nuevo.

-¡Epaaa! ¡Bien macho! Che, Marcelingui, ¿no querés prenderte, hacer un trío con estos dos? -preguntó el carnicero, de quien ahora me enteraba se llamaba o hacía llamar Rubén.

-No, estoy bien, estoy bien, oohh -dijo con voz temblorosa, acelerando la manuela que se hacía-. P-ero que co-jan, que la ponga en cu-cu-atro y se la co- c-oja ya... oaahhh...

-Ustedes lo escucharon -dijo Rubén.

Macarena se sacó delicadamente la tanga, quedando desnuda por completo, y se puso en cuatro como una perra en celo. Luego se acomodó el pelo y miró hacia atrás a ver si yo me aprontaba a seguir con la acción, instándome a que no aflojara ahora por nada del mundo. Yo también me saqué el slip rojo.

Estaba más que claro que Boris ya no existía para nadie.

-¡Esaaa... Que lindo pupo tiene la gordita! -dijo el carnicero-. ¡Y qué hermoso par de tetas! ¡Hasta a mí me esta haciendo calentar esta guacha puta, mierda!

Me pregunté cuál sería el problema del carnicero, si era impotente o qué. Homosexual no parecía. En caso de serlo ya nos hubiese intentado sodomizar a Boris y a mí, o se hubiese hecho hacer el culo él. Tal vez fuera simplemente asexuado o un tratante de blancas que estaba harto de tanto sexo gratis.

-¿Qué me mirás de reojo, bailarina? ¡Vamos, vamos! ¡Acción! -pidió el carnicero. Lo curioso era que por momentos filmaba a Marcelingui pajearse, como si estuviese registrando una verdadera hazaña de parte de su amigo.

En aquel momento, la empecé a penetrar a Maca sin previo aviso. Al tenerla muy lubricada, me recibió bien, sin problemas, aunque emitió un sonido de sorpresa mezclado con éxtasis. Creo que se esperaba algún jueguito romántico extra, pero yo la verdad no pude esperar. El romanticismo lo íbamos a dejar, de salir indemnes, para un momento más propicio.

La tomé de las caderas y empecé a metérsela y sacársela, al principio con lentitud pero sin pausa. Mi pija estaba muy dura y yo me sentía de repente muy hombre, un verdadero macho. Hacía mucho tiempo que no sentía la tibia humedad del sexo de una mujer.

Recordé que había que esforzarse por Marcelingui y aceleré de golpe la cogida.

Era obsceno y atrozmente erótico. De pronto, cuando nadie hablaba, se escuchaba solo la cascada y el sonido de mis embestidas:

-¡Fa-fa-fa... Fa-fa-fa!

Los cachetes de la cola de Maca hacían que mi pubis hiciese ese sonido. Nunca había estado con una gordita y me encantó ese sonido tan peculiar. Además me encantó sentir que ella se excitaba al

escucharlo.

Al mismo tiempo que mi miembro le entraba y le salía de su chochita tan lubricada, pude escuchar a Marcelingui.

-Poc-poc-poc... Ahhh... poc-poc-poc... Afffhhh... poc-poc-poc... -se estaba matando pero no en un cuarto de hotel, se estaba leyendo el mejor manual de autoayuda de su vida.

-¡Ohhh! -gemía, mientras tanto mi reina- Qué bien me calza tu pija, es perfecta... Ooohhh...

La gordi se empezaba literalmente a volver loca y acompañaba con sus caderas moviendo hacia atrás, apoyando sus palmas en el fango y el musgo del bosque como una chanchita guarra, yendo al encuentro de mis embates con su cola y por momentos provocando un movimiento desacompasado y grotesco. Además, su sexo empezaba a largar un intenso olor similar al del bacalao que me estimulaba considerablemente.

Si Macarena había estado muy preocupada por toda la situación previa, ya no se le notaba. Si deseaba solo sobrevivir, se había mimetizado muy bien con el rol de actriz porno. Si simplemente la situación la excitaba, bueno, era humana y no justamente culposa.

Con el tiempo intentaría esclarecer todos mis interrogantes; pero jamás, desde que ocurrieron los hechos, ella accedió a contarme su verdad. Tal vez fuese un poco de todo eso, una mezcla de varias razones. Es el ser humano un animal muy complejo, realmente un misterio. Y las mujeres el misterio más insondable de la naturaleza.

Yo sí puedo saber que es lo que me pasaba. Pero tampoco me animo a precisarlo con exactitud. Solo sé que la situación que nos invocaba era un hermoso pretexto para salir de todos mis problemas, como si Dios o el Diablo hubiesen puesto a esos forajidos allí para que sucediese algo que jamás habría sucedido de otra manera. Perversamente, sentía que en el fondo debía agradecerles. Y les agradecería con todo mi ardor, con mi apasionada y realista entrega en aquel apareamiento salvaje no solicitado.

-Así... así... metémela así, que me encanta... -decía mi flamante hembra, entre suspiros y gemidos.

Yo la tenía bien aferrada de las caderas. Su vagina estaba ardiendo; y a pesar de eso, por momentos yo se la volvía a meter y sacar con movimientos lentísimos, alternando velocidades, lo que la volvía loca

y la hacía desear más y pedirme por ese más a cada momento sin ninguna vergüenza, al borde de un fascinante llanto-excitación.

Luego, entonces, para consolarla, le pegaba unas nalgadas y le daba una serie de embates rápidos y fuertes que duraban menos tiempo, y enseguida de esos instantes de furia vuelta a empezar con los lentos. Así la tenía bajo mi control todo el tiempo.

Los dos malhechores estaban en silencio, y cada tanto se oía algún sollozo de Boris que no quise escuchar demasiado, ni mirar. Traté de concentrarme sólo en nuestros cuerpos, Maca y yo, en el hermoso vaivén que producía nuestro fa-fa-fa.

Macarena tenía la respiración muy agitada, gemía y a veces largaba grititos agudos. Cada tanto se daba vueltas para mirarme. Entendí que se venía el orgasmo.

-Dámela, papi, dámela toda... por favor.

Marcelingui aceleraba su solitario esparcimiento, era un espasmódico y grotesco golpeteo de su mano derecha, poc-poc-poc, que me hizo recordar a las apasionadas pajas de adolescente en mi habitación o en el baño, especialmente cuando mis padres no estaban y podía hacerlo a mis anchas con las revistas de moda de mi madre modista.

-Dame más fuerte... -de pronto Maca hizo un silencio- ¿Cómo es tu nombre? ¡No sé cómo te llamas, cielo!

-Fran-Franco.

-Ay, papi, que lindo nombre, mi cielo...

-¿Te gusta mucho que te coja ahora yo, tu Franco?

-Si, amor, me encantan los hombres bien machos y con nombres de macho... ay, me encanta cómo me la metés así, despacito y fuerte... más fuerte... más fuerte... más...

Éramos ella y yo, el entorno ya no existía. Sentí que cada cosa que nos decíamos era cien por ciento real, de pura calentura. Yo no podía contenerme más. Tal vez Boris no la había satisfecho nunca, tal vez yo era el hombre que ella había buscado toda su vida y de la manera más azarosa lo estaba encontrando. Tal vez había encontrado su justa medida. Las mujeres siempre me alabaron mi miembro, aunque jamás me lo medí. Pero todas le calculaban mas de veinte centímetros.

Decidí ir por todo, velocidad máxima, recta final.

Macarena lo sintió. Y lo gozó a pleno.

-¡Oh, oh, oh! ¡Así, Fran, así, no pares! Me encanta sentirte, la tenés bien grande... ¡Ooohhh!

-¿Te gusta bien fuerte, putita? -preguntó el carnicero.

-¡Sí, sí! ¡Ooohhh! ¡Me encanta, me g-gusta m-muuuucho!

-¿Estás bien mojada, bien mojada? -preguntó Marcelingui.

-¡Sí, bien mojada y bien caliente! -gritó Macarena- Y quiero que acabes para mí, Marce... ¿Sí bebé?... ¡quiero que pienses que me la estás poniendo vos, que me cogés vos! ¿Sí, mi vida?

Maca sabía expresarse muy bien oralmente.

Sus palabras surtían tremendo efecto en el voyeur-onanista. Sentí que eyaculaba por su *¡ah-ah-ah-ah!* y que el carnicero le gritaba *¡bien Marce, Bieeen!*

Las cosas nos estaban saliendo de primera a todos, menos obviamente a Boris. Sentí que era mi turno, que era hora de dar lo mío y de hacerla acabar a Maca. Entonces aceleré mis movimientos con frenética violencia. Mi gorda empezó a gemir in crescendo, y se instaló por completo en la parte final de su goce

-Aahh- aahh... da-daleee, Franco... ¡cogeme!

Yo no podía contenerme mucho más: -Oh, voy a dártela, Maca, acabooo... aahhhh...

-¡Sí, mi amor, dámela toda, llename la concha de leche!

-¡Que puta, que puta! -decía el carnicero, excitado y asombrado, sin parar de filmar. Había acercado la cámara a un primer plano a la cara de Macarena.

Mi pubis castigaba contra los cachetes de su cola con espantoso ímpetu. Ya había empezado a llover cuando le descargué hasta la última gota de semen que tenía mi magullada pero satisfecha pija bien adentro de su fogoso túnel vaginal, como si con mi orgasmo y el de ella se nos fuese la vida misma, ya sin preocuparnos por lo incierto del futuro inmediato.

-¡Ohhh!... Ay, Diossss, Franco... ooohhh... -terminaba Macarena de sacudir sus últimos espasmos sensuales-. Me volvés muy loca... mi amor ¿Por qué no te conocí antes?

Al final se recostó de panza en el piso húmedo del bosque, suspirando largamente para tratar de aplacar el aliento acelerado. Yo, tiernamente, saqué mi sexo del suyo y la abracé de costado.

Ahora estaríamos más vulnerables que antes, agotados, sin fuerzas y la que lluvia empezaba a caer.

Marcelingui se acercó y me palmeó la espalda y nos felicitó a los dos. Sonaba a disparate su actitud, pero nadie conocía su pasado, sus motivaciones para ser tan miserable.

Abracé a mi amada para protegerla. Había dos posibilidades, o nos mataban o se iban. Al fin y al cabo era una buena forma de irse de este mundo. Llovía cada vez mas fuerte, y nos encontrábamos ahí tirados entre truenos, confusión y fantasmagóricos refucilos. Le pedí a Maca que cerráramos los ojos por unos instantes. Éramos un cuadro perfecto para Goya o Bacon.

Como ella lloraba, la abracé fuerte, amorosamente, decidido a morir con ella o a vivir el resto de nuestra vida juntos.

Luego sentí que un auto arrancaba por el camino de cintura.

Al cabo de unos dos o tres minutos abrí los ojos. Las dos bestias se habían ido. Boris estaba intentando levantarse, pero se caía. Le habían pegado otro fuerte golpe en la cara, tal vez le habían roto el tabique porque sangraba muchísimo de la nariz. Era un despojo humano.

Fui a la cabaña por un cuchillo.

Lo primero que hice cuando lo liberé del precinto fue decirle, *Boris, pegame hermano,rompeme la cara*. Tal vez le dije eso porque por un lado no me entendía mucho, y por otro por su estado tan digno de compasión.

*

Al rato estábamos todos en la comisaría. Pero no pudimos ponernos demasiado de acuerdo en la forma de narrar lo sucedido. El comisario pidió ayuda psicológica. Con Macarena nos miramos cuando la psicóloga intentó precisar que tipo de violación era la que habíamos sufrido. Ninguno de los dos pudo decir nada. Era imposible hacer una

denuncia coherente. Lo único que podíamos hacer era desaparecer cuanto antes de ese maldito lugar.

*

La mañana antes de partir, fui hasta el lugar donde había sucedió todo, encendí a Fulgeo, lo dejé solo ahí, lo miré por última vez y llorando me alejé de ese lugar maldito para siempre. Nos alejamos, ellos y yo, cada cual por su lado.

Pero en mi celular estaba el número de Maca.

EPILOGO

TRES AÑOS MÁS TARDE

Es sábado a la medianoche. Nuestros mellizos duermen en la cuna. Macarena y yo nos establecimos en Buenos Aires, en el barrio de Palermo Soho. Ella da clases de yoga y yo de a poco he vuelto a mi trabajo de contador público.

Prendo la televisión. Boris Demianchenko ya ha ganado por sumisión su sexto combate para la UFC en los Estados Unidos. La gente lo ama. Se lo compara con Fedor Emelianenko por su humildad y sus pocas palabras.

Su carrera ha sido meteórica. A la edad de treinta y siete años, es extraño, dicen los locutores, que el gran entrenador Ucraniano decidiera volver a combatir en un deporte tan duro.

Pero Boris lo ha conseguido gracias a su estoico, disciplinado y brutal entrenamiento. Con solo seis combates ha estado llamando la atención de todos los periodistas especializados del mundo. Ya se habla de una posible superpelea millonaria con el Irlandés Connor MacGregor.

Al dar el reportaje, mientras su platinada novia americana lo abraza, el periodista le pregunta si desea mandarle algún saludo a alguien especial, familia o amigos. O agradecimientos, en todo caso.

-No, realmente a nadie. Nada más que agradecerle a Dios: solo Él y yo sabemos lo que me ha costado llegar hasta aquí -dice en un inglés muy bueno.

Macarena aplaude emocionada y yo sonrío satisfecho.

Con Macarena nos llevamos muy bien en nuestro matrimonio. Ella dice que quiere buscar la beba ahora, que siempre ha sido su sueño. Ha bajado tanto de peso que creo que la complaceré intentándolo.

Tengo la nostalgia de hacerle el amor a una gordita. Flaca no me motiva tanto. Y el embarazo me estimula para tener sexo con ella. Es el único fetiche que me queda para gozar como antes, dado que ahora ella ha decidido mantener la línea para siempre.

Durante todo el embarazo hicimos el amor cada día, hasta el último.

Sí, la quiero preñar de nuevo. La maternidad fue un estímulo superador en todo sentido.

Nunca necesitamos ayuda psicológica por los sucesos del bosque. Tanto ella como yo lo superamos con yoga y meditación. Tal vez haya algo en nuestro interior que aun no sepamos bien de que manera resolver en caso de aparecer algún fantasma del pasado o un nuevo interrogante.

De una sola cosa estamos seguros, jamás volveremos al bosque a vacacionar. A ningún bosque en realidad. Nuestras vacaciones son solo frente al mar en Brasil, Miami o Cancún.

De los forajidos supimos que fueron atrapados rápidamente en una situación parecida a la que nos tocó a nosotros. Y que todo terminó muy mal, ya que mataron al marido de la víctima en cuestión. Parece que el pobre tipo estaba armado e intentó defenderse. Ni siquiera evitó que el ya más atrevido Marcelingui le violara salvajemente a su esposa.

Les dieron perpetua a ambos. Y ya sabemos lo que les espera a los violadores entre rejas. Ojalá se pudran en la cárcel. Ya es tema juzgado.

La cámara nos fue devuelta por la policía, pero mis viejos sueños de filmar videoarte se han ido desvaneciendo poco a poco. Sólo escribo mi *journal*, tarde y por las noches. Para no pensar.

Macarena me rogó que borre el horrendo video del bosque. Le dije que lo haría, pero le mentí. Me pidió que le mostrase la cámara para comprobar que las imágenes habían desparecido y quedó conforme.

Lo que jamás le conté es que previamente las había copiado a un pendrive. Ese pendrive aun lo tengo guardado en la baulera del edificio, oculto en una caja de herramientas que a ella jamás se le ocurriría revisar. Espero que su clarividencia o su intuición no basten para hacerle despertar sospechas.

Debe haber algo enfermo en mí, lo reconozco, ya que cada tanto siento la necesidad de volver a ver las imágenes de lo ocurrido aquel día salvaje. Cuando estoy solo en casa me pongo a espiar esa terrible media hora que en aquel momento pareció durar un siglo. A pesar de todo me sigue pareciendo fascinante ver la manera inesperadamente impura en que nació nuestro amor.

Entonces me pregunto que sería de mi vida ahora si no hubiesen

aparecido esos anormales, y mi sentimiento es más tolerante hacia ellos. Pero es, obviamente, una tolerancia vil e interesada que no me hace sentir pleno totalmente.

La verdad, el carnicero no era para nada mal camarógrafo, pero me cuesta decodificar bastante la "actuación" de Macarena. Por momentos me resulta desgarradora, auténtica, y por otros algo afectada y excesivamente sumisa... O bien puta.

Aunque por siempre mía.

Al mundo onírico puedo controlarlo mucho menos que a mi conciencia. En ciertas ocasiones sueño que nos atacan de nuevo en el bosque y que ahora es a mí a quien le toca pasar por la horrible experiencia vivida por Boris.

Aunque el peor de mis sueños recurrentes es cuando se me presenta el instante en que nos enteramos del resultado de la ecografía. Allí, en mi pesadilla, aparecen dos mellizos varones al igual que en la realidad.

Pero en vez de bautizarlos Valentín y Leandro, cómo se llaman nuestros hijos, optamos por diferentes nombres:

Decidimos llamarlos Rubén y Marcelo.

ACERCA DEL AUTOR

Roman Conte, autor de relatos y nouvelles, vive en Buenos Aires